DE LA ACLAMADA AUTORA

ALEXANDRA BRACKEN



UNA NUEVA ESPERANZA

LA PRINCESA, EL CONTRABANDISTA Y EL GRANJERO

Planeta

ESTA HISTORIA COMIENZA COMO MUCHAS OTRAS:

HACE MUCHO TIEMPO… EN UN LUGAR MÁS ALLÁ DE LAS ESTRELLAS QUE BRILLAN EN TU CIELO NOCTURNO.

En los tiempos de la Antigua República, cientos de sistemas estelares vivían juntos en paz y prosperidad, protegidos por una orden de antiguos guerreros: los Jedi. De pronto, una ola de oscuridad, tan terrorífica como imparable, cubrió la galaxia. Incluso los soldados más poderosos fueron derrotados. Ahora reina un imperio malvado, que poco a poco extingue los rastros de luz y esperanza.

Esta es la historia de tres personajes que comparten el mismo destino: estar en el lugar equivocado el momento indicado. Juntos demostrarán que valen más de lo que parece… Y puede que sean la única esperanza de la galaxia.





La princesa, el contrabandista y el granjero

Un original recuento de *Star Wars: Una nueva esperanza*

Alexandra Bracken



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *A New Hope: The Princess, the Scoundrel, and the Farm Boy*

Autora: Alexandra Bracken

Arte de portada: Khoa Ho

Ilustraciones: Ralph McQuarrie, Joe Johnston

Traducción: Ricardo Mendoza Pamplona

Publicación del original: septiembre 2015

alrededor de la batalla de Yavin

Aporte: Darth Neurus

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

06.12.16

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN



A papá, quien abrió toda una galaxia de maravillas y posibilidades.

NOTA DE LA AUTORA



Cuando te encuentras con otro fan de *Star Wars*, siempre surge la misma pregunta: ¿cuándo fue la primera vez que viste las películas? Yo sé exactamente cuándo fue: el Día del Padre de 1992. A papá le tocó escoger la película que veríamos juntos en familia y, por alguna razón, decidió sacar el viejo VHS de *Una nueva esperanza*.

Yo tenía cinco años. No entendía qué estaba pasando y por qué todos estaban corriendo por todas partes. Pero todavía recuerdo, con perfecta claridad, la primera vez que vi a Darth Vader abordar el *Tantive IV* con pasos largos; su capa ondeaba detrás, mientras la música tronaba en las bocinas de nuestro televisor. Yo estaba aterrada, pero también estaba asombrada. Las peleas, los personajes, las naves espaciales… Era como estar en una montaña rusa sin tener que abandonar el sofá. Y una vez que me subí a ese juego, nunca me bajé.

Un año después, mi papá decidió que quería empezar a coleccionar los antiguos juguetes, pósteres y recuerdos de los años setenta y ochenta; justo desde el momento en que salieron las películas en el cine. Cada fin de semana, la familia se amontonaba en nuestra furgoneta e íbamos a ferias de antigüedades en busca de figuritas viejas, carteles e incluso tazas de cerámica con la forma de las cabezas de los personajes. Íbamos a todas las convenciones importantes de *Star Wars*. Hubo un momento en que mi papá hablaba de eso a la mitad de los empleados en nuestro Toys “R” Us. Era nuestro proyecto familiar, algo que hacíamos juntos. Eso éramos nosotros.

Estaba tan envuelta en ese universo que, de los diez a los doce años, lo único que me interesaba leer eran novelas de *Star Wars*. Ninguna otra cosa parecía retener mi atención. Así que podrán imaginar lo emocionada que estaba (y esta podría ser la declaración más subestimada del milenio) cuando me pidieron escribir la adaptación de *Una nueva esperanza* para jóvenes lectores: recontar la historia clásica desde un nuevo ángulo. *El imperio contraataca* está lleno de riesgos oscuros y un jugoso drama familiar, y *El regreso del jedi* completa el círculo. Pero *Una nueva esperanza* es más que la película que me lanzó hacia una galaxia muy, muy lejana; también es la que, en primer lugar, me despertó el interés por contar historias. Fue mi primer paso hacia un mundo sin límites.

Star Wars captura perfectamente el clásico viaje del héroe. En el momento en que me di cuenta de eso, la historia y los personajes se electrificaron para mí de una forma completamente nueva; tenía algo para estudiar y observar. Como una escritora adolescente en ciernes, alguien que incursionaba más que nada en poesía digna de vergüenza, esto era algo enorme. De hecho, no descubrí cómo escribir ficción ni que yo quería crear mis propias historias, sino hasta que probé de mano propia redactar *fanfiction*

de *Star Wars* (sigue en línea más de una década después, por desgracia se me olvidó la contraseña y no puedo iniciar sesión en el sitio para borrarla).

Como escritora, para mí los personajes están primero que nada. Esto se debe al impacto emocional que provocó *Star Wars* en una muy impresionable yo de cinco años de edad. En *Una nueva esperanza* nos dan un elenco de personajes que, a primera vista, parecen ser arquetipos simples. El héroe joven. El contrabandista. La princesa que necesita que la rescaten. Los compañeros. El hombre sabio. Pero al ir creciendo, los motivos de los personajes se volvían más complejos para mí mientras comprendía más hasta qué punto *Star Wars* está ligada a la idea de familia. No sólo a los Skywalker sino a la familia que Luke, Leia, Han y los demás formaron entre ellos; viniendo de orígenes increíblemente diferentes trabajaron juntos con un objetivo en común: esperanza. Al final, se necesitaban entre ellos y a esta lucha, para ver con exactitud de lo que estaban hechos. Al enfocarme en las perspectivas de Leia, Han y Luke, tuve la oportunidad de jugar con la noción de etiquetas (princesa, contrabandista, muchacho granjero) y mostrar que estos tres eran mucho mejor de lo que otros, e incluso ellos mismos, creían que podían ser.

Sigo atorada con la idea de familia y la importancia de su papel no sólo en la historia sino en la comunidad de fans alrededor del mundo. Esta historia nos une, y continúa transmitiéndose de generación en generación como parte de una herencia cultural. Y de muchas formas, *Star Wars* es la historia de mi familia. Eso no cambió, incluso cuando mi papá perdió la batalla contra el cáncer hace algunos años. Todos estamos conectados a este universo. Y ver las películas o pensar en la primera vez que nuestra familia vio *Una nueva esperanza* es suficiente para que nos sintamos cercanos a mi papá.

Y si ese no es el verdadero poder de la Fuerza, entonces no sé cuál es.

Un apunte final. Para esta adaptación recurrí de forma directa a tres fuentes: mi imaginación, el guion cinematográfico de George Lucas y el guion magistral del drama de radio, de 1981, que escribió Brian Daley. Doy las gracias a Lucasfilm por su permiso para entrelazar todo este material y por la oportunidad de dar vida a mi propia visión de la historia clásica.

Alexandra Bracken

INTRODUCCIÓN



Esta historia comienza igual que muchas otras; hace mucho tiempo en un lugar lejano, más allá de las estrellas brillantes que ves en el cielo durante la noche…

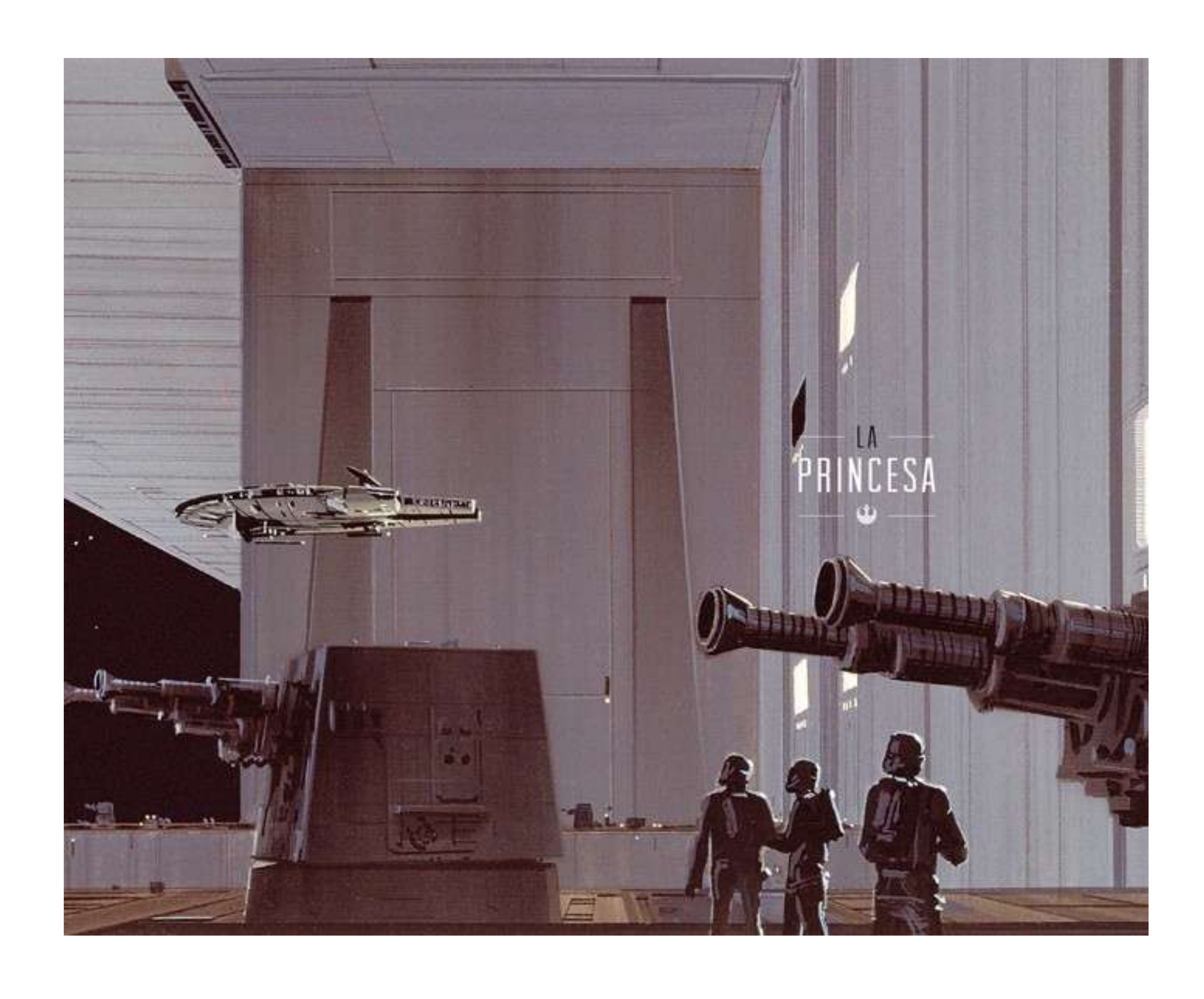
En tiempos de la Antigua República, cientos de sistemas estelares vivían juntos, en paz y prosperidad, protegidos por una antigua orden de guerreros, los Jedi. Pero una marea de oscuridad se extendió por la galaxia, tan incontenible como aterradora y arrasó incluso con los guerreros más poderosos. Ahora, un imperio maligno gobierna las estrellas y extingue lentamente, con su puño aplastante, los últimos rastros de luz y esperanza.

A pesar de todo, una chispa de rebelión continúa con vida. Después de conseguir su primera victoria contra el Imperio, los rebeldes centraron su atención en noticias sobre un arma lo suficientemente poderosa para destruir planetas y eliminar cualquier esperanza restante de libertad.

Pero, como bien saben, los héroes surgen de los lugares más improbables, en los momentos más inesperados. Esta es una historia sobre el destino. Sobre estar en el lugar equivocado en el momento correcto. Sobre valentía. Y, sí, una Fuerza más poderosa que la imaginación.

Pero también es la historia de una princesa, un contrabandista y un muchacho granjero. Aunque en ellos hay mucho más que eso. Quizá los sorprenderán. Quizá ellos se sorprenderán a sí mismos.

Quizás ellos son los héroes que la galaxia siempre ha necesitado.


LA
PRINCESA

CAPÍTULO UNO



Leia no era la niña que ellos pensaban que era; esa niña podría haber sabido cuál era el objetivo de este plan. Los tripulantes del *Tantive IV* pensaban que la senadora Leia Organa sería capaz de liberarlos de la red en la que ella los había metido. Pero su plan salió mal… muy, muy mal. No había ninguna salida, ninguna forma de salvarlos. Ella les había fallado y ahora sólo quedaba una esperanza para completar la misión.

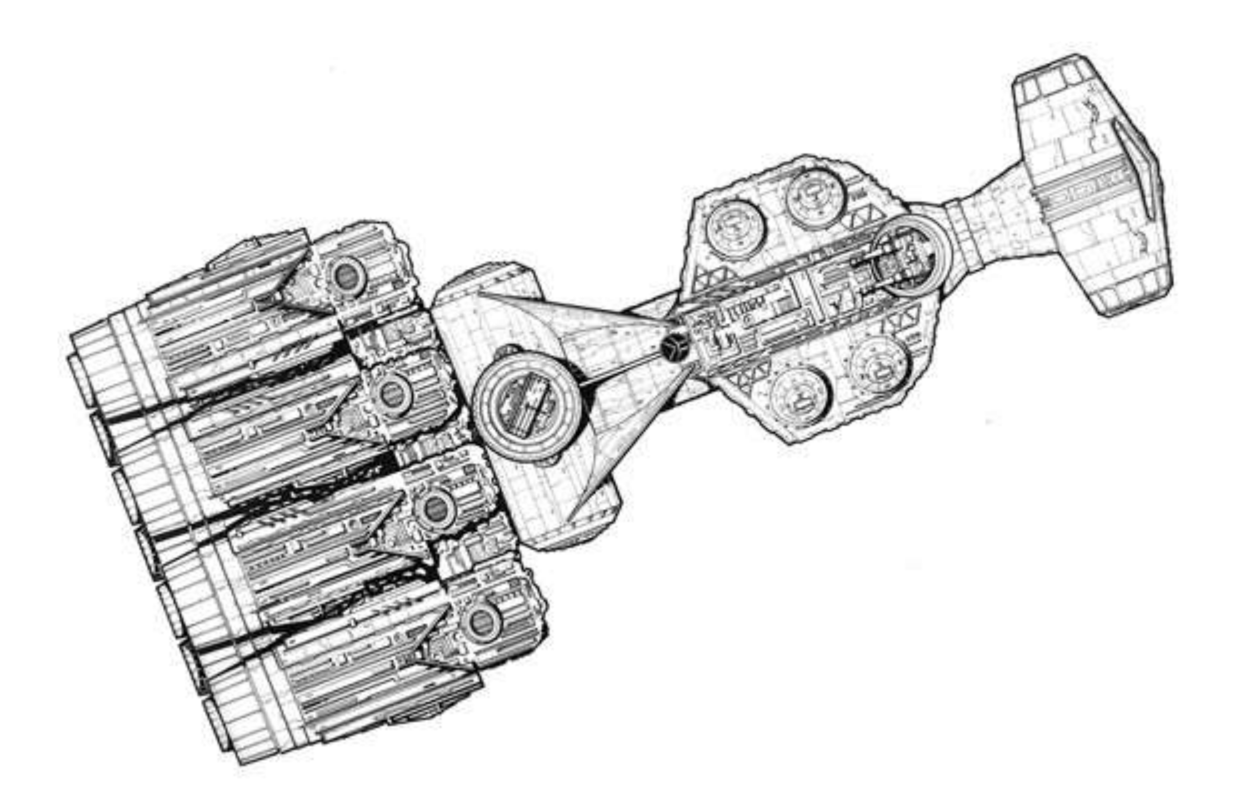
Leia nunca había estado en los pasillos de acceso de la nave que servían para que los droides y los técnicos pudieran moverse sin que los pisoteara la tripulación. El corazón le retumbaba al ritmo de sus botas mientras corría, estaba segura de que nunca encontraría a los trabajadores. Los pasillos y caminos de metal opaco sólo estaban iluminados por unas luces carmesí y algunas secciones eran tan estrechas que apenas si lograba escurrirse entre ellas sin rasgar su vestido.

«Maldita sea. De todos los colores que existen debajo de todos los soles, ¿por qué escogí el blanco?»

Resaltaba en la oscuridad como un núcleo de reactor. Un blanco fácil.

¿De verdad hacía mucho más frío ahí dentro o su mente otra vez jugaba con ella?

Un estallido ensordecedor rugió a través del silencio, sacudiendo la nave hasta sus metálicos huesos. Leia jadeó mientras fue arrojada contra la pared de circuitos y tuberías. El chirrido de rifles bláster y pasos pesados le retumbó en los oídos, amortiguando los gritos y alaridos de los hombres y mujeres que trataban de frenar la invasión. Los habían abordado. Y sonaba como si la batalla estuviera desatándose sobre su cabeza.



Leia corrió con más fuerza, hasta que los pulmones le ardieron. «Esto es mi culpa», pensó con los ojos nublados. «Le dije a papá que esta era mi misión. Sólo quería que estuviera orgulloso de mí».

Deseaba ayudar a la Rebelión, pero ¿por qué la tripulación tenía que perder la vida para salvar la de otros?

Su padre no quería que ella aceptara la misión, eso lo había visto en su rostro cuando le dijo: «No dudo de tus capacidades, ni siquiera por un momento. Asumir todas estas responsabilidades…, te transformaron en una estrella reluciente. Eres extraordinaria. Pero esto es demasiado peligroso, Leia».

Leia había luchado para controlar su temperamento. Una «estrella» era, en otras palabras, algo hermoso. Algo que se admira a distancia; la princesa boba que sus tías habían intentado forzarla a ser toda la vida. Alguien que, de manera desesperada, haría caso omiso al llamado de una rebelión que buscaba ayuda para robar información.

Amaba a sus tías con todo su corazón, aún cuando sentía ganas de voltear la mesa durante sus despiadadas clases de etiqueta, y cuando quería escapar para unirse a algún circo galáctico, sólo para no tener que escuchar otra lección sobre la diferencia entre la cuchara de sopa y la del postre. Sí, algún día sería la reina de Alderaan como su madre, pero ese día estaba muy lejos, y ser un gobernante justo era más que aprender la forma correcta de saludar a la gente. Sus tías se opusieron con vehemencia a que, contra el criterio de padre e hija, ella se uniera al Senado Galáctico. Hubieran preferido mirarla en sus aposentos, jugando con su cabello y soñando despierta con el príncipe llorón con quien se casaría, en lugar de en el estrado del Senado tratando de generar un cambio y una reforma reales.

La prensa, incluso, había sido más dura, pues sostenía que era una «princesa jugando a ser senadora» y no una verdadera diplomática y política. Los periodistas veían la imagen que sus tías diseñaron para ella, no a la persona que su padre había preparado. Sin importar cuántas veces viajara a lo largo de la galaxia para atender y brindar ayuda a quienes sufrían, los medios se rehusaban a ver en ella más allá de la etiqueta de «princesa». Una vez que cargaba a un bebé wookiee huérfano a través de una aldea que las fuerzas imperiales habían quemado hasta dejar en brasas y ceniza, la primera pregunta que le hicieron los reporteros de los Sistemas Centrales fue: «¿quién diseñó el atuendo que viste?»

No un «¿por qué estamos aquí?». No un «¿qué puede hacer la galaxia para ayudar?».

Lo único que Leia consiguió hacer con éxito en el tiempo que llevaba en el Senado, fue irritar al Emperador como una quemadura de sol que se rehúsa a desvanecerse. Había ido a la Cámara, lista para luchar con quien se le pusiera en el camino. Y lo que había visto ahí la sorprendió más de lo que la hubiera sorprendido el enfrentarse con un oponente: a nadie parecía importarle nada. O al menos nadie quería poner a prueba la paciencia del Emperador. Ella no comprendía cómo alguien del Senado podía quedarse quieto sabiendo algo sobre los crímenes que se estaban cometiendo en el Borde Exterior.

Campos imperiales de interrogación. Ejecución a sangre fría de supuestos traidores. Ciudades completas destruidas en lo que Darth Vader llamaba «purificaciones». Al parecer, había que limpiar los planetas de cualquier idea que pareciera democracia. O esperanza.

Eso le provocaba náuseas. Todavía podía oler los restos carbonizados de edificios y de vidas. O ver filas de niños recién convertidos en huérfanos para ser… ¡¿qué?! ¿Vendidos al mejor postor para trabajar como mano de obra? ¿Enviados a las minas de especias en Kessel? Cada vez que Leia trataba de exigir respuestas en la cámara del Senado, había sido reprendida, silenciada. Quería gritar, sacudirlos, forzar a sus colegas a ver lo que ella veía. Pero se rehusaban. Algunos le decían que se fuera a casa, a disfrutar de la vida del palacio y Leia se dio cuenta de que no importaba lo que dijera, o qué tan alto lo gritara; nadie estaba escuchando.

Así que cuando oyó por primera vez de la Rebelión, hizo todo lo posible por buscar la oportunidad de formar parte de ella, para que la reconocieran por lo que podía hacer…, no por quien era. Para ayudar a la galaxia de verdad. Esta era la oportunidad de demostrar su valor. Y pensó que su padre lo comprendería.

Robar planes ultra secretos del Imperio era un riesgo. Pero ser descartada como una bola de gas centellante sólo la había vuelto más decidida. La misión debió haber sido sencilla. Todo lo que tenía que hacer era interceptar una transmisión sobre la nueva estación de combate que, según se rumoraba, estaba construyendo el Imperio. Pero el sistema había estado saturado de imperiales.

Se percataron del cuento falso de Leia sobre su nave averiada, aunque la excusa le hizo ganar suficiente tiempo para descargar los planos técnicos de algo con el nombre clave: «Estrella de la muerte». A pesar de los esfuerzos de los rebeldes por burlar a los

imperiales en el salto al hiperespacio, el enorme destructor estelar los había alcanzado. Y en el momento en que la nave se identificó como *Devastator*, Leia supo que no habría escape.

Era la nave de Darth Vader.

Corrió más rápido, agachada, mientras atravesaba sombras y ráfagas de vapor caliente. Al dar una vuelta cerrada, iba apretando la tarjeta de datos en su mano. Entonces, algo plateado le llamó la atención.

Un droide. Un droide astromecánico. Gracias a las estrellas, su plan tenía una oportunidad de funcionar.

El droide parecía una unidad R2. Su cuerpo achaparrado y cilíndrico tenía en la parte superior una cabeza en forma de domo con paneles de color azul intenso. Su único indicador brillaba en rojo, luego en azul, mientras el droide pasaba rodando.

—¡Droide! —gritó Leia, metiéndose en un rincón oscuro—. ¡Droide! ¡Ven aquí!

La cabeza giró hacia ella, soltando un trino amistoso e inquisitivo. El droide rodó sobre sus tres patas y se dirigió a ella, luego, Leia se arrodilló para estar a su nivel.

Por más que detestara admitirlo, y lo detestaba bastante, Leia estaba agradecida porque sus tías pasaron años instruyéndola en oratoria para que, como princesa y algún día reina, pudiera dar discursos sin avergonzarse. El mensaje tenía que quedar a la primera. Era sencillo: no había tiempo para repetir. Leia cerró los ojos un momento y respiró profundo para calmarse, tal como sus tías le habían enseñado.

—Unidad R2, necesito grabar el siguiente mensaje holográfico. ¿Estás programado para hacerlo, R2?

El droide pitó en respuesta.

Leia se irguió y dio un paso hacia atrás.

Al hablar estaba orgullosa de lo claras y acertadas que eran sus palabras.

—Comenzando mensaje… ahora. —Se aclaró la garganta, tomó el tono regio que su tía amaba y que había afilado como cuchillo en el Senado—: General Kenobi, hace años serviste a mi padre en las Guerras de los Clones. Ahora, él te ruega que lo ayudes en la lucha contra el Imperio. Lamento no poder presentar la solicitud de mi padre en persona, pero mi nave fue atacada y temo que mi misión de llevarte a Alderaan haya fallado.



Admitir que había fallado hacía que las palabras le supieran amargas en la boca. Aunque ella y la tripulación del *Tantive IV* descargaron la información y llegaron a Tatooine, ella no pudo completar la segunda parte de la misión. Su padre había solicitado que buscara a un viejo amigo, un tal General Kenobi, porque, en sus propias palabras: «una guerra exige guerreros» para pelear. El legendario Caballero Jedi, Kenobi, se había exiliado de forma secreta en un remoto planeta desértico para eludir la purga que acabó con la orden.

Leia continuó.

—En la memoria de esta unidad R2 he guardado información vital para la supervivencia de la Rebelión. Mi padre sabrá cómo recuperarla. Debes procurar que este droide llegue a salvo a Alderaan. Este es nuestro momento más desesperado. Ayúdame, Obi-Wan Kenobi. Eres mi única esperanza.

Leia hizo una pausa, deseando sentirse más aliviada de lo que estaba por haber terminado el mensaje. Pero sólo era el primer paso de un recurso desesperado, y detestaba colocar información tan valiosa en las manos de un droide que ni siquiera poseía manos.

—Fin del mensaje. Ahora, aquí viene la parte realmente difícil, R2; necesito que entregues ese mensaje, junto con la información que estoy por cargar, a un hombre llamado Obi-Wan Kenobi. Él reside en el planeta que está debajo de nosotros, lejos de la civilización. Necesitarás buscarlo a él, y sólo a él.

El droide se meció de un lado a otro sobre las dos patas traseras, pitando en asentimiento.

—¿R2? ¡R2-D2! ¿Dónde estás?

Leia giró, buscando el origen de la voz. Entrecerró los ojos y apenas vislumbró la forma humanoide de un droide de protocolo dorado.

—¡R2!

Fue entonces que Leia notó lo silencioso que estaba. Los disparos y los gritos habían cesado. Una parte de ella sospechó terriblemente que era porque no quedaba nadie del *Tantive IV* que siguiera disparando; la lucha de la tripulación había terminado. La de la princesa apenas comenzaba.

La mano de Leia voló hacia el droide, para insertar la tarjeta de datos.

—Ahora necesitas una forma de salir de esta nave… Debe restar por lo menos una cápsula de escape para que la uses. ¿Me entiendes?

La unidad R2 silbó otra vez de forma afirmativa. Leia colocó la mano sobre la cabeza lisa y redonda, y cerró los ojos. «Por favor, que esto funcione…»

—Suerte, buen viaje.

La imagen del planeta ubicado debajo de ellos le venía a la mente. Las interminables dunas de arena le daban un hermoso y cálido brillo a Tatooine, como un amanecer eterno. Ella podía verlo ahora, al tiempo que el droide se alejaba rodando; ¡cómo batallaría para moverse con arena en los engranes! Pero el droide podía hacerlo. La princesa empuñó sus manos en sus costados, empujando el miedo hacia abajo. Leia tenía fe.

—¡R2-D2, por fin! —exclamó el droide de protocolo—. Te estuve buscando por todos lados.

Leia se colocó su capucha sobre la cabeza y deslizó cuidadosamente su bláster fuera de la funda escondida. Había una salida para ella; tenía que haberla. Como su padre, se rehusaba a aceptar situaciones imposibles. Sólo necesitaba tiempo para pensar un lugar seguro para esconderse. Conforme desaparecían los sonidos y las voces de los droides, otros nuevos hacían eco. Pasos precisos, intensos. El sonido de una armadura. Voces bajas.

Stormtroopers.

Leia se escondió más en las sombras, apretando su pistola para evitar que la mano le temblara. Ella era lo único que le quedaba al droide. Todavía había tiempo de crear suficiente distracción como para permitir que él alcanzara una cápsula de escape y saliera disparado hacia la superficie del planeta. Pero, ¡estrellas!, no lograba que el corazón se le tranquilizara. Su respiración se escuchaba fuerte en sus propios oídos. No sería su primera vez en un tiroteo, ni siquiera sería el primer tiroteo de ese mes, pero había demasiado en juego. No podía dejar que todas las vidas perdidas ese día fueran en vano.

Tenía miedo de que la misión fuera un fracaso. De que el *Devastator* volara en un trillón de pedazos la cápsula de escape en que iba el droide. De que nunca regresara a Alderaan. De que la Rebelión fuera aplastada. De que nunca volviera a ver a su padre o a su madre.

Pero el miedo era una emoción inútil. Tenía que pelear. Y la única forma que conocía de superar su miedo era convocando a su furia.

Lo que tenía que hacer era pensar en los ojos enfermizos del Emperador. En esa risa socarrona que se arrastraba por toda su piel como dedos gélidos.

Leia conoció por primera vez al malvado sapo viejo justo después de haber sido electa como senadora de Alderaan. Su padre la presentó con el Emperador en Coruscant, junto a todos los oficiales recién electos. Mientras que sus tías habían pasado los días anteriores al viaje debatiendo su peinado y qué vestido debería usar, Leia hacía una lista con sus motivos de queja. Escribía las cosas por cambiar por las que estaría luchando. Se las quería decir al Emperador en la cara. Ella era la senadora más joven en el Senado Imperial e iba a causar una gran impresión lanzando una advertencia, al inicio de lo que sería una larga guerra por el bien de la galaxia. No le importaba si en el camino hacía algunos enemigos.

Pero mientras se acercaba al trono negro, el anciano levantó la cabeza revelando un rostro de piel arrugada, sepulcralmente pálido. Los ojos parecían brillarle, atravesándola por completo. Las palabras se le atoraron en la garganta y un sudor frío le mojó el cuello. Leia apenas si escuchó a su padre decir su nombre, apenas si sintió la mano que él colocó en su espalda para guiarla hacia delante. Sus tías le habían instruido los modales y el protocolo con tal fuerza que se descubrió a ella misma agachándose de forma automática en una reverencia, ¡una reverencia!, antes de que pudiera detenerse a sí misma.

—Será agradable —graznó el Emperador, con una sonrisa de suficiencia torciendo sus pálidos labios— tener una cara bonita en el Senado.

Y así sucedió. Le habló como si ella fuera una pieza de decoración, igual que las estatuas del recinto. Leia no fue capaz de articular una sola palabra en protesta. Sólo pensar en ello hacía que se le derramara la bilis.

Sí. Esto estaba mejor. Una ráfaga de furia, caliente y constante, inundaba su sistema. Su enfoque se agudizaba y se concentraba en los stormtroopers que entraban al corredor por una escotilla cercana.

—Busquen en cada pasadizo y compartimento —ordenó el líder—. Ustedes dos, revisen detrás de esos conductos de energía.

El colmo de la mala suerte: el tubo tras ella dejó salir un silbido de vapor e hizo un ruido fuerte, provocando que uno de los stormtroopers se regresara.

—Espera. Creo ver algo…

«Maldito vestido blanco», pensó Leia, apuntando su pistola.

—¡Ahí está! ¡Ajusten sus armas para aturdir!

Leia no iba a ajustar su bláster para aturdir. Disparó y le dio al stormtrooper de enfrente, quien dejó salir un alarido mientras se estrellaba contra el suelo.

—¡Cuidado! ¡Está armada! ¡Disparen!

El tiroteo llamó aún más la atención.

Tuvo que correr y cubrirse mejor para contenerlos un poco más.

Pero en el momento en que Leia dio la espalda, sintió como si la tumbara un destructor estelar. El golpe del rayo aturdidor le robó toda sensación en sus piernas y la arrojó hacia delante contra la áspera rejilla bajo sus pies.

Miles de chispas de luz estallaron en sus ojos y la cegaron momentáneamente.

«¡Muévete!», se ordenó a sí misma, aún cuando la impotencia la envolvía. «¡No has terminado!».

—Estará bien —escuchó decir al primer stormtrooper—. Informa a Lord Vader que tenemos una prisionera.

CAPÍTULO DOS



Cuando jalaron de ella para ponerla de pie, Leia volvió a percibir sus entumecidas extremidades. Se sentía como si la hubieran llenado de arena. Sus primeros pasos fueron tropezones, mientras la galaxia entera se bamboleaba a su alrededor. Los stormtroopers la rodearon y le colocaron, con un chasquido, unas esposas en las muñecas.

¿Pensaban que podían tomarla prisionera? ¿A ella? Leia sabía que no tenía mucho peso entre los senadores, pero estaba muy consciente de que el público la quería. Cualquier susurro de maltrato prendería fuego en la holored. ¿Era ese un riesgo que el Emperador estaba dispuesto a tomar?

Francamente, esperaba que no.

«¡Cómo se atreven!», se dijo furiosa, con sus labios aún entumecidos por la electricidad crepitante del rayo aturdidor. A pesar de que se sentía como si su cabeza estuviera bajo el agua, Leia se retorcía lanzando los codos hacia atrás y dando patadas hacia la rodilla del stormtrooper más cercano. En represalia, los soldados la tomaron por todos lados y empujaron hacia delante cuando se rehusó a moverse. Leia sabía que la habían atrapado, pero no iba a ser una cautiva voluntaria.

Después de haber estado en los oscuros pasadizos interiores, el pasillo principal de la nave era casi cegador. El humo de la batalla sofocaba el aire. Cada vez que Leia inhalaba, sus pulmones ardían con el agudo hedor de ozono de los disparos bláster.

Y había cuerpos por todos lados.

Los habían dejado donde fueron cayendo; sus heridas y expresiones sin vida le provocaron arcadas a Leia. No quería ver eso. Era su gente, y ella los había llevado hacia su muerte. No existía forma de corregirlo o enmendarlo. Leia se obligó a mirar y recordar. Necesitaría decirles a sus familias… ella necesitaría… ella…

«Es mi culpa», pensó. «Es mi culpa…». Leia la senadora, incluso Leia la princesa, podía justificar sus muertes como un sacrificio necesario, pero a Leia la humana le estaba costando ahogar el grito.

Darth Vader aguardaba parado al final del corredor; su imponente altura y sus anchos hombros casi bloqueaban el agujero que los imperiales habían hecho en la compuerta para entrar al *Tantive IV.* Stormtroopers se arremolinaban a su alrededor. Sus armaduras traqueteaban como exoesqueletos de insectos. Siendo la mano derecha del Emperador, Darth Vader resaltaba en un contraste agudo. Su armadura, su capa ondeante y su yelmo eran tan negros como las marcas de fuego en los muros.

Y a sus pies estaba la figura desplomada del capitán Antilles. Leia podía escuchar el fuerte resoplido de la respiración de Vader mientras los stormtroopers la arrastraban hacia delante, pero no podía detectar ninguna señal de que el capitán estuviera vivo.

¿Incluso a él? Leia estaba segura de que mantendrían vivo al capitán para interrogarlo, o al menos esperaba eso. Ella contaba con su silencioso y constante apoyo. De pronto, su pecho se paralizó por el dolor. Sus pensamientos quedaron en blanco, invadidos por la angustia y la furia.



El capitán Antilles había sido un líder extraordinario; había atravesado incontables bloqueos imperiales para llevar provisiones a la Rebelión. Y la tripulación era muy joven, demasiado…, tanta vida desperdiciada en cuestión de minutos. No podía soportarlo.

«La guerra continuará sin mí —había dicho el capitán Antilles—. No lo hará sin usted».

Pero en ese momento, todo parecía imposible.

«Lo siento», pensó ella. «Lo siento tanto».

Leia, la ciudadana, estaba desconcertada, pero sintió que una parte de ella encajaba en su lugar mientras enfrentaba a Darth Vader. La senadora Leia Organa ya había tratado con él anteriormente. Así que podía enfrentarlo de nuevo. Podía usar el hielo que inundaba sus venas para armarse de valor en su presencia.

Leia se enderezó, echó los hombros hacia atrás y escondió el miedo. Pero nunca era fácil encontrarse cara a cara con una pesadilla viviente. Especialmente cuando se alzaba frente a ella de forma imponente con su caliente y húmedo aliento pesando en su rostro conforme se inclinaba hacia ella.

—Darth Vader. Debí saberlo. —Leia vertió en su voz cada litro de odio que sentía—. Sólo tú podrías ser tan atrevido. El Senado Imperial no se quedará de brazos cruzados ante esto. Cuando se entere de que atacaste una misión diplomática…

—No juegue conmigo, su alteza. En esta ocasión no estaba en una misión de misericordia. ¡Pasó directamente a través de un sistema restringido! —No era la primera vez que Leia pensaba que él había programado su voz para que fuera profunda y retumbante, como una tormenta. Ningún hombre normal podría sonar la mitad de terrorífico—. Espías rebeldes hicieron varias transmisiones hacia esta nave. Quiero saber qué sucedió con los planos que le enviaron.

Leia intentó ignorar el intenso galope de su corazón. El pequeño droide debía de estar lejos en ese momento, con rumbo al planeta, lejos del alcance de Vader. Se había visto más astuta que él, tal vez por primera vez en la historia, y saberlo le facilitaba mantener la calma.

—No sé de qué estás hablando. ¡Soy un miembro del Senado Imperial en una misión diplomática!

—¡Es parte de la Alianza Rebelde y una traidora! —rugió él, girando hacia un stormtrooper cercano—. ¡Llévensela!

A su orden, el stormtrooper la empujó hacia el agujero de una compuerta del *Tantive IV*. Leia forzó sus oídos tratando de escuchar lo que un oficial imperial estaba reportando a Vader. Sólo atrapó unas cuantas palabras: «Debemos tener cuidado… La gente la adora… Rebeldes…, princesa…, planos…».

«¡Maldita sea!», pensó Leia; Vader sabía exactamente qué información habían descargado. La Rebelión y todos sus miembros, incluyendo a su padre, corrían más peligro que nunca. Se le desgarraba el corazón de saber que era su culpa por permitir que la nave, la tripulación y ella cayeran en la red del Imperio. Leia dejó su maltratada nave, sabiendo que sería por última vez: sólo podía esperar que lo que entregó a ese pequeño droide le diera la oportunidad de salvarlos a todos.

CAPÍTULO TRES



Uno de los muchos peligros de haber nacido en el seno de la realeza, aparte de morir de aburrimiento durante las lecciones de sus tías, era la constante amenaza de secuestro. Como su madre era la reina de Alderaan y su padre el rey consorte, decir que eran adinerados y poderosos es poco. Cuando los cretinos más viles se arrastraban fuera de los rincones más oscuros de la galaxia en busca de víctimas, Leia era un blanco natural para su codicia. Así que, aun cuando sentían que arrojar hombres grandes y sudorosos a la lona era algo extremadamente impropio para una dama, sus tías y sus padres acordaron que la autodefensa tenía que formar parte de su implacable entrenamiento como princesa una vez que cumpliera los dieciséis años.

Leia amaba la adrenalina que le proporcionaba sentir fortaleza física; era la misma sensación excitante que la invadía cada vez que hacía algo útil para la Rebelión. Además, las clases de autodefensa tenían usos inesperados. Por ejemplo, ser capaz de golpear a un muñeco le facilitaba dar una vuelta por la tarde y aprender diez formas diferentes de hacer una reverencia sin patear a sus tías en las espinillas. Uno solo de los consejos de su instructor le había salvado la vida cientos de veces: «presta atención».

Leia mantuvo su mente clara y enfocada en el momento, los ojos abiertos y analizando el destructor estelar, lo mismo que a cada soldado imperial en su rededor. Habían llevado el *Tantive IV* a una bahía de acoplamiento que, por supuesto, estaba casi desierta. Leia todavía era un miembro del Senado, así que Vader haría todo lo que estuviera en su vasto poder para silenciar este incidente. Si ella tuviera que adivinar, eso incluiría destruir la nave y atribuir su «desafortunada muerte» a algún tipo de fallo mecánico.

Su estómago se contrajo, hecho un nudo. No la mataron de inmediato, no, pero Leia estaba segura de que no tenía nada que ver con que fuera senadora o princesa, sino con las respuestas que Vader pensaba que después podría obtener de ella.

¿Qué sucedería cuando se diera cuenta de que ella no le diría nada acerca de la Rebelión? Leia estaba dispuesta a saltar desde una esclusa de aire hacia el gélido vacío del espacio, antes que traicionar a su padre y a la gente que había llegado a considerar como camaradas.

Tenía que escapar, exponer la verdad. Si tan sólo pudiera descender a Tatooine, encontrar al droide y al General Kenobi, todavía podría salvar la misión. O, por lo menos, podría decirle a su padre que seguía con vida. La consumía la necesidad de probar que no le había fallado por completo a él o a la Rebelión. Jamás se permitiría a sí misma revolcarse en la impotencia en la que el Senado había tratado de ahogarla. Quedaba demasiado por hacer.

El interior del destructor estelar era exactamente como el régimen al que servía: frío y despiadadamente eficiente. Todo era líneas elegantes en blanco o negro puro. No había gris en el mundo del Emperador. Había un «nosotros» y un «ellos»; era «su manera» o «de ninguna manera».

Empujaron a Leia dentro del angosto tubo plateado de un ascensor, que la disparó a ella y a su escolta a una velocidad vertiginosa hacia arriba, hacia una pasarela peatonal. Para ver lo que había debajo se asomó sobre los anchos hombros y la armadura brillante de los stormtroopers. Aquello era una serie de hangares. Cada compartimento, amplio y resonante, contaba con techos increíblemente altos y enormes puertas metálicas que servían para atraer naves hacia dentro.

«Aquí mismo podrían meter poblaciones enteras de algunos planetas», pensó Leia, asombrada por su tamaño. Vio saltar chispas mientras los ingenieros trabajaban reparando naves; había droides acarreando pesadas piezas de maquinaria que ningún hombre podría cargar, había hileras de tropas reunidas entrenando en formaciones.

Comparado con los otros, el hangar a donde habían remolcado al *Tantive IV* era pequeño y estaba lleno de stormtroopers y oficiales imperiales. El tercer hangar que pasaron fue el que atrajo y mantuvo la atención de Leia. Tenía dos naves atracadas debajo, y sólo un miembro de la tripulación movía carretillas de suministros a bordo.

«Alguien se está preparando para un viaje», pensó. De pronto, su mente trabajó a la velocidad de la luz y vio su plan de escape desarrollarse frente a sus ojos con tal claridad que parecía que el mismo Emperador había puesto una alfombra para ella. «Sí». Una pequeña emoción de victoria corrió a través de ella. Con esto podría hacer algo. Su espíritu se aligeró por primera vez en horas, y sintió que esa aplastante presión se separó de su pecho. Las naves permanecerían cargadas de combustible. Y estaban equipadas con armas. Podría abrirse camino disparando. Y para cuando se dieran cuenta de lo que había sucedido, habría cruzado la atmósfera de Tatooine.

«¡Tomen eso!», quería gritar a los demás senadores. Estaba por demostrar, exactamente, de lo que era capaz cuando se le daba la oportunidad. Su adhesión a la Rebelión todavía se sentía nueva, demasiado fresca. Había necesitado la misión para mostrarles su dedicación y qué tan lejos estaba dispuesta a ir por ellos si sólo le daban su apoyo para llegar ahí. Esto, la historia de su escape frente a las narices de Vader, fortalecería mucho más su vínculo con ellos. Nadie, ni los medios ni sus tías ni siquiera su padre, podría negar que ella era una guerrera y que merecía ser escuchada.

«Eso, si no me bajan a tiros antes», pensó. Pero no: ella podía hacer esto. Tenía años de entrenamiento de vuelo. Y, bueno, estaban todas esas dunas para esconderse. Quería ver qué tanto le gustaba a Vader llenarse de áspera arena en los lugares sensibles de su armadura.

Encontró una oportunidad cuando dos de sus escoltas se separaron al dirigirse a un cuarto de mando; si tuviera que adivinar, iban a iniciar su registro en el bloque de detención. Leia permitió que los demás la empujaran dentro de otro elevador. Las puertas apenas si se habían cerrado cuando ella balanceó sus manos atadas hacia el panel de

control y lo golpeó, causando que el ascensor se sacudiera al detenerse. Los stormtroopers que estaban a su lado se desbalancearon y ella tuvo la oportunidad de robar uno de sus blásters y disparar.

—¡Deteng…!

«Demasiado tarde para eso, cerebro de láser», pensó Leia, mirando hacia abajo sus cuerpos aturdidos. Ninguno de ellos tenía la llave para las esposas, aunque en realidad no importaba mucho. Alzó los brazos para agarrar una de las docenas de horquillas en su cabello y se puso a trabajar en el seguro electrónico. Podía volar fuera de ahí ciega, sorda y con los brazos y piernas atados a su espalda.

Cuando las puertas del elevador se abrieron con un siseo, Leia salió y examinó el pasillo vacío. Giró y disparó al panel de control del elevador. Las puertas chillaron en protesta, golpeando una y otra vez el pie de uno de los stormtroopers. Leia sopló el cabello fuera de su rostro con un gesto de molestia mientras pateaba el pie dentro del ascensor. Entonces, el elevador cerró las puertas.

Se mantuvo al borde del corredor, a unos pasos de la entrada del hangar. El aire en la nave estaba seco y helado, pero Leia se sentía húmeda y sudorosa. Con el pulso agitado, observó cómo los ingenieros entraban platicando en voz baja por la puerta del hangar. Giraban y se alejaban.

Con el bláster sujeto, se deslizó dentro y echó a correr hacia la nave. La rampa de abordaje estaba tendida. Su mente revisaba los peligros rápidamente, como si estuviera hojeando una baraja de cartas sabacc.

Si no había nadie a bordo, podría largarse sin más. Y si había alguien, tendría que aturdirlo, aunque podría usarlo como rehén.

¡Estrellas! Sus tías hubieran fallecido al instante de escuchar ese pensamiento nada propio de una princesa.

Dos o tres personas en el interior supondrían un desafío un poco mayor… Su mente se detuvo repentinamente, igual que sus pies.

Parado en la parte superior de la rampa de abordaje, con las manos en la cadera y tan sólido y grande como cualquier montaña de Alderaan, estaba Darth Vader.

CAPÍTULO CUATRO



Por un momento, se quedó sin aliento.

—Una muestra de espíritu digna de admiración —resonó la voz de Vader con un toque de diversión que hacía que la furia de Leia superara su frustración por haber sido capturada. La chica apretó la mandíbula para no crujir los dientes. ¡Se estaba burlando de ella!—. Pero los inocentes no tienen razón para huir.

«Maldita sea», pensó. Debió suponer que Vader sólo usaría su intento de fuga como una prueba más en su contra. Era el momento de sacar la única arma que tenía y esperar que su puntería fuera certera.

—Soy un miembro del Senado Imperial. Tengo derechos, incluyendo el derecho de no ser detenida de forma ilegal.

—Porta ese título como armadura, pensando que la protegerá. No más, «su alteza». No tiene derechos y no tiene protección ahora. El Senado Imperial está siendo abordado en estos momentos.

Comenzó a bajar por la rampa, sus pesados pasos retumbaban en los oídos de Leia. Por un momento, ella no comprendía.

—Abordado… ¿Acaso eso significa…?

—Sí —dijo él, mientras la rodeaba. El bláster salió disparado de sus manos, volando por el aire para aterrizar en las de él. Ella giró, pasmada. El frío y ahora familiar cosquilleo que asociaba con Vader estaba deslizando de vuelta sus gélidos dedos de arriba hacia abajo por su cuello.

Cuando Leia era joven y bastante desvergonzada para escuchar a escondidas las conversaciones de sus padres, oyó a su padre hablar acerca de cómo Vader infundía miedo en todos a su alrededor y cómo no sólo podía controlar personas sino también objetos. Su padre llamaba a eso «La Fuerza». Lo que sabía de esta energía mística y su poder era gracias a la historia de los jedi, los caballeros que defendían la Antigua República. Pero, a menos que hubiera malentendido las historias de su padre, los jedi eran buenos, amables y dedicados a la paz. ¿Cómo podía alguien tan retorcido y desalmado como Vader dominar este poder?

Leia estaba tan inmersa en sus pensamientos que casi se le escapa el golpe verbal que Vader pronunció después.

—El Emperador ha disuelto el Senado. Usted ya no es senadora. Me pregunto, ¿qué defensa usará ahora?

La sensación de vacío crecía en el pecho de Leia, marchitando incluso la cruel comparación que estaba por hacer entre Vader y un droide de protocolo con faltantes cruciales en su verbocerebro.

«Usted ya no es una senadora».

Leia no había servido por mucho tiempo en el Senado, pero había pasado años luchando por ser entrenada para el puesto. Se permitió a sí misma el moldear su futuro alrededor de ese sueño; esa sería la manera en que abriría su mundo más allá de su tranquila, aburrida y extrañamente impotente existencia de princesa. La decepción de darse cuenta de que nunca nadie en el Senado la vería como algo más había amargado sus sentimientos hacia ese sueño, pero no lo había soltado. La Rebelión era la forma de realizar su meta: lograr una galaxia pacífica y próspera. Y se suponía que el Senado estaría ahí, al final, para ayudar a reconstruir la galaxia una vez que el Emperador no estuviera.

Aparentemente, el Imperio todavía era capaz de sorprenderla con su crueldad, con su completa indiferencia ante la ley. Ni por un momento consideró que el Senado podría dejar de existir.

En un instante, sus sueños colapsaron, como un agujero negro que comenzaba a formarse. Y Leia se sintió vacía.

Vader pasó junto a ella, rumbo a la entrada del hangar.

—Usted me va a seguir o yo haré que me siga. Usted elige.

«Necesito tiempo», pensó; la sangre le punzaba en los oídos. «Es momento de buscar otra salida». Sabía lo suficiente para comprender que la mejor manera de ganar tiempo y, más importante aún, de mantenerse con vida era interpretar el papel de prisionero.

Así que Leia decidió, sabiamente, no tentar a Vader; probablemente podía levantarla usando apenas su meñique o…, la Fuerza. Sus fosas nasales se ensancharon sólo con la frustrante idea de ser sacudida de un lado a otro como su bláster. La negra capa de su enemigo ondeaba tras de él, tentándola a pisarla para ver si era posible hacerlo tropezar. La aparición de Darth Vader en la oscura cubierta de control hizo que los oficiales se dispersaran a sus estaciones. Leia nunca había visto tantas espaldas ponerse rígidas al mismo tiempo, como si a todos los hubieran jalado del cabello al mismo tiempo.

Volteó sorprendida hacia la ventanilla y vio pasar las estrellas. ¿Cuándo habían saltado al hiperespacio?

Un hombre mayor, en un pulcro uniforme gris, rápidamente se abrió camino hasta ellos. Leia dedujo, por la disposición de cuadros de colores en su pecho, que era un capitán. Por eso y por el temblor de su voz. Había escuchado que Vader disponía fríamente de los oficiales y ninguno parecía escaparse de ello, a juzgar por el hombre, que se veía felizmente dispuesto a lamer sus botas si Vader se lo pedía. Leia no tenía duda.

—¿Situación, capitán?

—Vamos según lo previsto, Lord Vader. Saldremos del hiperespacio en breve.

«En breve» fue unos momentos después. Leia estaba parada al lado de Vader, con las manos atadas nuevamente de forma tal que se sentía capaz de comportarse al estilo Vader. Los oficiales en la cubierta la observaron descaradamente y susurraron.

—¿A dónde me llevas? —preguntó—. Todavía tengo inmunidad diplomática como princesa de Alderaan.

—Hemos llegado a nuestro destino.

Leia volteó a la ventanilla. Se quedó quieta. Después de todo, esperaba ver Coruscant, el planeta capital. Pero sólo había una pequeña luna gris flotando en el mar de estrellas.

¿Una luna que no orbitaba ningún planeta? No, tenía que ser un planeta pequeño. Pero se hizo más grande… más grande… más grande a medida que avanzaban hacia él, hasta que cubrió la ventanilla por completo.

El corazón de Leia se le fue hasta los pies.

«Eso no es…».

«No puede ser…».

«¿Cómo…?».

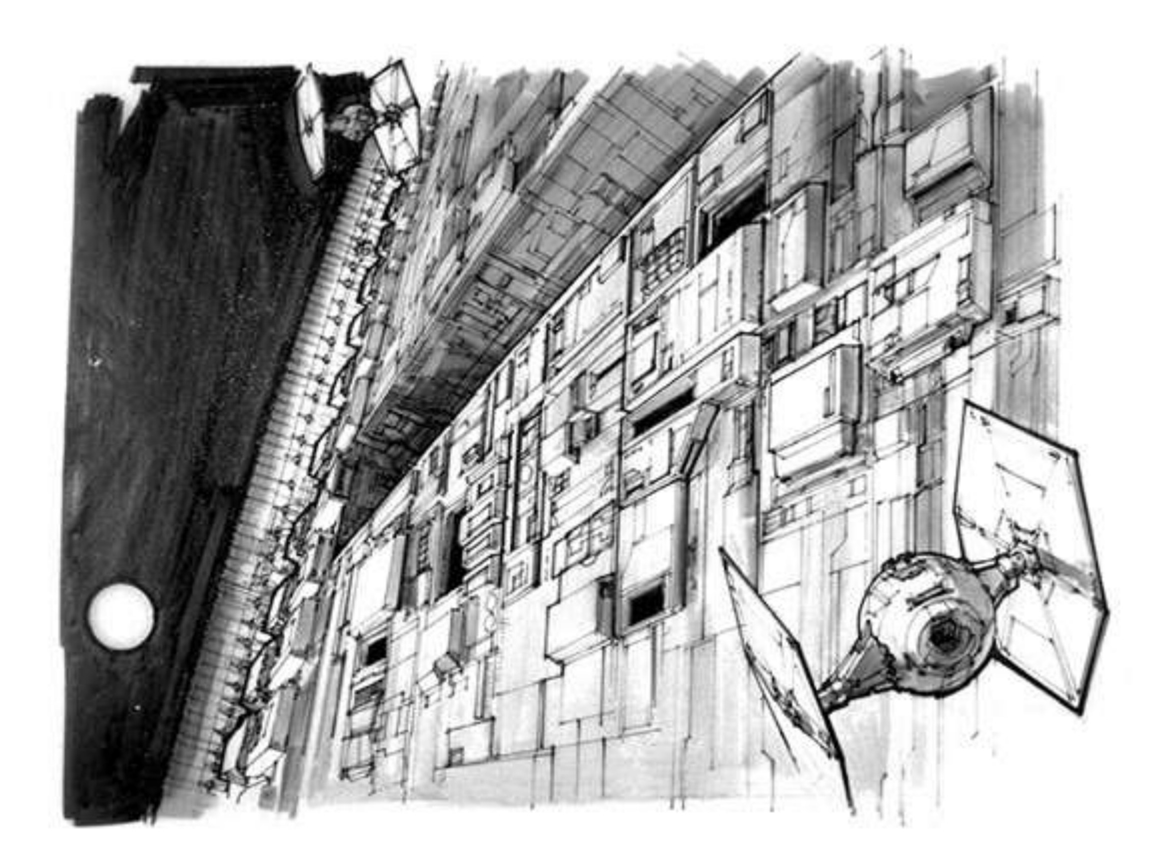
Las estrellas no estaban titilando alrededor de la descomunal esfera, como había pensado inicialmente. Las luces intermitentes eran enjambres de cazas TIE moviéndose en formación, chillando mientras se acercaba el *Devastator*. Y aquello no eran cráteres estropeando la superficie de la esfera, sino placas metálicas y torres. El gran cráter que había avistado de inmediato no era un cráter en lo absoluto: casi parecía una antena parabólica.

Leia se dio cuenta de que estaba temblando y apretó sus manos con fuerza para esconderlo.

—La Estrella de la Muerte… —Las palabras se escaparon en un susurro horrorizado.

Un segundo demasiado tarde, Leia se dio cuenta de su enorme error.

Vader dio media vuelta.



—Sí, la Estrella de la Muerte. El arma secreta de la que asegura no saber nada. Hecha con los planos que usted afirma no poseer. Realmente, su alteza, hace que esto sea demasiado fácil.

«¡Maldita sea!». Podía culpar al agotamiento o al miedo pero, para el caso, era como si Leia hubiera sostenido la tarjeta de datos frente a su rostro. «¡Piensa, piensa, piensa!». Buscó una explicación razonable; sentía el pulso en sus orejas.

—No. Había rumores de ella en el Senado…

Vader la interrumpió.

—Mire detenidamente. ¿Ve la antena parabólica? Es el arma principal. Cuando dispare, la galaxia por fin comprenderá el poder del Imperio.

Entonces la Rebelión podría ser prácticamente eliminada con un sólo disparo.

—Estás demente. ¡Esto es una locura!

—No, su alteza —dijo él—. Esto es poder.

—¿Entonces por qué preocuparse por los planos desaparecidos? —respondió ella—. Si eres tan poderoso, si la estación es invencible, ¿por qué importan?…

Él cortó el aire con una mano, interrumpiéndola otra vez.

—Ya que está tan curiosa acerca de nuestra nueva estación de combate, le dará gusto saber que usted es nuestra primera invitada de honor. Están preparando su aposento. Si no coopera, su estancia será suspendida permanentemente. ¿Comprende?

Leia apretó los dientes, pero asintió con la cabeza.

—Sepa que no habrá escapatoria esta vez, princesa —advirtió—. Intentarlo sería… tonto.

A veces, pensaba ella, sólo a veces era bueno ser subestimada. Leia volteó otra vez hacia la ventanilla, asimilando la amenazadora estación espacial con nuevos ojos. Vader y sus lacayos se enterarían de su plan muy pronto.

CAPÍTULO CINCO



Mientras la transportaban a la Estrella de la Muerte en una nave, Leia mantenía los ojos abiertos. Bien abiertos.

Grabó en su memoria el camino desde el hangar hasta una serie de ascensores; contó cada vuelta y los pasos a lo largo de cada corredor. Contó los grupos de stormtroopers que marchaban y la dirección a la que iban mientras sus captores le abrían camino por los lustrosos pasillos. Algunos droides zumbaban por sus pies y, ¡estrellas!, volvió a pensar en el otro droide, el pequeño R2 que rodaba por las dunas de arena desértica. Leia sabía que tenía que mantener su mente libre y despejada de todo sentimiento de culpa; desafortunadamente, con cada error que cometía todo resultaba más difícil.

No tenía dudas sobre lo que seguía.

Vader había asignado ocho stormtroopers para escoltarla. Una parte de ella estaba orgullosa. Pero otra deseaba echar los ojos hacia arriba, especialmente cuando todos ellos trataron de meterse en el ascensor.

La subieron al bloque de detención sin decir una sola palabra. Al pasar la última puerta fueron recibidos por los sorprendidos rostros de tres oficiales que alzaron la mirada de sus consolas. Leia sintió algo de satisfacción cuando vio que se ensancharon sus ojos. La reconocieron. Bien. Eso significaba que había estado cumpliendo su trabajo como la mosca oficial en la sopa del Emperador.

—Esta es la prisionera dos-uno-ocho-siete —dijo un escolta.

El oficial de seguridad sacudió la cabeza, confundido.

—Pero es la senadora…

—Esta es la prisionera dos-uno-ocho-siete —repitió el stormtrooper.

Por supuesto, a los ojos de Vader ella ya no era senadora. Tampoco princesa. Era una forma de vida lo suficientemente inferior como para ya no merecer un nombre. Esto iba a ser una… situación delicada. Si no lograba convencerlos de que no estaba involucrada en la Rebelión, la tacharían de criminal y probablemente nunca podría regresar a su hogar en Alderaan. Al menos, no hasta que la Rebelión hubiese derrocado al Imperio. Y aunque a Leia le emocionaba la idea de unirse de tiempo completo a la Alianza Rebelde y vivir, pelear y trabajar con ellos todos los días, no lograba aceptar la idea de que podría tardar años en volver a ver a sus padres.

El oficial de seguridad miró fijamente al stormtrooper. El stormtrooper miró fijamente al oficial de seguridad.

—Después de sufrir horas de maltrato y abusos —dijo Leia, haciendo la mejor representación de sus tías—, me tienen harta con su incompetencia; me gustaría que me mostraran mi aposento, salvo que hacer su trabajo sea pedirles demasiado.

Estaba muy consciente de que su aposento era una celda, pero saltaría desde una esclusa de aire antes que admitir ese hecho.

—Mmm… está bien —dijo el oficial de seguridad.

Otra vez empujaron a Leia hacia delante, y esta dio un paso hacia arriba y alrededor de las elevadas consolas de control. Examinó el tramo del corredor frente a ella; le dio un escalofrío el contacto helado del oxígeno que silbaba a través de las ventilas del suelo. Por lo que podía ver, sólo había un acceso al bloque de detención, y era por donde había entrado.

Puerta de celda, puerta de celda, puerta de celda… una escotilla para una rampa de basura. El stormtrooper frente a ella se detuvo de forma tan abrupta que Leia se estrelló contra su espalda.

Al menos le quitaron las esposas antes de arrojarla dentro. Leia tropezó con la hoja de metal plana y larga, al lado opuesto del estrecho cuarto; diría que era su cama si tuviera que adivinar. Giró y estuvo a unos centímetros de patear la puerta cerrada, pero, se controló.

—¡No se saldrán con la suya! —gritó—. ¿Me oyen?

Leia estaba lista para destrozar la estación, aunque tuviera que hacerlo con sus manos.

Pero primero tenía que escapar de esa celda.

Caminaba en círculos, buscando en las uniones de los muros algunos paneles sueltos que pudiera desprender, si no era para descubrir una ruta de escape secreta, entonces para usarlos como armas. Pero todo en la estación espacial era nuevo y estaba en perfectas condiciones. Volviendo su atención hacia arriba, se trepó en el catre de metal y analizó el techo. «¡Ahí!». La luz roja que fluía por las rejillas del techo la tapaba, pero ahí estaba: una ventila.

Una ventila del tamaño de su cabeza.

De repente, su emoción se esfumó. Leia, más que sentarse, se colapsó en el catre, dejando salir un suspiro de frustración. Para que esa particular ruta de escape funcionara, ella tendría que ser tan pequeña como un mono-lagarto kowakiano, para caber en el agujero, y tan alta como un wookiee para alcanzarla.

Hambrienta, cansada, con frío y ahora extremadamente decaída, dobló las piernas y las abrazó contra su pecho. «Del palacio a la prisión». Ya podía ver los encabezados de la holored.

Darth Vader no la hizo esperar mucho tiempo. Leia supuso que la oportunidad de verla retorcerse era demasiado como para que él se resistiera. Sin embargo, estaba sorprendida de que él mismo estuviera dispuesto a hacer el trabajo sucio.

La puerta se abrió con un siseo y entró su silueta oscura, seguida de cerca por dos oficiales de seguridad. Los dos hombres se colocaron en su lugar, a ambos lados de la puerta, con sus miradas fijas en el techo. Por un terrible y largo segundo no se oyó otra cosa que los resoplidos continuos del respirador de Vader. Leia sintió cómo unas frías gotas de pánico le recorrían la espalda.

—Espero que encuentre su aposento adecuado, princesa.

Leia levantó la barbilla. Sin miedo. Sin quebrarse. Sin gritar. «Demuéstratelo a ti misma», pensó. «Demuestra que mereces ser una de ellos».

Esto era por su padre y por la Rebelión que este había ayudado a crear, la misma que ella continuaría ayudando a construir.

—Demando ser liberada y tener un juicio formal —dijo ella.

—Ahórreme su indignación —replicó Vader—. No tengo ni el tiempo ni la paciencia para ella.

Un sonido extraño, un pitido que crepitaba por el aire como electricidad estática, hizo que se erizara el cuello de Leia. Vader se hizo a un lado y un droide esférico entró flotando detrás de él. Se balanceaba ligeramente a medida que se aproximaba a ella; tenía un brillante exterior negro, atravesado con plateado y acentuado por la luz de un ojo rojo.

—¿Qué…? —comenzó a decir ella, haciéndose hacia atrás contra el muro de su celda.

Relucientes cuchillas y varillas plateadas salieron de la coraza del droide, pero los ojos de Leia se enfocaron en la jeringa que se asomó por su costado y comenzaba a llenarse con algún tipo de líquido. Una aguja de aspecto malvado, tan larga como su mano, apuntaba directo hacia ella.

—¡No! —gritó. Leia sabía lo que era eso, un droide interrogador. Eran ilegales, considerados demasiado inhumanos como para ser usados. ¡Estrellas!, se sentía una idiota: nada era demasiado inhumano para el Imperio.

—Esta es su última oportunidad, su alteza —advirtió Vader—. Si no me va a decir dónde están los planos y dónde puedo encontrar la fortaleza de los rebeldes, le sacaré las respuestas a fuerza.

Las respiraciones de Leia llegaban en ráfagas rápidas. Resistir interrogatorios había sido parte de su entrenamiento de autodefensa, pero esto…, esto era mucho peor que cualquier cosa que pudo imaginarse. Dolor y humillación podían hacerse a un lado, guardarse en una caja dentro de uno, pero ¿un suero de la verdad?

No había a dónde correr. Leia se giró hacia la puerta, pero los brazos de Vader se lo impidieron y la mandaron de regreso a la trayectoria del droide interrogador. El dolor que corrió por su brazo cuando la aguja le perforó la piel y el suero se filtró en su sistema, fue insoportable.



De nuevo se derrumbó contra la pared sacudiendo la cabeza. Se sentía lo suficientemente ligera como para escapar flotando. Su visión borrosa en los bordes la hacía sentir como si estuviera caminando por una niebla matutina en los jardines del palacio, con la suave luz del sol calentándole la piel… pero no… «No». Eso no estaba bien. Leia no estaba en Alderaan.

Una voz flotaba hacia ella a través de las nubes.

—Su alteza, usted está a salvo. Puede confiar en mí.

Leia sacudió la cabeza, volteó el rostro contra algo frío, duro, liso. «Una celda». Estaba en una celda. En el… en el… ¿por qué no lograba retener sus pensamientos? La sangre otra vez le punzaba en las orejas. Apretó sus manos contra ellas. «No estoy a salvo. No estoy a salvo. No estoy a salvo».

«Estrella de la Muerte…». Las palabras flotaban hacia el frente de su mente. Ahí es donde estaba. No en Alderaan. Ese pensamiento provocó que una ráfaga de dolor la atravesara. La mareara. ¿Por qué no se detenía? ¿Dónde estaba su padre? Necesitaba a su padre.

—Soy parte de la Alianza Rebelde —continuó la voz—. Necesito saber qué hizo con los planos de la Estrella de la Muerte. Debe decirme. Debe confiar en mí.

Tenía un mal sabor en la boca, un golpeteo en el cráneo. Leia estaba tan segura de que iba a vomitar que se dobló por la cintura, ignorando el fuego que parecía fluir por su sangre. Algunas palabras brotaban en su mente como burbujas.

«Interrogatorio».

«Muerte».

«Estrella».

«Vader».

—¡Los necesitamos, Leia! ¡Dime dónde encontrar los planos!

—¡Déjame en paz! —«Interrogatorio. Rebeldes. No puedo decir la verdad. No digas la verdad. Antilles. *Tantive IV.* Alderaan. Senado. Galaxia».

Despacio, como estirándose después de un largo sueño, su mente comenzó a agudizarse. Leia recordaba dónde estaba, aún con la cabeza sintiéndose lo bastante ligera como para irse flotando y sus labios lo suficientemente flojos como para derramar todos los secretos que protegía. «Entrenada». Ella había sido entrenada.

«Te obligarán a dar información —su instructor le había dicho—, información veraz. Pero no necesita ser información actual. Siempre hay forma de entregar una verdad que está relacionada y que no sea la respuesta que ellos quieren. ¡Busca una conexión!»

—¿Dónde están los planos? —estalló la voz en sus oídos, con suficiente fuerza como para hacer que Leia se encogiera.

—¡No los tengo! —gritó—. ¡No los tengo!

—¿Dónde están?

—¡No los tengo! —repitió.

—¿A dónde los envió? ¿Dónde está la base Rebelde?

Sin previo aviso, el fuego en el cuerpo de Leia se apagó, y fue sustituido por una sujeción helada. El miedo se abría paso a través de ella y daba vueltas hasta llegar al estómago. La sensación era muy diferente a la del sueño delirante provocado por el suero. Había… poder detrás de cada una de las palabras. Le daban empujones. La picoteaban con tanto filo como cualquier cuchillo. Así que Leia hizo lo único que podía hacer: se echó para atrás. Físicamente, hacia el muro. Mentalmente, a un sitio donde la voz no podía encontrarla. Una calidez desconocida la envolvía, una manta protectora que no dejaba entrar la oscuridad a ninguna parte.

Entonces la presión helada en su cabeza también retrocedió. La voz estruendosa emitió un sonido de sorpresa, y luego se calló durante largo tiempo.

—Si no me dice dónde encontrar a los rebeldes, ¡se perderán vidas! ¡Todas las muertes de los rebeldes caerán sobre sus hombros!

—¡Déjame en paz! —repitió Leia, lanzando los brazos por encima de su cabeza.

—Su padre quiere que confíe en nosotros —dijo la voz, ahora con más suavidad—. Quiere que nos diga dónde encontrar a los rebeldes. Está preocupado por usted. Desea que regrese a casa.

—Alderaan es mi hogar. —Eso era cierto.

—¿Es usted un miembro de la Alianza Rebelde?

Leia se tragó el repugnante sabor en la parte posterior de su boca; parpadeaba mientras la celda comenzaba a tomar forma a su alrededor nuevamente. Vader era una borrosidad negra contra las luces carmesí del techo.

«No estoy a salvo».

—Soy la Princesa Leia Organa —dijo ella—. Soy senadora de Alderaan.

Y esa era la verdad.

Vader dio un paso hacia atrás, observándola tan tranquilo y silencioso como una serpiente venenosa a punto de atacar. Comenzó a girar, señaló algo a los oficiales de seguridad y Leia se desplomó aliviada contra el catre metálico. Se estaban retirando. Había terminado.

—Cuidado —advirtió Vader—. Si sigue resistiendo, pronto no será ninguna de las dos.

La puerta de la celda se cerró con un siseo detrás de él.

CAPÍTULO SEIS



Sin ningún reloj en la pared, era fácil perder la noción del tiempo.

A pesar de todos sus esfuerzos por seguir despierta, el cansancio pudo con ella y la sumergió en un sueño inquieto. Sentía cómo recuperaba y perdía la consciencia cada vez que escuchaba el eco de unas botas por el pasillo. Su organismo acabó expulsando el suero, y esto significaba que su estómago había dejado de contraerse y voltearse cada vez que respiraba.

«Aguanté», pensó, dejando que el orgullo y una pequeña felicidad derritieran el hielo que todavía sujetaba su interior. No había cedido ante ninguna agonía. Al menos era eso; hasta sus tías estarían impresionadas de que hubiera logrado mantener la calma en una situación tan peligrosa. Pero era un triste consuelo. Estaba sola, con el miedo estremecedor de que Vader pudiera regresar en cualquier momento con ese droide para intentar algo diferente y terminar arrancándole la verdad.

¿Habían pasado minutos? ¿Horas? ¿Un día?

«Lo puedo hacer otra vez», se dijo a sí misma. «Lo puedo lograr».

Sabía que mientras estuviera en su celda, su vida no sería otra cosa que un reloj en marcha. No tenía ninguna duda de que su padre estaba buscando pistas para saber qué había sucedido con ella, pero no podía quedarse ahí sentada, esperando que él o alguien de la Rebelión atara todos los cabos. Leia tenía que rescatarse a sí misma.

La verdad es que no podía predecir por cuánto tiempo la mantendría con vida Vader sabiendo que había una posibilidad de que estuviera involucrada en la Rebelión. De hecho, parecía fuera de lugar que él le diera todo ese tiempo para recuperarse; resultaba inusualmente paciente para alguien que aplastaba a un subordinado como a un gusano, sin siquiera parpadear. Si es que era capaz de parpadear… ¿Qué había debajo de esa máscara, exactamente?

Leia se enderezó, frotando el sueño de sus ojos. Permanecía en una estación espacial. Así que tenía que haber alguna manera de mandar un mensaje a Alderaan. Cualquier oficial estaría demasiado preocupado por su próximo ascenso como para arriesgarse a simpatizar con Leia, pero había visto las expresiones de sorpresa en los oficiales de seguridad cuando había entrado. ¿Acaso era posible que dentro del Imperio hubiese soldados que no estuvieran de acuerdo con las políticas de su maestro? Leia sabía que el servicio en la milicia no siempre era voluntario.

Los pesados pasos afuera de la celda interrumpieron el nuevo plan que se formaba en su mente. Por un instante, Leia estuvo convencida de que podía sentir el suelo sacudirse, pero tal vez sólo era su propio miedo jugándole una broma. Tan sólo había pasado un

momento cuando escuchó el conocido *clic* y el soplido del respirador de Vader. Después, la puerta se abrió.

Leia se levantó de un salto, pero ni Darth Vader ni los dos oficiales de seguridad que venían con él entraron.

—Sígame. —La capa de Vader voló detrás de él mientras se giraba.

Curiosa y nerviosa, en proporciones iguales, Leia dio un paso vacilante fuera de su celda. ¿La estaban transportando otra vez? ¿La llevaban a alguna especie de juicio? ¿O era este el momento en que se deshacían de ella de una vez por todas?

El oficial de seguridad le colocó unas esposas sobre las muñecas, lo bastante apretadas como para hacer que Leia hiciera una mueca. Sin una palabra de explicación, la condujeron por un bloque de detención; las botas sonaban sobre la pasarela de metal al ritmo del punzante dolor de cabeza tras sus ojos. El ardor de las luces brillantes del pasillo externo era insoportable. Todas las cosas en la nave lucían brillantes y nuevas, resplandecían con malas intenciones.

Cuando se acercaron a dos imponentes puertas metálicas, Vader la tomó del hombro. A su señal, estas se deslizaron abriéndose con un susurro que se desvaneció en el aire.

Eso fue lo primero que le llamó la atención a Leia: el silencio. Había docenas de hombres y mujeres con uniformes y cascos negros, sentados a lo largo de un tramo de paneles de control que contenían tantas palancas y botones resplandecientes como para siquiera intentar contarlos. Sobre sus cabezas, más paneles titilaban con luces rojas y blancas.

Leia se percató de que era el cuarto de control, el cuarto de guerra; la habían guiado al centro nervioso de la Estrella de la Muerte.

Pero…, ¿por qué le enseñarían esto a ella?

En el extremo opuesto de la cámara, una pantalla enorme cobró vida iluminando al oficial que estaba de pie frente a ella.

Por supuesto…, por supuesto que sería él.

—Gobernador Tarkin —comenzó Leia con su rostro más dulce—. Debí esperar encontrarlo sosteniendo la correa de Vader. Reconocí su repugnante hedor cuando me trajeron a bordo.

Lo primero que el padre de Leia le había dicho del Gran Moff Wilhuff Tarkin era que se mantuviera alejada de él. Hizo una visita oficial a Alderaan justo cuando Leia cumplió trece años, lo cual coincidió con el momento en que decidió que su misión era hacer lo contrario de lo que le dijeran que hiciera. Así que se arrastró por el pasillo del palacio tras los dos hombres y escuchó el diálogo frío y tenso entre ellos.

Mientras se deslizaba de su escondite, un pensamiento atravesó su mente: él era una víbora. Un hombre que tenía esclavos. Un hombre que envolvía a sus víctimas y poco a poco, sin piedad, exprimía sus vidas.

Los fríos y afilados bordes de su corazón se reflejaban en las líneas de su rostro. A medida que habían pasado los años y él había envejecido con su horrible crueldad, su piel se ciñó a su cráneo. Sus azules ojos de acero podían estimar el valor de una persona con

tan sólo una mirada. Y la permanente expresión amarga en su rostro mostraba que siempre encontraba a la persona carente de valor.

Detrás de él, un hermoso planeta esmeralda cubría la pantalla, estaba resplandeciente de vida. Al verlo, Leia sintió su pecho contraerse. Era Alderaan. Debieron haber viajado ahí después de que la llevaban a bordo.

Ese era su planeta, el paisaje que había anhelando ver desde el momento en que lo dejó. Leia, a pesar de todo, estaba flotando en una burbuja de emoción. ¿Entonces, en realidad la estaban liberando?

—Encantadora hasta el final —dijo Tarkin, con una mirada que hubiera causado que rosas recién florecidas se marchitaran—. No sabe lo difícil que me resultó el firmar la orden para poner fin a su vida.

Aparentemente, no.

El miedo recorrió su cuerpo con una sacudida. Aunque Leia sabía que podían matarla, una cosa era pensarlo y otra escuchar la promesa en el tono trivial de quien anuncia lo que habrá para cenar.

—Estoy sorprendida de que tuviera el valor de hacerse responsable usted mismo —replicó ella.

Bien. Un pequeño *tic* en su ojo. Leia inclinó la cabeza hacia un lado, con los labios torcidos en una sonrisa de suficiencia. Muy pocas cosas la hacían tan feliz como lograr fastidiar a viejos despreciables, a esos que querían que todos a su alrededor se encogieran ante su presencia.

Estos hombres querían que suplicara por su vida. Que temblara y llorara. Así que era momento de darle rienda suelta a su odio, para mostrarles de una vez por todas que ella no era esa niña. No era esa pequeña princesa.

—¿Cómo fue que escogió el método de mi muerte sin que el Emperador estuviera ahí para darle una palmadita en la cabeza cuando terminara?

El gobernador juntó sus manos frente a él, dirigiendo su cabeza de regreso hacia la pantalla. Otro oficial se le acercó haciendo un gran esfuerzo por ocultar su sonrisa de satisfacción ante aquellas palabras. Era más joven que Tarkin. Su rostro despertó algún recuerdo remoto en la mente de Leia. «Almirante… Motti». «Maravilloso». Con razón era tan grande la Estrella de la Muerte; tenía que serlo si alojaba a algunos de los egos más grandes de la galaxia.

—Princesa Leia, antes de su ejecución, quisiera que fuera mi invitada a la ceremonia que dará inicio al funcionamiento de esta estación de combate. —Tarkin era tan engreído, tan seguro de sí mismo… No había ningún aspecto suyo que no provocara que la piel de Leia se desprendiera de sus huesos—. Ahora ningún sistema estelar se atreverá a oponerse al Emperador.

—Mientras más aprieten su puño —advirtió Leia—, más sistemas estelares se escurrirán entre sus dedos.

—No después de que demostremos el poder de esta estación. —La pequeña sonrisa de suficiencia que le dio hizo que Leia quisiera dar un paso atrás. Un hombre como él no

sonreía, a menos que estuviera por saborear sangre—. De algún modo, usted ha elegido qué planeta será destruido primero. Ya que se ha negado a darnos la localización de la base rebelde, he decidido probar el poder destructivo de esta estación en… Alderaan, su planeta natal.

La revelación la atravesó, quebrándola de terror.

—¡No! Alderaan es pacífico. No tenemos armas. No es posible que…

No podían. Alderaan era uno de los planetas centrales. La galaxia dependía de su riqueza e innovación. ¡Había millones de vidas inocentes ahí abajo!

—¿Preferiría otro blanco? ¿Un blanco militar? ¡Entonces nombre al sistema! —dijo Tarkin—. ¿Dónde está la base rebelde?

Leia miró a los oficiales que estaban sentados junto a los controles de la estación. La incredulidad crecía dentro ella. ¿Cómo podían seguir órdenes como esas? Retrocedió, tratando de esconder su rostro para que no vieran que el pánico había drenado hasta su última gota de sangre. Pero Vader era como una pared detrás de ella, y Tarkin se acercó tratando de hacerla encogerse del miedo.

«Una versión de la verdad», pensó, «información antigua». La ubicación sería creíble, y no correría el riesgo de darles un planeta que ellos ya hubieran revisado y encontrado libre de actividad rebelde. No importaba que fueran a confirmar su participación con la Rebelión de una vez por todas, no si significaba salvar a su planeta. Hubiera luchado durante años en la guerra por ayudar a la Rebelión, pero moriría por su hogar.

—Dantooine —dijo Leia suavemente, bajando su cabeza—. Están en Dantooine.

—Bien. ¿Lo ve, Lord Vader? Ella puede ser razonable. —Tarkin volteó hacia el almirante Motti, para decirle—: Continúe con la operación. Puede disparar cuando esté listo.

—¿Qué? —gritó Leia—. ¡Le di lo que quería! ¡No puede hacer esto!

—Es usted demasiado confiada —dijo Tarkin, haciendo un ademán desdeñoso—. Dantooine es muy remoto para hacer una demostración efectiva. No se preocupe. Nos encargaremos de sus amigos rebeldes muy pronto.

—¡No! —suplicó Leia—. ¡Por favor!

—Ignición primaria —dijo uno de los oficiales, inclinándose sobre su sección de la consola para oprimir uno de la docena de botones encendidos en el panel. Junto a él, otro oficial alcanzó una palanca para tirar de ella.

El zumbido bajo y espeluznante vibró a través del suelo, y a través de la piel de Leia. Lo sintió en sus dientes. Vader la sujetó con más fuerza cuando apareció un rayo verde en la ventanilla.

Leia contuvo un suspiro de horror, luchando contra él, tratando de hacer algo, cualquier cosa, tratando de…

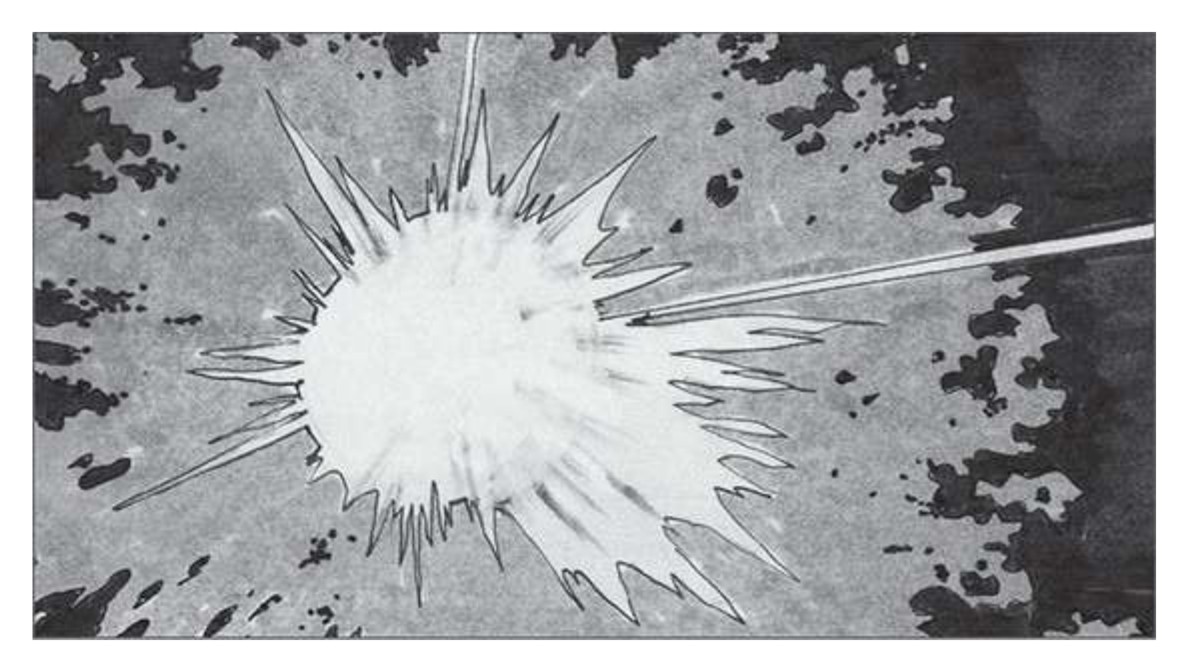
El rayo de luz se apresuró hacia su planeta, rasgando la oscuridad del espacio. Hubo un solo momento en que todo alrededor de Leia pareció suspenderse. No respiró. No se movió. No podía sentir. Y entonces…

El planeta que resplandecía como una gema frente a ella explotó, despedazándose en un estallido de luz ardiente, lanzando una dispersión de desechos en un caliente anillo fundido. Podía imaginar cómo sucedió. Cómo la luz debió haber aparecido en el cristalino cielo azul por tan sólo un momento. Cómo las montañas se habían vuelto polvo. Miles de millones de vidas desaparecidas en un abrir y cerrar de ojos.

Su hogar. Su familia.

Se quedó ahí parada. Los segundos se sintieron como horas. Sacudió otra vez su cabeza. Pensaba que no había forma de que hubiera desaparecido. Alderaan no podía haber desaparecido. Todo era un espectáculo, alguna extraña ilusión que el Imperio había elaborado para tratar de quebrarla. Otra táctica de interrogación.

¿Pero entonces, por qué lo habrían hecho después de que les había dado la información que estaban buscando? ¿Por qué estaban todavía saliendo disparados los fragmentos del núcleo del planeta a su alrededor, abriéndose camino a través del vacío del espacio?



Era de verdad.

El frío entumecimiento que se había apoderado de ella se rompió de repente. En su lugar, había una furia ardiente sin fondo.

Leia gritó, tratando de desprenderse de la sujeción de Vader para rasguñar el rostro de Tarkin con cada gramo de furia que radiaba desde su centro. Vader la sujetaba firmemente, dejándola luchar contra su agarre de acero.

—¿Se hacen llamar humanos? —rugió ella.

Tarkin tan sólo la miró con aburrimiento, luego volteó hacia Vader.

—Llévela de vuelta a su celda, a esperar su ejecución. Anestésiela de ser necesario.

No había necesidad. Su furia ardió tan fuerte por la conmoción, tan intensamente que se consumió antes de que realmente pudiera utilizarla. Y una vez que se había ido, le

quedó únicamente una incredulidad entumecida. Su hogar… su familia… todo… No parecía real, nada de ello. Su madre, su padre, sus tías, su gente, sus jardines, su habitación, la biblioteca, el arte, la hermosa vida que ahí nacía… El Imperio debió llevársela en su lugar. Ella haría lo que fuera para devolver todo. Se intercambiaría a ella misma, cualquier cosa, si pudieran revertir lo que habían hecho.

«Sabes que eso es imposible», susurró una pequeña voz en su mente. Nada traería su hogar de regreso. Ningún ruego solucionaría esto. Había terminado.

Debieron haberla arrastrado de regreso a su celda. Leia no recordaba. Sus piernas se vencieron cuando cruzó la puerta. De repente, su mejilla estaba recargada contra la reja fría del piso. Sus dedos, enroscados en ella. Por primera vez en su vida, la Princesa Leia Organa de Alderaan no podía ponerse de pie.

«Princesa Leia». «¿Seguirías siendo una princesa si tu planeta desapareciera?».

En el transcurso de unas horas, había perdido su puesto en el Senado, su hogar y todos los planes que había hecho. Por primera vez en su vida, Leia no sabía qué hacer. La senadora no tenía un plan. La princesa no tenía historia. Lo único que quedaba era… Leia.

Cerró los ojos, tratando de visualizar el rostro de sus padres. Su cuerpo se estremeció por el esfuerzo de contener las lágrimas. Guardó el dolor, la angustia. Tenía que hacerlo. Le había hecho una promesa a su padre cuando este fue a despedirse de ella y de la tripulación del *Tantive IV* aquella última vez: «No fracasaré». Pero, ¿no lo había hecho?

No. «No». Leia levantó el pecho del suelo y se sentó. Fracasar sería darse por vencida. Porque en algún lugar del desierto había un droide que llevaba la esperanza del futuro dentro de él. Había aliados que contaban con ella, aliados que necesitaban saber la verdad acerca de la Estrella de la Muerte y el tremendo peligro que enfrentaban. No sería lo mismo, pero todavía podría luchar. Ella tenía un lugar en la Alianza Rebelde.

Leia respiró profundo. Escuchó la voz de su padre susurrar en su mente. «Asumir todas estas responsabilidades…, te transformaron en una estrella reluciente».

Después de todo, tal vez entendió mal sus palabras. Su padre no era un hombre que presumiera su riqueza o la posesión de cosas hermosas. No valoraba las gemas o los créditos y no solía apoyarse en la adulación poética. Admiraba la fortaleza por sobre todas las cosas. ¿Y de qué otra manera se formaban las estrella sino a través de la colisión de la presión, el calor y una explosión de energía? La formación de una estrella moldeaba el espacio a su alrededor. Podía verse desde millones de kilómetros de distancia.

Se levantó, se enderezó por completo, y empezó a escudriñar su celda una vez más, buscando una salida. Podían pensar que habían tomado las partes de ella que más importaban. Que la habían quebrado. Pero sobrevivía una parte de Leia que el Emperador, que Vader, que Tarkin, que cualquiera de ellos nunca podría tocar.

Su corazón era una estrella que jamás se apagaría.

Una que los eclipsaría a todos.


EL
CONTRABANDISTA
102

CAPÍTULO SIETE



Nada como una extremidad amputada y lanzada por el aire para acabar con un buen día en la cantina.

—¡Nada de blásters! —gritó el cantinero, en pánico—. ¡Nada de blásters!

«Gracias a las estrellas», pensó Han. De otra forma nadie saldría vivo de ahí.

En lo que dura un latido de corazón, el espeso humo de hierbas que cubría el aire pareció dispersarse. La música alegre de la banda se interrumpió. Los gritos en idioma Básico y en lo que parecerían todos los demás idiomas de la galaxia, se debilitaron en un gemido. En la larga historia de la Cantina de Chalmun, que acogía a los piratas más revoltosos que Mos Eisley podía ofrecer, por primera vez reinó el silencio absoluto.

Después, todo mundo volvió a sus asuntos y regresó el ritmo de la vida. La banda, Figrin D'an y los Modal Nodes, un grupo bith con cabezas en forma de domo y ojos de insecto cristalinos y negros, comenzó otra vez a tocar sus instrumentos.

Han hubiera jurado que el brazo cercenado, por no mencionar el muñón que le quedaba a la criatura, todavía crepitaba cuando aquel viejo fósil apagó tranquilamente su espada láser azul. Han se inclinó hacia la chica que estaba en su regazo, tratando de ver, por su costado, qué había iniciado la pelea en primer lugar. En aquel sitio, parecían levantar del suelo a un humano más joven, un adolescente rubio con aspecto aturdido que desapareció en uno de los rincones oscuros de la cantina.

Han estaba sentado al fondo, en una de las mesas de la esquina donde casi no había luz, en espera de que le saliera una buena chamba. Y bueno, esa mesa tenía la ventaja adicional de que lo alejaba de la gente que estaba cazando su pellejo. Pero evidentemente Han debía preocuparse más por la muchacha humana que quería sus huesos, que por Jabba el Hutt.

—Han… —comenzó a decir la chica en su regazo, con voz alta y aterciopelada, deslizando sus dedos en su cabello y forzándolo a mirarla—. Te fuiste por mucho tiempo.
—Era hermosa y encantadora. De eso no cabía duda; sus ojos tenían un tono de joyas, su cabello era pálido y largo, y portaba un atuendo que Han estaba seguro que daría como resultado unas interesantes líneas de bronceado cuando saliera. Y, oye, nunca iba a echar abajo las atenciones de… una… mmm… dama.

—Bueno, Sar…

Se detuvo al ver cómo se le juntaban las cejas. Correcto: Sarla era la chica del Puerto Espacial Serenno. Hellene era la cantinera twi'lek en Kala'uun, a quien le gustaban los capitanes. Por lo tanto esta chica era…

Nada. Esta era la chica del Puerto Espacial Mos Eisley.

Le echó una torcida sonrisa encantadora y dio un golpe con un nudillo en su barbilla.

—Ya sabes cómo es eso. Mi chamba me lleva a todos los rincones de la galaxia. Algunas veces es demasiado peligroso mostrar mi rostro por los lugares de costumbre. Un hombre como yo —moduló su voz como un susurro dramático— tiene que seguir moviéndose.

La chica suspiró.

—Todo el mundo está hablando de ese cargamento de especias que tuviste que botar. Uno de los pilotos del carguero dijo que Jabba le puso un precio del tamaño de este planeta a tu cabeza.

Han frunció el ceño.

—Esta bola de polvo no es tan grande.



Ella lo ignoró y continuó, moviendo los dedos y jugando con el cuello de su camisa.

—Por alguna razón regresaste. ¿Es buena?

«No por una rubia», pensó, mientras alcanzaba su trago. Mientras más o menos prestaba atención a lo que la chica estaba diciendo, miraba a su alrededor para localizar al muchacho y al anciano. Y los encontró. Claro está, justo a un lado de Chewie.

Sólo el wookiee se acercaría a charlar con ellos como si no acabara de ver que le chamuscaron el pelaje a otro. La única razón por la que la gente entraba a esta cantina en particular era para reservar los servicios de una nave que estuviera dispuesta a no revelar a los imperiales qué transportaba. Eso era la especialidad de Han.

Aunque, en realidad, pensó si acaso habría un trabajo que valiera la pena como para dejar a un lunático con una espada acercarse al *Halcón*. Ya habían tenido que rechazar dos míseros encargos de transportar mercancías fuera del planeta. La paga era mala y el cargamento estaba caliente: literalmente humeante. Aunque últimamente la reputación de Han había sufrido, algo le quedaba de orgullo profesional, ¡cómo no! Cuando un tipo quiso que transportara estiércol de bantha al espacio para fertilizar algún otro terreno baldío, pensó: «No, muchas gracias».

Chewbacca se abrió camino hacia la mesa de Han. Si los casi dos metros y medio de complexión peluda color café no despejaban el camino, los dientes y garras que completaban el paquete lo hacían. Muy pocas personas sabían que Chewie tenía un corazón blando bajo ese exterior de guerrero.

El wookiee miró a la chica en el regazo de Han, luego a su amigo, esperando. Han se encogió de hombros. ¿Qué podía hacer? Algunas personas simplemente nacían irresistibles.

Pero, bueno, esta era la oportunidad que Han había estado aguardando.

—Te presento a Chewbacca, mi copiloto. Chewie, te presento…

Han dejó que su voz se fuera apagando, dando pie a que ella se metiera y se presentara a sí misma. En lugar de eso, la chica echó su cabeza hacia atrás, como lo hace una serpiente justo antes de atacar.

—Eh… ¿Allea? —quiso adivinar.

Chewie gimio. Ella tan sólo se levantó, recogió el trago de Han y le arrojó lo que quedaba en la cara.

—¡Me llamo Jenny! —dijo ella, mientras echaba su cabello por encima de su hombro y se marchaba furiosa.

«Oh, claro: ¡Jenny, de Mos Espa!».

Su copiloto soltó una risita mientras Han usaba su chaleco negro para limpiarse. En realidad sí se sentía mal por su mala memoria, aunque no lo mostrara.

—Ríete, amigo. —Viendo la mirada de Chewie, Han agregó—: Oye, tú eres el casado. Encuéntrame a una chica humana con el cerebro y el cabello sedoso de Malla, y tal vez lo considere.

Si un wookiee pudiera sonrojarse, Chewbacca se habría puesto rosa por todos lados. Gimió una pregunta.

Han suspiró.

—Sí. Te vi con la vieja reliquia. ¿Necesito recordarte que parece que no le gusta dejar que las personas se queden con sus extremidades?

Chewie rugió una respuesta aguda.

—Sí, es difícil no ver la espada, amigo. Claro que sé lo que es un sable de luz. Me pregunto en qué basurero de antigüedades lo encontró.

El sable de luz era el arma de elección de la Orden Jedi, los caballeros que servían como guardianes de la paz en la Antigua República, antes de que el emperador Palpatine tomara el poder. Había algo de palabrería religiosa acerca de meditación y algo llamado la Fuerza. Si le preguntaran a Han, diría que se trataba de una sarta de estupideces. La orden había estado extinta hacía tanto tiempo que era, literalmente, historia antigua.

—¿Cuál es el trabajo? —preguntó Han. Chewie ladró una respuesta, y los ojos de Han encontraron otra vez al muchacho rubio. El adolescente estaba inquieto, mirando alrededor de forma incómoda, cerca del bar. De vez en cuando enderezaba su sencilla túnica pálida. Sus manos temblaban tanto que Han estaba sorprendido de que el pequeño pececillo no derramara su trago.

—¿Pasaje? —replicó Han, volteando hacia Chewie—. ¿Al sistema de Alderaan? ¿Sólo eso? —Por lo general, cuando la gente quería contratar la nave de un contrabandista era para desaparecer en un territorio restringido o en uno de los centros más oscuros esperando perderse para siempre.

El wookiee asintió con la cabeza.

—¿Crees que pague bien?

Tenía valores, está bien, pero también necesitaba pagar una deuda a uno de los grandes señores del crimen en la galaxia: podía ser flexible con sus valores.

Chewie golpeó la mesa mientras gruñía una respuesta, hablando sin parar acerca de que era dinero fácil. Finalmente, Han suspiró y dijo:

—Está bien. Tráelos.

Han se tomó un momento para enderezar su chaleco y recargarse en la cabina. Sus ojos echaron un último vistazo a la cantina, buscando si había problemas. Chewie escoltó al anciano y al muchacho hacia los asientos del otro lado de la mesa.

—Han Solo. Soy capitán del *Halcón Milenario*. ¿Me dice Chewie que están buscando transporte al sistema de Alderaan?

—Mi nombre es Ben. Él es Luke —dijo el anciano, haciendo un gesto hacia el adolescente. La presencia apaciguada del viejo estaba en completa contradicción con la energía apenas contenida del muchacho. A Luke parecía que se le iba a salir el corazón; estaba muy ansioso por ponerse en marcha—. Y sí, ciertamente. Si es una nave veloz.

Han se mofó.

—¿Nave veloz? ¿Nunca escucharon hablar del *Halcón Milenario*?

Ben levantó una ceja canosa.

—¿Debería haberlo hecho?

—¡Es la nave que recorrió el Corredor de Kessel en menos de doce parsecs!

El muchacho, al igual que la mayoría de la gente que escuchó la historia, parecía estar impresionado. Sin embargo, el anciano no era de esa mayoría.

—En cualquier caso… —dijo Han, antes de que notaran la mentira; el *Halcón* era rápido, y eso era lo único que importaba. Punto cinco por arriba de la velocidad de la luz

no resultaba algo despreciable—. He escapado de naves estelares imperiales. Eso sí, no de los pesados cruceros locales; a lo que me refiero es a las grandes naves corellianas. Es lo suficientemente veloz para ti, anciano. ¿Qué es el cargamento?

Ben dio un zumbido reflexivo antes de responder.

—Sólo pasajeros. Yo, el muchacho, dos droides y… ninguna pregunta.

De repente, Han tuvo un mal presentimiento acerca del trabajo.

—¿Qué es? ¿Algún tipo de problema local?

—Sólo digamos que nos gustaría evitar cualquier enredo imperial.

—Bien —dijo Han, inclinándose hacia delante. Vaya, esto tendría que ser sencillo—. ¿Ese es el verdadero trabajo, no? Les va a costar algo extra. Diez mil; todo por adelantado.

Por primera vez, el muchacho, Luke, habló.

—¿Diez mil? ¡Casi podríamos pagar nuestra propia nave con eso!

—Sí, ¿pero quién la va a pilotear, niño? ¿Tú? —Lo veía como si no fuera capaz de averiguar cómo retraer el tren de aterrizaje, ya no digamos hacer el salto al hiperespacio.

—Puedes apostar que podría. ¡Yo no soy tan mal piloto! —Luke volteó hacia Ben y comenzó a levantarse. Un rayo de ira ardiente le iluminaba el rostro—. No tenemos por qué quedarnos sentados aquí a escuchar…

El anciano hizo un ademán con la mano, y el muchacho se sentó de nuevo.

—No llevamos tanto encima. Pero podríamos pagarte dos mil ahora, más quince cuando lleguemos a Alderaan.

«¡Diecisiete!». Han se preguntó si necesitaba limpiar sus oídos.

—De acuerdo, acaban de conseguir una nave. Partiremos en cuanto estén listos. Bahía de acoplamiento noventa y cuatro.

—Noventa y cuatro —repitió Ben, asintiendo con la cabeza. Luke no se veía contento con el acuerdo, pero esta vez logró morderse la lengua. Detrás de ellos, un destello blanco llamó la atención de Han. Cuatro stormtroopers uniformados se dirigían a la barra, atrayendo las miradas de desprecio de los otros clientes.

—Parece que alguien tiene interés en tus trabajos manuales. —Han volteó a la barra.

Sus nuevos pasajeros voltearon a ver. Al muchacho casi se le sale el corazón cuando notó que el cantinero señalaba en su dirección. Quedó en manos de Ben arrastrar al muchacho hacia las sombras y llevarlo hacia la entrada de atrás. Para cuando los stormtroopers voltearon de nuevo, ellos se habían ido.

Han se giró hacia Chewie, sujetando la bandolera plateada que cruzaba el pecho del wookiee.

—¡Diecisiete mil! Esos tipos deben estar realmente desesperados. Regresa a la nave y prepárala.

El wookiee se deslizó fuera de la cantina, mientras Han señalaba al cantinero que cerrara su cuenta y luchaba contra el deseo de hundirse aliviado en su asiento. Su lado razonable sabía que sólo era cuestión de tiempo para que encontrara el trabajo con el cual cubriría el costo del cargamento perdido de Jabba. Pero otra parte de él comenzaba a

perder la esperanza de que pudiera reunir los créditos en sus manos antes de que un legítimo contrabandista lo encontrara. Había sido simple mala suerte que una nave imperial de aduana se hubiera cruzado en su camino justo cuando se estaban preparando para dejar Kessel con el cargamento ilegal. Y ahora era sólo cuestión de suerte que pudiera cubrir su trasero.

Han se levantó para sacudirse un calambre del cuello. Dio un paso hacia delante, directo hacia algo duro, frío…, algo que, sospechosamente, se sentía como el extremo de un bláster. Luego escuchó en huttés:

—¿Vas a alguna parte, Solo?

CAPÍTULO OCHO



Han forzó una sonrisa relajada y volteó despacio. El rostro que lo miraba era verde brillante, cubierto de escamas y bolas. Unos ojos negros cristalinos se asentaban sobre una corta nariz tipo tronco.

Greedo. En el esquema general de contrabandistas y secuaces, el rodiano era tan peligroso como una mosca volando alrededor del trasero de un bantha. Por desgracia, dentro de la escala del personal contratado por Jabba, era de los que disparaban a la más mínima provocación.

Han se dirigió de regreso a su mesa y se acomodó en el asiento. Si le mostraba a ese cretino un ápice de nervios, aun con una pistola apuntándole, jamás se lo perdonaría a sí mismo.

—De hecho —le dijo al rodiano—, estaba por ir a ver a tu jefe. Pero ahora le puedes decir a Jabba que tengo su dinero.

—Es muy tarde —señaló Greedo, demasiado contento para el gusto de Han—. Debiste pagarle cuando podías. Jabba puso un precio tan alto por tu cabeza que todo contrabandista en la galaxia estará buscándote. Tuve suerte en encontrarte primero.

Han también tenía suerte. Si hubiera sido un contrabandista de prestigio (digamos, Boba Fett), padecería una galaxia de problemas. Sin embargo, no estaba seguro de si el contrato de Jabba tenía la cláusula «vivo o muerto», así que no pensaba ponerse a disparar como loco.

—Sí, pero esta vez tengo el dinero.

—Si me lo das a mí, quizá se me olvide que te encontré… —Greedo se inclinó sobre la mesa. Habría cerrado el ojo si tuviera sentido el humor.

—No lo tengo aquí. Mira, fue una cosa insignificante ser abordado… —Han alcanzó su pistola lentamente por debajo de la mesa y la deslizó fuera de la funda en su cadera. Sus dedos rozaron el frío metal, mientras llenaba sus pulmones del cálido aire ahumado de la cantina.

—Le puedes decir eso a Jabba —dijo Greedo—. Quizá sólo te quite la nave.

Ahora le tocaba a Han sonreír con suficiencia.

—¡Sobre mi cadáver!

El rodiano se carcajeó; el sonido salía de su hocico cual trompeta, mientras apuntaba su pistola directo al corazón de Han.

—Esa es la idea. Desde hace mucho tiempo he querido matarte.

Una sonrisa pequeña se extendió por del rostro del capitán Solo.

—Sí. No lo dudo.

Greedo desapareció en un destello cegador de luz blanca cuando Han tiró del gatillo de su pistola. El golpe del cuerpo de Greedo desplomándose sobre la mesa hizo que los otros clientes de la cantina voltearan.

«Pobre Greedo», pensó Han, mirando hacia el cuerpo humeante, mientras se levantaba otra vez. El rodiano nunca supo que Han podía disparar por debajo de la mesa igual de bien que por arriba.

—¡Dije que nada de blásters! —gruñó el cantinero.

—¡Por las molestias! —Han metió la mano en su bolsillo y le lanzó una moneda—. Lamento el desorden.

No pudo salir lo suficientemente rápido de esa cantina. El muro caliente de aire desértico se estampó contra él al salir al exterior. «Es como entrar a un horno», pensó, cubriéndose los ojos del sol, que azotaba desde arriba. El polvo que volaba por el aire estaba denso ese día; un inusual número de stormtroopers lo levantaban de las calles sin pavimentar, ensuciando sus inmaculados uniformes blancos. Pronto se confundirían con los edificios canela deslavados por el sol, que había a su alrededor.

Ahora tenía un muy mal presentimiento acerca del nuevo trabajo.

Y ese presentimiento empeoró con sólo ver a Chewie rondando fuera de la puerta del hangar y al escuchar una voz profunda llamándolo en huttés:

—¡Sal, Solo!

Su copiloto lo volteó a ver cuando escuchó sus botas arrastrarse por la arena suelta.

—¿No quisiste entrar tú solo? —preguntó Han, dando una palmada en el hombro de Chewie—. No te culpo. Terminemos con esto.

—¡Solo!

Deslizándose por el suelo como la babosa que era, Jabba esperaba afuera del *Halcón Milenario*, gritándole a Han. Media docena de sus secuaces circundaban la nave. Han cruzó los brazos sobre su pecho, contando las armas atadas a cada uno de los rufianes. Parecía que Jabba estaba iniciando una colección de los seres más feos del sistema, con él como la joya de la corona.

Han le había contado alguna vez a Chewie su teoría de que, a diferencia de las otras formas de vida, los hutt no habían evolucionado de chispas de vida y materia; la galaxia simplemente los había eructado un día. Tan largo como Han era alto, y cargando más o menos cinco veces su peso, Jabba el Hutt era una combinación pútrida de piel café y amarillo verdoso. Estaba lleno de verrugas y arrugas, y tenía una lengua que babeaba, a la cual parecía incapaz de mantener dentro de su boca.

—Te estuve esperando, Jabba —dijo Han, dejando que su voz resonara por el hangar. Cuando Jabba y los otros voltearon, Han sintió su estómago revolverse. Los ojos dorados de reptil del Hutt siguieron los movimientos de Han mientras se acercaba.

—Supuse que estarías —contestó Jabba.

—No soy del tipo que huye. —Bueno, un sólido 60 por ciento del tiempo no lo era.

A Jabba le gustaba hablarle como si Han fuera su hijo descarriado. Han lo dejaba, porque le gustaba mantenerse con vida.

—Han, mi muchacho, hay momentos en los que me decepcionas… ¿Por qué no me pagaste? ¿Y por qué tuviste que freír al pobre de Greedo de esa manera?

Al parecer, las noticias volaban.

—Mandaste a Greedo a matarme —le recordó Han.

Esos ojos dorados se expandieron en una falsa conmoción.

—Eres el mejor contrabandista en el negocio. Eres demasiado valioso como para freírte. Sólo estaba transmitiendo mi preocupación… ante tus demoras. No iba a matarte.

Han agitó una mano con desdén.

—Si tienes algo que decirme, ven a verme tú mismo.

—Han, ¡Han! —Jabba dejó escapar una de sus carcajadas, la misma que hacía cuando alimentaba con esclavos a su mascota rancor—. Eres mi contrabandista favorito, ¿no lo sabes? Tú y yo somos parecidos. Amamos el dinero: su olor, su tacto, su peso en nuestros bolsillos. Te comprendo mejor de lo que crees.

A Han le daba asco la idea de ser algo parecido a la babosa que tenía frente a él.

—Si tan sólo no hubieras tenido que botar ese cargamento de especias… —continuó Jabba—. ¿Entiendes que no puedo hacer una excepción? ¿Dónde estaría si todos mis contrabandistas botaran mis cargamentos ante la primera señal de una nave estelar imperial? No es bueno para el negocio.

—No tuve alternativa, pero ahora tengo un flete y puedo pagarte, más un pequeño extra. Sólo necesito algo de tiempo. —Han levantó las manos—. Vamos. ¿Hace cuánto estoy traficando para ti? Y es esta la primera vez que tengo que abandonar el cargamento.

Jabba parecía estar considerando eso.

—Por un extra de, digamos…, veinte por ciento, te daré un poco más de tiempo…, pero eso es todo. Si me vuelves a decepcionar, pondré un precio tan alto por tu cabeza que no podrás acercarte a un sistema civilizado por el resto de tu corta vida.

Han hizo una pequeña reverencia, luego de forma experta logró que el señor del crimen se rebajara a 15 por ciento.

—Siempre es un placer hacer negocios contigo.

Jabba continuaba riendo mientras se deslizaba fuera del hangar; el resto lo seguía como fieles mascotas. El estómago de Han no se destensó sino hasta que Jabba se había perdido de vista, y Chewie dejó salir un rugido de alivio desde el fondo de su pecho.

—Tú lo dijiste —dijo Han—. ¿Crees que nos hubiera vendido como esclavos o que simplemente nos hubiera lanzado hacia el vacío del espacio para vernos reventar en pequeñas manchas?

Ninguna de estas opciones sería peor de lo que solían hacer los Hutt. Lo que Jabba carecía en apariencia lo compensaba con una infinita creatividad para ocultar el cuerpo de sus enemigos.

Han trapeó el sudor de su nuca y se estremeció.

—Bien, es hora de ponerse a trabajar. Preparémosla para volar.

Se sentía bien regresar al ritmo de las cosas. Chewie y él pasaron por todos los puntos de comprobación habituales y previos a un vuelo, calibrando algunos de los instrumentos

y trazando la ruta que tomarían hacia el sistema Alderaan. Han estaba puliendo cariñosamente uno de los paneles de control, cuando escuchó a alguien gritar:

—¡Vaya pedazo de chatarra!

El muchacho, por supuesto. Era evidente que acababa de salir de su pueblo y no podría reconocer la belleza de las finas líneas del *Halcón*. La serie YT era la cúspide del genio de la ingeniería corelliana. Un triunfo. Tal vez estaba entrado en años… y algunas de sus placas no combinaban… y tal vez no había podido repintar algunas de las peores marcas de quemaduras, pero ¿eso qué? Lo que había dentro era lo que más contaba.

Han no tenía muchas cosas buenas en su vida; en una pelea de verdad, aparte de Chewie, su nave era lo único en lo que podía confiar. Era el amor de su vida, lo había sido desde el momento en que la ganó de otro contrabandista en un juego de cartas. Y si el ratón de arena no dejaba de insultarla, se iba a encontrar yendo de regreso a Tatooine en una cápsula de escape.

Han descendió por la rampa de abordaje para recibirlos.

—Alcanzará punto cinco más allá de la velocidad de la luz. Puede no parecer mucho, pero tiene lo importante donde cuenta, chamaco. Yo mismo agregué algunas modificaciones especiales.

Luke se rascó la cabeza y le lanzó al anciano una mirada indecisa. Han cerró los ojos y contó hasta diez. Diecisiete mil, se recordó a sí mismo. Si era una elección entre Jabba alimentando con pedazos de él una fosa de ácido o tratar con un pequeño vándalo, trataría con el vándalo.

—Estamos un poco apresurados —dijo Han, barriendo sus manos hacia la rampa—. Así que si se apresuran a abordar, nos iremos de aquí.

Detrás de los humanos venían dos droides: uno era de protocolo, un humanoide de color dorado que se aproximaba arrastrando los pies con las extremidades rígidas e inspeccionando el hangar con ojos redondos y brillantes; el otro era un droide astromecánico cilíndrico de color blanco sobre tres patas, con una cabeza plateada en forma de domo con detalles azules. Su pequeña luz de alerta titilaba en azul y rojo mientras giraba su cabeza. Los dos parecían haber estado rodando por las dunas durante días.

Han esperó hasta que todos estuvieran a bordo para comenzar a subir la rampa detrás de ellos. Echó un último vistazo por encima del hombro. Un viaje más de regreso. Después de que obtuviera su dinero, haría un último viaje a ese agujero para entregárselo a Jabba y luego se aseguraría de mantener unos cuantos sistemas entre él y los Hutt.

—¡Detengan esa nave!

Han volteó de nuevo. El estruendo de pies y el choque de armaduras fue la única advertencia, antes de que los stormtroopers entraran a raudales en el hangar, con sus rifles bláster ya arriba y listos.

—¡Dispárenles! —ordenó el que estaba al frente.

Han maldijo en tres idiomas diferentes mientras se agachaba al ir subiendo la rampa, perseguido por rayos de energía que quemaban el aire a su alrededor. Volteó y disparó

con su bláster. Arrojándose a través de la puerta de arriba, golpeó su palma contra el botón de liberación. Los disparos de los stormtroopers rebotaban en los escudos del *Halcón Milenario*.

—¡Chewie! —gritó Han, mientras corría por el área de descanso. Miró alrededor para asegurarse de que sus pasajeros se pusieran el cinturón—. ¡Sácanos de aquí!

Su copiloto gruñó desde la cabina de mando, ahogando el comentario altivo del droide de protocolo:

—¡Oh, se me había olvidado lo mucho que odio los viajes espaciales!

El *Halcón* estaba listo para dejar el hangar cuando Han se desplomó en el asiento del piloto, sus manos volaban sobre la consola. Se elevaron por encima de los edificios de Mos Eisley, sucios y batidos en arena, en dirección del cielo de la tarde. Ver cómo el cielo se ponía morado y se oscurecía mientras salían disparados de la atmósfera nunca era un espectáculo aburrido. Por eso Han amaba volar.

Y lograr un escape tan justo no le provocaba, tampoco, un mal sentimiento.

Han apenas se había sentado en el asiento del piloto junto a Chewie, cuando el wookiee señaló el sensor de alcance, gruñendo una advertencia.

El estómago de Han se tensó al ver el gran destello que rápidamente se aproximaba a ellos mientras dejaban la atmósfera de Tatooine y entraban en la enorme boca negra del espacio exterior.

—Parece un crucero imperial —dijo, haciendo una mueca—. Nuestros pasajeros deben ser más buscados de lo que pensé. Trata de demorarlo. Inclina el escudo reflector mientras hago los cálculos para el salto a la velocidad de la luz.

Mientras sus manos volaban sobre la consola de navegación, Han estaba apenas consciente del droide astromecánico plateado con azul que rodaba por la puerta abierta de la cabina, pitando algo que sonaba como preguntas. Al ser ignorado, rodó hacia afuera y se dirigió a Luke y Ben para después escurrirse en un espacio pequeño, a un lado del 3PO.

Luke y Ben se dirigieron a la estrecha cabina, donde Han continuaba sus cálculos. Genial. Ahora tenía público.

—Manténte atento —le advirtió a Chewie—. Parece que tenemos otras dos naves imperiales arribando. Van a intentar bloquearnos antes de que podamos hacer el salto al hiperespacio.

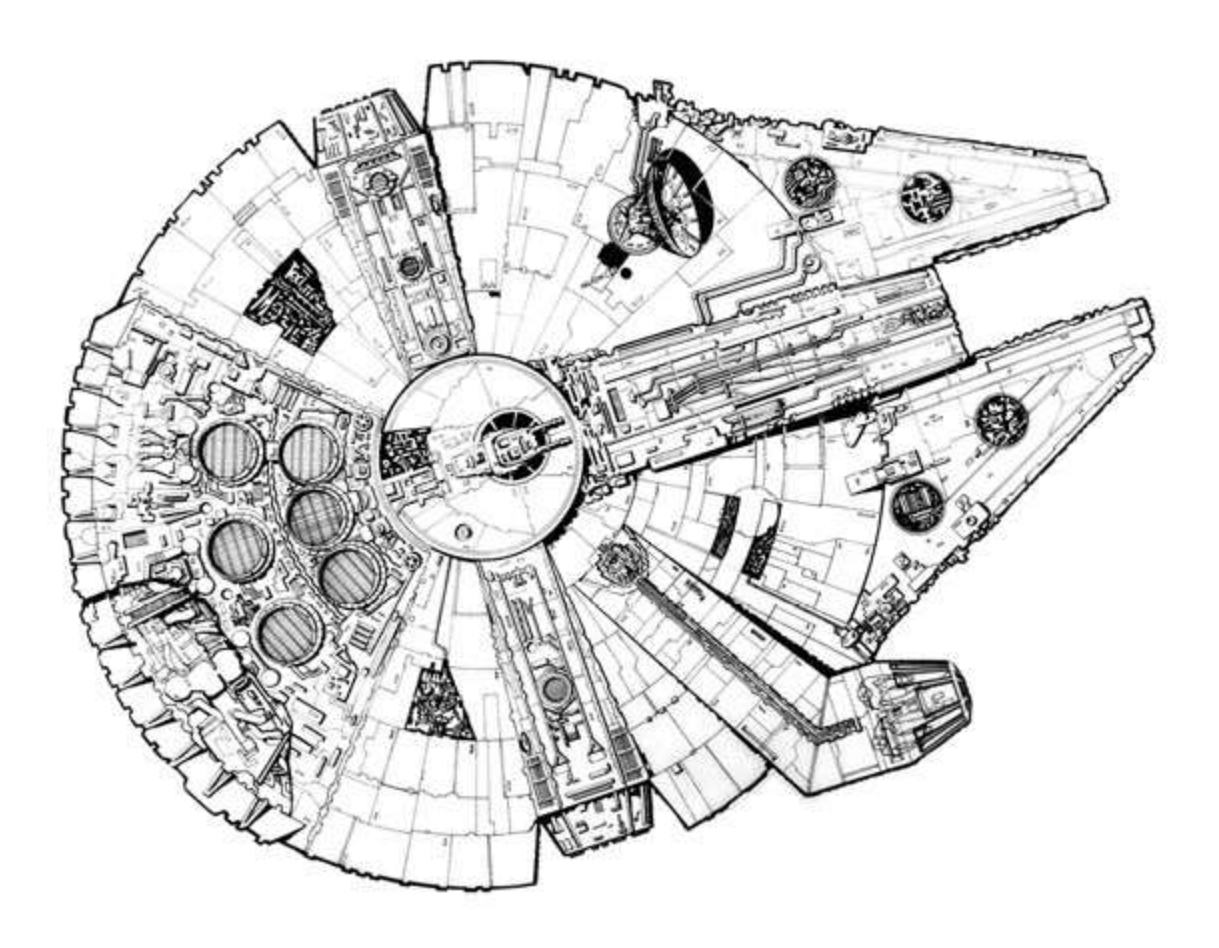
Su copiloto le lanzó una mirada irritada, claramente ya dos pasos adelante de él. ¿Qué podía decir? Un destructor estelar imperial, más o menos cincuenta veces el tamaño del *Halcón*, era suficiente para ponerlo un poco inquieto. Tres lo ponían francamente nervioso.

Luke se inclinó para tener una mejor vista.

—¿Por qué no los dejas atrás? ¡Pensé que decías que esta cosa era veloz!

¿Qué fue eso?, ¿la cuarta vez que el muchacho había insultado a su bebé?

—¡Cuida tu boca, muchacho, o vas a acabar flotando de regreso a tu hogar! Estaremos seguros una vez que hagamos el salto al hiperespacio. Además, me sé algunas maniobras —prometió, más para él que para los demás—. ¡Vamos a perderlos!



El *Halcón Milenario* se sacudió con fuerza a los primeros golpes de los cruceros imperiales. Chispas blanco-azules destellaron afuera de la ventanilla, pero los escudos resistieron.

—¡Aquí es donde comienza la diversión! —dijo a los demás. La adrenalina bombeaba a través de él, llenando su pecho como un globo.

—¿Cuánto tiempo para que puedas hacer el salto a la velocidad de la luz? —El anciano era el ojo calmado en el centro de la tormenta. Sus pálidas pupilas azules miraban el mar de estrellas frente a él. No parecía particularmente molesto, aún cuando la nave se sacudía y mecía alrededor de ellos como si estuviera a punto de explotar.

—Tomará un unos momentos obtener las coordenadas de la computadora de navegación.

—¿Estás bromeando? —gritó Luke—. ¿A la velocidad que nos están alcanzando?…

Qué bueno que no terminó ese pensamiento. Han lo miró con ira. Este muchacho, en serio…

—¡Viajar por el hiperespacio no es como fumigar plantíos, chamaco! —dijo—. Sin cálculos precisos podríamos viajar a través de una estrella o rebotar demasiado cerca de una supernova, y eso terminaría con tu viaje muy rápido, ¿no es así?

Los calientes disparos del destructor estelar venían muy rápido; Chewie ya no podía evitar la mayor parte de ellos. Han apoyó una mano contra los paneles laterales de la cabina, e introdujo el final de las nuevas coordenadas. Una luz roja destelló encima, pitando advertencia, tras advertencia, tras advertencia… Han hizo una mueca de molestia.

—¿Qué significa ese destello? —preguntó Luke.

—Estamos perdiendo nuestro escudo reflector. Ponte el cinturón, voy a dar el salto a la velocidad de la luz.

Y justo a tiempo. Han miró los ojos claros de Chewbacca y dijo:

—Oprímelo.

Ahí fuera apareció el brillo de las estrellas, un destello de vida en el segundo antes de que la nave acelerara. La velocidad empujó a Han contra su asiento cuando el *Halcón* voló hacia adelante, hacia el hiperespacio, dejando a los cruceros imperiales morder el polvo. Han soltó una carcajada.

Está bien, quizás esa era la mejor parte de volar.

CAPÍTULO NUEVE



—Eso es, exactamente. La Fuerza es lo que da su poder a un jedi. Es un campo de energía creado por todos los seres vivos. Nos rodea y nos penetra; une a la galaxia.

Han sacó los dedos del nudo de cables fritos que estaba intentando arreglar. El *Halcón* se había llevado su buena golpiza durante el difícil escape de los destructores estelares.

Mientras tanto, el anciano estuvo dando clases a Luke desde el momento en que la nave se había asentado en el hiperespacio. Ellos, Chewie y los droides se habían movido de la cabina hacia el área de descanso central. Han se dijo a sí mismo que sólo se acercaba para asegurarse de que no se les ocurriera ponerse a lanzar sus sables de luz por ahí.

Levantó su máscara protectora y apagó la pistola de soldar para ver sus reflejos en el panel cercano. El anciano seguía intentando enseñarle al muchacho cómo sostener la espada, y había puesto a Luke a hacer posturas como si fuera un muñeco de juguete. Ben ajustó una postura del muchacho, empujando sus piernas más afuera y haciendo que levantara sus brazos. Han no estaba convencido de que alguien necesitara una técnica perfecta cuando tenía una espada que podía cortar prácticamente cualquier cosa.

—Así, Luke —dijo Ben, balanceando la empuñadura de su propio sable de luz hacia abajo, luego de regreso hacia arriba y hacia abajo. Han estaba agradecido de que Ben no estuviera trabajando con su hoja encendida como lo hacía el muchacho; de otra forma, la nave estaría hecha pedazos—. Bloquea, ataca, bloquea; sí, exacto. ¿Sientes cómo fluye la Fuerza a través de ti? Ella guía tu cuerpo y obedece tus órdenes en la misma medida.

—Sí —dijo Luke—. Sí, es decir, creo que siento algo…

Ajá. Según Han, cortar el aire por media hora te iba a dejar los brazos adoloridos, pero eso era todo.

—Maravilloso. —Ben se movió, deslizando su pie hacia atrás, levantando la empuñadura de su sable de luz e inclinando sus muñecas también hacia atrás—. Posición de ataque. Relaja un poco tu puño. Esto deja tu pecho expuesto a los ataques, así que no debes sostener esta posición por más de un momento.

Luke arqueó la espalda. La postura era tan extraña que Han no pudo contener la risa. El muchacho debió haber escuchado, porque frunció el ceño y apagó su sable de luz.

—Oh, esto es inútil. ¿Realmente qué puedo aprender en una nave en unas cuantas horas?

«Exactamente». Han se puso otra vez la máscara protectora y regresó al cablerío que tenía enfrente.

—No espero que domines todo en un par de minutos, y tampoco deberías esperar eso de ti mismo. Ese es un camino a la frustración, a la ira…, y ambas son peligrosas.

Cuando apagaba el soldador de nuevo, Han escuchó decir a Luke:

—¿A qué te refieres?

—Hay dos lados de la Fuerza —continuó Ben—. El lado luminoso de la Fuerza, el camino de los Jedi, que se alinea con la abnegación, la iluminación, la misericordia y la compasión y el lado oscuro, el camino de los Sith, que trata con el odio, el miedo, la ira, los celos. Debes aprender a controlar tus emociones; de otra forma, ellas acabarán controlándote.

«¡Ja!», pensó Han. «Es más fácil decirlo que hacerlo». ¿No era la mezcla de todo eso lo que los hacía humanos?

—¿Por qué algunos se van hacia el lado oscuro? —escuchó preguntar a Luke—. Si saben que trae destrucción y dolor, ¿cuál es el atractivo?

—Todos tienen sus propios destinos —dijo el anciano—. La Fuerza trabaja de maneras misteriosas, pero nos guía a donde tenemos que estar con el fin de lograr el equilibrio. Muchos Sith creen que el lado oscuro tiene más poder, pero eso simplemente no es verdad.

Han aguzó los oídos para captar lo que decía el anciano a continuación.

—Fue la Fuerza la que me trajo a tu vida, y es la Fuerza la que te guiará a tu destino.

Era una idea reconfortante, incluso Han tenía que admitirlo, la idea de que todo sucedía por alguna razón. Pero no le gustaba la parte acerca de no estar en el asiento del piloto en su propia vida. Y él sabía de primera mano que «el bien» y «el mal» no eran tan claros como el viejo loco los hacía sonar. La mayoría de la gente, incluido él mismo, tenía que vivir en esta franja gris, angosta y borrosa de en medio. Y lo que aseguraba una larga vida tendía a ser la buena puntería con un bláster, una nave veloz y amigos confiables, no la esperanza de que algún gran campo de energía te cubriera las espaldas.

Todo el mundo sólo estaba viviendo y tratando de salir adelante en malas circunstancias. ¿Por qué debería ser diferente Han? Se sentó un poco más derecho, sacudiendo su cabeza. Desde muy joven, había aprendido a depender siempre de sí mismo para decidir su futuro, y nada cambiaría eso ahora. Todas estas causas que la gente apoyaba (la Fuerza, incluso la Alianza Rebelde) sólo conducían directo a la tragedia. Han había visto suficiente de la vida como para saber eso.

El muchacho continuaba deslizándose de una postura a otra, bloqueando y atacando a un enemigo invisible. Han estaba tan ocupado fingiendo que no miraba que no vio cómo la unidad R2 se le acercaba con un rodeo, sino hasta que esta chocó contra él y silbó para llamar su atención.

—¿Ya terminaste de analizar el hiperimpulsor? ¿Todo se ve bien? —preguntó Han.

La unidad R2 afirmó con un silbido y siguió su camino antes de que Han pudiera preguntar por el transmisor receptor del sensor. El panel del suelo crujía mientras las llantas del droide se movían sobre él, llevándolo hacia la zona central. Han estaba a punto de dar la vuelta para cerrar el panel del circuito, cuando vio que el viejo fósil llamaba con

la mano al droide. Luke tenía una mirada de concentración intensa mientras daba vueltas y vueltas en un círculo, levantando su sable de luz de una manera y de otra manera, perdido en su propio mundo.

La unidad R2 se colocó al lado de Ben como si fuera su mascota fiel, una imagen que se reforzó aún más cuando el anciano le acarició la cabeza abovedada.

—Es bueno volver a volar contigo, mi viejo amigo —dijo el anciano, tan suavemente que Han no estaba seguro de haberlo escuchado bien. Pero de cualquier forma no era asunto de Solo. Así que se hincó para apilar todas sus herramientas en la caja y continuó con su trabajo.

—¡Ben! —escuchó decir a Luke—. ¿Estás bien? ¿Qué sucede?

Han se reclinó otra vez, mirando hacia el área de descanso central. El anciano se mecía en sus pies, presionando una mano contra su cabello cano.

—Sentí… un gran disturbio en la Fuerza. Fue como si millones de voces de repente gritaran de terror y luego las hubieran… callado. ¡Temo que pasó algo terrible!

Han dejó de fingir que no estaba escuchando y se dirigió hacia adentro del espacio estrecho.

—Bueno —dijo, para aligerar el ambiente—, pueden olvidar sus problemas con esos tortugas imperiales. Les dije que los dejaría atrás.

El muchacho tenía el sable de luz en las manos y enfrentaba a un droide buscador del tamaño de un puño que Han usaba para practicar puntería. Flotaba subiendo y bajando en el aire. Más allá, Chewie estaba librando su propia batalla. Enfrentaba al pequeño droide astromecánico ante el tablero de Dejarik, concentrado en los pequeños monstruos holográficos sobre este. El copiloto hizo su movimiento. Un monstruo suyo apaleó a uno de los del droide.

—No me agradezcan todos al mismo tiempo —dijo Han fríamente.

—Ahora ten cuidado, R2… —comenzó el droide de protocolo, mientras Han tomaba asiento.

El droide R2 extendió una pequeña mano-garra y presionó la pantalla. Una de sus criaturas se movió hacia un cuadro nuevo. El temperamento de Chewie estalló y comenzó a gritarle al droide en Wookiee.

—¡Hizo un movimiento justo! —dijo el droide dorado. Y Han pensó que, si pudiera, le agitaría un dedo al wookiee—. Gritar al respecto no ayudará.

—Déjalo ganar. No es sabio molestar a un wookiee. —Han cruzó los brazos sobre el pecho y arqueó las cejas.

—Pero, señor —protestó el droide—, nadie se preocupa por molestar a un droide.

—Eso es porque los droides no arrancan los brazos de sus contrincantes cuando pierden.

Los ojos redondos del droide de protocolo destellaron.

—Veo su punto de vista, señor. Sugiero otra estrategia, R2. Déjale ganar al wookiee.

La unidad R2 silbó en señal de protesta, pero Han ya se había vuelto a fijar en Luke, que estaba parado en el centro del área de descanso, con el sable de luz zumbando en sus manos.

—Recuerda, un jedi puede sentir la Fuerza fluyendo a través de él —dijo Ben.

—Entonces…, ¿controla mis acciones? —preguntó Luke, claramente confundido.

—Parcialmente. Pero también obedece tus órdenes.

El droide rastreador flotaba a un lado de Luke, luego se lanzaba hacia el otro, como provocándolo. Voló de regreso e hizo otro movimiento, tan rápido como la luz, hacia atrás del muchacho. Han se descubrió aguantando la respiración mientras observaba. Un brillante rayo láser salió volando del droide rastreador y le dio a Luke en la pierna. El muchacho cayó con un chillido de sorpresa.

Han se rio… y siguió riéndose, por supuesto.

—Religiones cursis y armas antiguas no pueden con una buena arma a tu lado.

Según él, los métodos del anciano sólo lo habían comprobado de nuevo.

Luke volteó hacia Han.

—No crees en la Fuerza, ¿o sí?

«¿Fue así de obvio?».

—He volado de un lado al otro de esta galaxia. He visto muchas cosas extrañas, pero nunca he visto algo que me haga creer que hay una «Fuerza» todopoderosa controlando todo. No hay ningún campo de fuerza místico que controle mi destino.

En lugar de mirar con furia a Han o tratar de iniciar un argumento para el cual Han estaba más que listo, el anciano simplemente sonrió.

—Son sólo un montón de trucos y tonterías —insistió Han.

El anciano se levantó, alisando su túnica café mientras buscaba algo en el área de descanso. Un casco.

—Sugiero que lo intentes de nuevo, Luke —dijo, colocando el gran casco blanco sobre la cabeza del muchacho. Su escudo blindado estaba tendido, cegándolo.

—No puedo ver nada —dijo Luke, riendo—. ¿Cómo se supone que voy a pelear?

—Tus ojos pueden engañarte. No confíes en ellos.

Han entornó los ojos ante las palabras del anciano. Eso se estaba poniendo bueno.

El remoto salió disparado hacia arriba en el aire, reajustándose. Luke blandió la espada de forma tan ciega que Han casi salta entre el sable de luz azul y la frágil pared de su nave. Pero el droide rastreador llegó ahí primero, esta vez mandando un rayo de láser caliente directo al trasero de Luke. Han casi se cae de su silla riendo, mientras el pobre muchacho aullaba.

—Extiéndete con tus sentimientos —dijo Ben, impávido—. Luke, tú puedes hacerlo. Confía en tus instintos.

Para sorpresa de Han, Luke enderezó los hombros y se colocó en posición otra vez. Sus manos estaban firmes mientras sostenían el sable de luz. Incluso Chewie y los droides voltearon para observar. Sin importar cuántas veces el droide rastreador subía y bajaba alrededor del muchacho, claramente tratando de provocar que girara o se

agachara, Luke se mantuvo quieto. Han estaba tan concentrado viendo a Luke que lo sorprendió una repentina descarga de energía del droide.

Pero no a Luke. El muchacho balanceó la espada con destreza, desviando el rayo rojo. Los ojos de Han se abrieron. Y cuando Luke se quitó el casco, parecía que ni él mismo podía creerlo.

Ben aplaudió.

—¿Ves? ¡Sí puedes hacerlo!

—Yo lo llamo suerte —balbuceó Han, cruzándose de brazos. Una cosa era hacerlo contra un remoto y otra era hacerlo contra los vivos.

—En mi experiencia, no hay tal cosa como la suerte —dijo Ben, mientras se paró con dificultad—. ¿Cuánto tiempo más falta para que lleguemos al sistema de Alderaan?

A pesar de su evidente placer por el muchacho, que finalmente anotó un punto contra el droide rastreador, Han podía ver que el rostro del anciano seguía pálido; podía ver que había algo agitándose debajo de las aguas calmadas de su exterior.

—¿Como veinte minutos? —calculó Han—. Si quiere descansar un rato, hay una cama en la parte de atrás.

—Se lo agradezco mucho —dijo Ben, haciendo un gesto con su cabeza.

—¡Tercera puerta a su izquierda! —le gritó Han, estirando el cuello para ver cómo desaparecía el anciano.

Chewie gruñía por alguna jugada que había hecho el droide, cuando Han volteó a ver a Luke. El muchacho estaba practicando algunos de los movimientos que Ben le había enseñado, y se notaba que se visualizaba a sí mismo como el héroe solitario de alguna gran batalla.

Han se dio cuenta que no sabía nada del muchacho, aparte de que había irritado a alguien de las fuerzas imperiales. «Ya me las sé», pensó Han. Le irritaba su curiosidad sobre Luke. ¿Cómo podía todavía ser tan… enérgico respecto a la idea de pertenecer a una fuerza más grande? Gran parte de la supervivencia de Han había dependido de saber evadir preguntas; había vivido durante años con la filosofía «No hacer preguntas, no escuchar mentiras». No les preguntaba a las personas sobre ellas, porque no quería que ellas le preguntaran a él algo que no podía o no quería contestar.

Pero así de fácil, Han se encontró rompiendo su propia regla.

—Así que, ¿él es tu abuelo o algo así?

Los ojos azul brillante de Luke destellaron.

—¿Ben? Es un gran hombre, ¿sabes? Un Maestro Jedi.

Han resopló. «O eso dice el anciano».

—Eso no es lo que pregunté.

—¡Oh, no! Pero él conocía a mi padre. Pelearon juntos en las Guerras de los Clones. Fue él quien me dio el sable de luz de mi padre. —Luke lo sostuvo para que Han lo examinara.

—Lindo. —Han contuvo el sentimiento de ira que ya hacía nudos en su estómago. No podía afirmar que tuviera muchas cualidades honorables, pero tratar de no engañar a un

joven impresionable era una de ellas. Sólo se aprovechaba de gente que se lo merecía. Muchas gracias.

—¿Pero por qué no podía tu querido papá dártelo él mismo?

La expresión de Luke se oscureció y Han repentinamente se sintió como el montón más grande de poodoo de rancor. Cierto. Si la historia de Ben era verdadera, significaba que el padre de Luke había sido un jedi y los Jedi desaparecieron cazados y asesinados, cuando el emperador Palpatine subió al poder.

—Los dos, él y mi madre, murieron cuando yo era un bebé —explicó Luke—. Crecí en Tatooine, con mi tío Owen y mi tía Beru.

Caray. Realmente acababa de salir de la granja de humedad.

—¿Y te dejaron participar en esta excursión?

Chewie rugió en señal de victoria, azotando el peludo puño contra el tablero de juego. Si Han hubiera apartado la mirada, se habría perdido el destello de dolor agudo y profundo en el rostro de Luke.

—No… ellos fueron… —Batalló con las palabras—. Ellos fueron asesinados. Por el Imperio.

Mientras Luke le contaba todo lo que sucedió en Tatooine, Han seguía sintiéndose como la más grande pila humeante de poodoo de rancor en la historia de la galaxia.

—Caramba, muchacho… —dijo Han, cuando Luke había terminado. Y se sobó la nuca—. Déjame ver si entendí esto. ¿Tú y tu tío compran esos dos droides de jawas, y resulta que el pequeño tiene algo almacenado que el Imperio quiere. Luego él huye, afirmando que su dueño es un tal Ben Kenobi. Tú lo persigues; casi no sobrevives a un ataque de moradores de arenas, y luego, por propia voluntad, sigues al fósil de regreso a su hogar. Que es una cueva. Donde vivió solo por veinte años. Sin otra compañía que sus fantasías sobre los Jedi?

Luke asintió con la cabeza, claramente sin entender qué estaba mal en esta historia. Han se le quedó mirando, y esperando. Aparentemente se iba a quedar esperando por siempre.

—Te das cuenta de que pusiste todas tus esperanzas en una persona chiflada…, ¿correcto?

—¡Ben no está loco! Lo que dije fue en serio: sentí la Fuerza. No me mintió. No lo haría.

«Vaya, vaya». Han palmeó el hombro de Luke, mientras se levantaba.

—Quédate conmigo, muchacho. Te daré algo mejor que atarte a una energía mística. Te enseñaré cómo sobrevivir.

Desde la cabina les llegó el eco débil de una alarma.

—Parece que estamos llegando a Alderaan. Será mejor que vayas a despertar a tu amigo de su sueño reparador.

Han regresó nuevamente al asiento del piloto. Chewie se agachó para entrar a la cabina y ocupó el asiento del copiloto.

—¡Muy bien, aquí vamos! —dijo Han—. Prepárense para salir del hiperespacio.

Alcanzó una palanca en la consola frente a él y la jaló despacio, con un movimiento suave. Las estrellas que pasaban volando como manchones de luz blanca de repente se solidificaron en puntos.

Y entonces, el *Halcón* comenzó a estremecerse y se sacudió violentamente.

—¿Qué de…?

Dispersado frente a ellos, había un campo de pequeños asteroides que parecían estar volando directo hacia el *Halcón*. El corazón de Han se estampó contra sus costillas mientras sujetaba los controles y los jalaba hacia la izquierda, girando la nave para alejarse de un trozo de roca espacial que se dirigía velozmente hacia la cabina. La nave se clavó y giró entre las rocas oscuras tan ágilmente como un bailarín, tan rápido que incluso él se sintió un poco mareado. Un trozo pequeño de asteroide se estrelló contra el casco de la nave y rebotó, causando que un asteroide aún mayor se precipitara hacia ellos. Han jaló los controles hacia atrás. El *Halcón* salió disparado derecho hacia arriba, antes de dar una vuelta y volver a descender. La nave evadió el gran asteroide por unos cuantos metros.

Fue el ejercicio más difícil que tanto él como la nave habían tenido en un tiempo. No respiró con facilidad sino hasta que salieron de lo más pesado y estuvieron rebotando entre fragmentos y esquirlas, como en una fuerte turbulencia.

Chewie compartió su teoría con un rugido.

Han asintió con la cabeza.

—Sí, debe ser un tipo de lluvia de meteoritos: una colisión de asteroides. No está en ninguno de los mapas.

Luke entró a tropezones a la cabina, apenas sosteniéndose en la puerta antes de caer a través de ella.

—¿Qué está pasando?

Han se rascó la cabeza, se estrujó la cara y pensó, mientras revisaba de nuevo los mapas.

—Nuestra posición es la correcta, excepto que… no está Alderaan.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde está? —demandaba Luke, dejándose caer en uno de los asientos tras ellos. Han miró hacia atrás justo cuando el viejo Ben entraba y se sentaba a un lado del muchacho.

—Eso es lo que estoy tratando de decirte, muchacho. Lo volaron, por completo.

—¡¿Qué?! —Luke dio un grito ahogado—. ¡¿Cómo?!

—Fue destruido —dijo Ben con su voz silenciosa, casi perdida bajo el golpeteo de los desechos rocosos contra el casco de la nave—. Por el Imperio.

Para Han, el anciano había enloquecido.

—Toda la Flota Estelar no podría destruir un planeta entero. Tomaría miles de naves con más potencia de fuego de lo que yo he…

Han fue interrumpido por un chirriante *bip-bip-bip* en la consola.

—Hay otra nave aproximándose —previno.

—¿Tal vez ellos sabrán qué sucedió? —sugirió Luke, inclinándose hacia delante para ver mejor.

—No, es un caza imperial —dijo Ben—. Observa la forma: las alas planas delimitan la cabina redonda. Ese es un caza TIE.

Chewie ladró una nota de preocupación cuando la nave imperial chirrió sobre sus cabezas.

—¡Nos estuvo siguiendo! —dijo Luke—. ¿Cómo es posible?

—No, son cazas de corto alcance —señaló Ben—. No podría haberlo hecho.

—No hay ninguna base por aquí, al menos no que yo sepa —comentó Han, mirando hacia atrás, a Ben—. ¿Sabes algo que yo no sepa?

El caza TIE aceleró hacia lo que parecía ser una estrella a una distancia cercana.

—Si nos identifican, estamos en problemas —dijo Luke. Como si Han no estuviera ya bien consciente de esa preocupación.

—No si puedo evitarlo —advirtió Han—. Chewie, bloquea sus transmisiones.

—Sería lo mismo dejarlo ir —dijo Ben—. Está demasiado fuera de alcance.

—Bien, no estará por aquí el tiempo suficiente como para decirle a alguien sobre nosotros —dijo Han, empujando al *Halcón Milenario* hasta que comenzó a vibrar en protesta—. Hagamos que esté al alcance, para dispararle.

Luke entrecerró los ojos; estaba prácticamente encima de Han cuando se inclinó hacia la ventanilla.

—Pensé que aquello era una estrella, pero… ¿parece casi como una luna?

Pero eso tampoco podía ser correcto. Han giró en su asiento, echando un vistazo a sus mapas de navegación una vez más. Alderaan no tenía lunas.

Aunque sólo fuera por un momento, Han estaba seguro de que su corazón se había congelado. Porque se ubicaban lo bastante cerca, mucho más cerca de lo que Han debió jamás permitir. Así, podía ver que la superficie de la luna plateada no tenía cráteres o montañas, o incluso lechos marinos secos. Era metal. Todo era metal. La piel de aquella cosa tenía como relieve: torres, paneles y barrancos profundos.

Han había volado a cada rincón de la galaxia deslizándose entre sus grietas mugrientas, había visto estrellas explotar y había rozado la muerte lo bastante cerca como para sentir su gélido aliento. Pero por primera vez en mucho, mucho tiempo, estaba demasiado anonadado como para hablar.

Fue el anciano quien finalmente puso palabras a los pensamientos de Han.

—Eso no es una luna —dijo Ben—. Es una estación espacial.

CAPÍTULO DIEZ

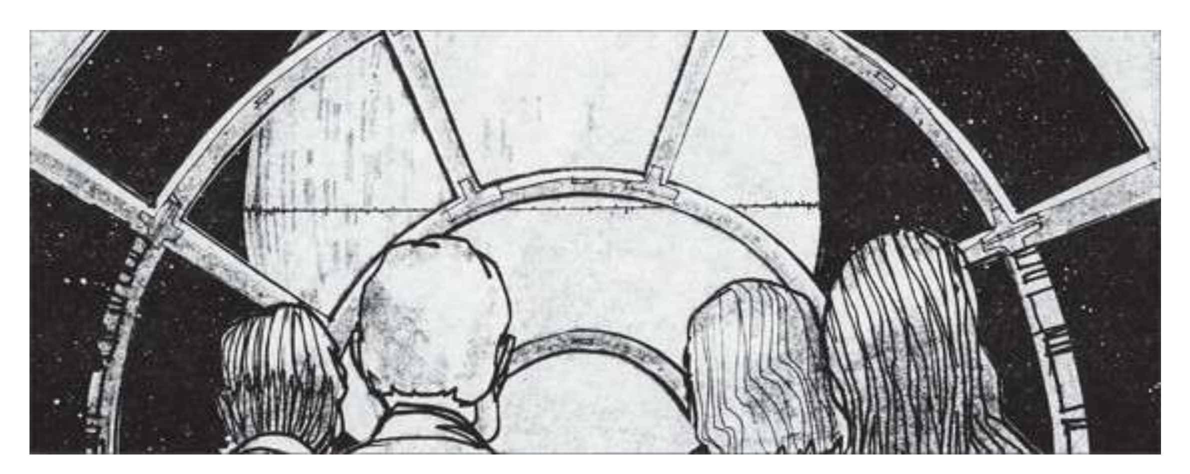


—Tengo un muy mal presentimiento sobre esto —dijo Luke, despacio. Seguía parpadeando, como si así pudiera borrar lo que veía.

—Sí, creo que tienes razón —señaló Han. Y volteó hacia Chewie, diciendo—: Fija la potencia auxiliar…

El *Halcón Milenario* se sacudió con fuerza, como si hubiera chocado contra una pared invisible. Han dio un jalón a los controles, estirándose hacia arriba para tratar de ajustar la potencia, pero de pronto ya estaban volando a toda velocidad. Una punzada de pánico le recorrió la columna antes de que pudiera zafársela.

—¿Por qué estamos todavía moviéndonos hacia eso? —preguntó Luke.



—Estamos atrapados en un rayo tractor —respondió Han, luchando por controlar su indignación—. No hay nada que pueda hacer. Nos está jalando hacia adentro.

Estaban llevando su nave directo hacia el hangar abierto de la enorme estación espacial. Los imperiales realmente estaban jalando al *Halcón*. Y esta vez Han tenía la sensación de que no iban a dejarlos irse, a él y a Chewie, con sólo un jalón de orejas. Giró en su asiento, un presentimiento humeaba a través de él mientras miraba a un pasmado Luke y a un sereno Ben. Jamás debió haber aceptado esa chamba.

Olvida el dinero. El *Halcón* era todo lo que Han tenía a su nombre. Y a menos que pudiera pensar sobre la marcha, ni siquiera tendría eso.

—No me van a atrapar sin luchar —dijo a los demás, viendo hacia delante otra vez. Una mano se apoyó suavemente en su hombro.

—No puedes ganar —dijo Ben—. Pero hay alternativas a la pelea. Dime, ¿hay compartimentos de contrabando en esta nave?

Han levantó una ceja.

—¿Conoces a muchos contrabandistas exitosos sin ellos?

Chewie ladró una pregunta nerviosa, mientras la nave seguía siendo remolcada hacia la boca abierta del hangar.

—No, sé qué es lo que está planeando —dijo Han, colocando una mano tranquilizadora en el brazo de su copiloto. Por más que odiara admitirlo, los soles gemelos de Tatooine no habían secado por completo el cerebro del anciano—. Ve a abrir los compartimentos y mete a todos dentro. Yo me encargaré de las cosas aquí arriba.

—Tal vez quieras deshacerte de las cápsulas de escape —dijo Ben, mientras Chewie se levantaba y comenzaba a guiarlos fuera de la cabina.

—¿Tienes idea de lo costoso que es reemplazarlas? —preguntó Han, escandalizado.

—¿Más o menos valiosas que tu vida? —fue la calmada respuesta de Ben.

Han todavía estaba refunfuñando acerca de los ancianos y sus preguntas estúpidas, cuando volteó a la consola y se puso a trabajar haciendo una notación rápida en la bitácora del capitán: «Abandonamos la nave al entrar al sistema de Alderaan por razones de seguridad». Con un suspiro de resignación, lanzó las cápsulas de escape vacías. Escuchó el *pum* y el siseo de estas al liberarse de sus sujeciones y ser lanzadas hacia el espacio haciendo espirales.

¡Sus cápsulas de escape! ¡De su nave! La que había ganado en un perfecto golpe de suerte durante un juego de cartas. La que había estado modificando y reparando durante años. La que nunca lo había decepcionado cuando las cosas iban en serio. Han desperdició unos momentos viendo la estación de combate acercarse lentamente, cada vez más. Apagó la nave y giró rápidamente sobre sus talones; sus botas chasqueaban suavemente mientras se dirigía de regreso hacia los demás.

¡Su nave! El *Halcón Milenario* ya tenía un considerable registro a su nombre, sólo en cargos de contrabando. Han nunca había afirmado ser la estrella más brillante del cielo, pero podía sumar uno más uno, hacer conjeturas. Estar inmiscuido en la cacería del Imperio por culpa de esos droides los hundiría a ambos: a él y a su nave. Si no, cuando salieran de esto necesitaría repintarla, alterar su apariencia, darle un nuevo nombre. Era eso o… comprar una nave nueva. Pero esta idea era como un disparo de bláster en su pecho.

No podía darse por vencido con ella. Tantas personas lo habían hecho con Han; él no podía hacerle eso a su nave.

Los compartimentos de contrabando estaban escondidos bajo el piso, en uno de los angostos pasillos de la nave. El pasador para abrirlos era prácticamente invisible si no sabías dónde buscar. Chewie había dejado una de las placas del piso abierta para Han.

—¿Qué tan cerca crees que estemos? —escuchó preguntar a Luke.

—Demasiado cerca. —Han se agachó, asomándose al espacio estrecho antes de deslizarse hacia adentro. El compartimento era tan bajo que tenía que acuclillarse para caber. Chewie debía estar doblado por la mitad o hecho un ovillo sobre su costado. Cuando Han volteó, se llenó la boca de cabello de wookiee.

Bien, bien, bien. Traficándose a sí mismo en su propia nave. Esta era, definitivamente, una primicia. Al menos, alguno de ellos tuvo la idea de apagar a los droides, aunque el pie del droide de protocolo se le estaba clavando en la espalda.

—¡Ay! Eso era mi rodilla —grito Luke.

Chewie emitió un ruido sordo de disculpa.

—Silencio —dijo Ben—. En un momento debemos de estar por entrar a la bahía de acoplamiento.

Luke dejó escapar un pequeño soplido de sorpresa cuando la nave descendió bruscamente una vez y luego otra vez. El segundo descenso los sacudió como dados en un vaso. El chillido ensordecedor de metal contra metal provocó que Han hiciera una mueca de dolor. La nave había hecho todo, menos desplomarse contra el piso del hangar.

Por fin, alguien debió haber obtenido el control de la cabina de forma remota, porque la nave se elevó sobre su tren de aterrizaje. La rampa de abordaje rechinó cuando bajó. Para distraerse a sí mismo, Han comenzó a sumar mentalmente los costos astronómicos de las reparaciones. Pero una vez que las tropas empezaron a inundar el interior, con sus botas golpeando el piso y sus voces zumbando órdenes, eran imposibles de ignorar.

—¡Registren esta nave! ¡Cada centímetro de ella!

—¡Utilizaron las cápsulas de escape, señor!

—La bitácora del capitán indica que abandonaron la nave.

La sensación nauseabunda de que inmundicia imperial estuviera arrastrando su mugre dentro de su nave se desvaneció conforme iba cayendo en cuenta; los stormtroopers debieron haber pasado justo por encima de ellos unas doce veces y ni una vez se detuvieron o bajaron la velocidad. ¡Han y sus compañeros se iban a salir con la suya!

Todo lo que quedaba por hacer era esperar.

CAPÍTULO ONCE



Han mantuvo su espalda plana contra el muro junto a la escotilla abierta de la nave, arriesgando otra mirada hacia la rampa. El oxígeno fresco del exterior lo hacía sentirse alerta; el compartimento se había calentado tanto que Han se sentía asfixiado por el aire húmedo.

Echó un vistazo hacia donde estaba Chewie, el otro lado de la puerta, dándole una pequeña señal. Su copiloto retrocedió, metiéndose más adentro de la nave. Han estaba a punto de seguirlo cuando su atención se dirigió de nuevo a los dos stormtroopers al final de la rampa de abordaje.

—Esta nave es nuestra —dijo uno de los stormtroopers. Un momento después, apareció un pequeño grupo de hombres, del equipo del hangar. Empujaban hacia delante una gran caja rectangular color azul oscuro. Han la reconoció inmediatamente: un escáner. Así que esos cascos blancos no estaban vacíos después de todo. Revisarían cada centímetro de la nave buscando compartimentos secretos.

—Si los escáneres encuentran algo, repórtenlo inmediatamente —dijo el stormtrooper.

Han se retiró, moviéndose rápidamente hacia Chewie, quien estaba esperando a la vuelta de la esquina más cercana. Luke y Ben rondaban a una distancia corta tras él. El muchacho era la imagen exacta de los nervios. Han le dio una mirada tranquilizadora antes de ajustar su bláster en modo de aturdir.

El contrabandista rastreó el sonido del escáner, mientras los stormtroopers entraban al *Halcón* y se preparaban para encender la máquina. Los tres hombres hablaban en voz baja entre ellos al empezar a trabajar, rodando el escáner hacia delante, directo a donde el wookiee los estaba esperando. El equipo tuvo un segundo para lucir aterrado antes de que Chewie noqueara a dos de ellos con sus puños y Solo aturdiera al tercero en un sueño profundo.

Han se puso las manos sobre la boca y gritó:

—¡Oigan, allá abajo! ¿Nos podrían echar una mano con esta cosa?

Tenía que darles crédito; ambos stormtroopers fueron veloces en alcanzar sus pistolas, pero muy pocos en la galaxia eran más rápidos que Han para desenfundar. Los dos stormtroopers cayeron tan fuerte como el equipo del escáner.

—Buena puntería —dijo Luke, palmeando a Han en el hombro.

—Gracias, muchacho. Ahora, ¿cuál quieres? —Han hizo un gesto hacia los dos stormtroopers.

—Rápido, rápido —dijo Ben, manteniendo la vista en la rampa de abordaje, mientras Luke y Han despojaban a los stormtroopers de sus uniformes.

—¡Oh! —El droide de protocolo, C-3PO, como lo llamaba Luke, sonó sorprendido al ser reiniciado. Y la unidad R2 rodaba a su alrededor, investigando lo que estaban haciendo.

—¡Uf! —dijo Han, sosteniendo el overol de tela negro—. ¿Crees que estos tipos hayan escuchado alguna vez acerca de bañarse? El mío huele como si hubiera dormido en él.

Luke olfateó el suyo y luego gimió.

—Yo creo que sirvieron algo picante en el almuerzo del día de hoy.

Han se puso la rígida armadura blanca, ajustando las diversas correas. El casco olía a mal aliento.

—Guíanos, anciano. Este es tu plan.

La túnica café oscuro de Ben ondeaba detrás de él mientras descendía por la rampa.

Han miró por encima de su hombro y le dijo a Luke:

—Necesitamos mantener a los droides detrás de nosotros…

Algo retumbó a la distancia y una alarma débil sonó *whomp-whomp-whomp*. Han corrió hacia abajo, justo a tiempo para ver correr también a los restantes stormtroopers y al equipo del hangar por la salida. Ben estaba parado en las sombras del *Halcón,* con su capucha puesta.

—¿Qué hiciste? —preguntó Han.

—Trucos y tonterías —dijo Ben, con una sonrisa pequeña—. Una alarma de seguridad requería su atención.

Han todavía estaba mirando fijamente a Ben cuando Luke y Chewie siguieron al anciano hacia afuera.

—Vamos —dijo Luke, señalando hacia la ventana de observación ubicada dos pisos arriba de ellos. El pequeño centro de mando les daría acceso a los detalles técnicos de la estación de combate. Si Ben tenía razón, tal vez podrían desactivar el rayo tractor desde ahí.

No tuvieron problemas para entrar al ascensor sin ser vistos y subir hasta el tercer nivel en silencio. La puerta se abrió deslizándose, y Han salió primero, apenas evitando la tropa de oficiales que marchaban de largo.

Ben dijo rápido:

—Creo que es aquella puerta de ahí.

—Está bien, acabemos con esto. —Han fue al frente, poniéndose en posición justo afuera de la puerta, con Luke y Chewie a su derecha. Antes de que pudiera tocar para que lo dejaran entrar, la puerta se abrió de golpe. El oficial imperial que estaba ahí parado dio un salto hacia atrás como sorpresa, justo cuando Chewie soltó un magnífico rugido.

Han disparó al otro oficial que operaba el conmutador y los controles, eliminándolo, mientras el resto del grupo entraba al cuarto.

—¿Sabes? —dijo Luke, mientras se quitaba el casco—. Entre sus aullidos y tus disparos es un milagro que la estación entera no sepa que estamos aquí.

—¡Que vengan! —espetó Han, quitándose su casco—. Prefiero una pelea frontal a todo este movimiento a escondidas.

Luke todavía sacudía su cabeza cuando volteó hacia Ben.

—¿Estás bien? Parece que has visto a un fantasma.

El anciano cruzaba la puerta por la que habían entrado, inclinando su cabeza ligeramente, como si pudiera escuchar algo que el resto no podía.

—Siento una presencia que no he sentido en un tiempo…

—Encontramos el acceso a la computadora, señor —informó 3PO—. R2 dice que ha encontrado la computadora principal desde la cual se proporciona energía al rayo tractor que está sujetando la nave. Tratará de hacer que la ubicación exacta aparezca en el monitor.

Han ni siquiera había visto a la pequeña unidad R2 introducir su aún más pequeño brazo sonda en uno de los accesos de la consola. Luego de que él y Luke fueron a mirar los monitores, Han se volvió y, usando sólo su sentido común, aseguró las cerraduras en las puertas.

—El rayo tractor está unido al reactor principal en siete ubicaciones —explicó 3PO, ignorando los silbidos de la unidad R2—. Una pérdida de energía en una de estas terminales permitirá que la nave pueda partir.

Ben analizó el mapa en la pantalla.

—No creo que ustedes, chicos, puedan ayudar con esto. Yo iré solo.

«Genial». «Fantástico». Han levantó sus manos.

—Como tú digas. No me están pagando lo suficiente para esto.

Luke ignoró a Han y tomó el brazo de Ben. Había pánico en el rostro del muchacho.

—Quiero ir contigo.

El anciano, sin embargo, estaba tan calmado como siempre.

—Sé paciente, Luke. Quédate y cuida a los droides. Deben ser entregados de forma segura, u otros sistemas estelares sufrirán el mismo destino que Alderaan. Tu destino tiene un sendero diferente al mío.

Han levantó los ojos tan alto ante el tono dramático de Ben que deberían haber salido volando fuera de su cabeza.

—La Fuerza estará contigo, siempre —dijo Ben. Se colocó la capucha sobre su cabeza, y luego sintió su sable de luz al costado. Cuando la puerta se abrió, salió hacia el largo corredor gris. Luke se quedó ahí de pie por un momento, viéndolo irse, antes de cerrar la puerta.

Han se inclinó sobre la consola y revisó al *Halcón*. El droide R2 comenzó a silbar como loco; su cabeza giraba de vuelta hacia Luke.

—¿Qué sucede? —preguntó Luke.

—Espera…, ¡más despacio, R2! Señor, me temo que no esté completamente seguro. Él dice: «la encontré». Y continua repitiendo: «ella está aquí, ella está aquí».

—¿Quién? —preguntó Luke, antes de que Han pudiera hacerlo.

—Oh, la Princesa Leia, señor.

—¿La princesa? —gritó Luke—. ¿Ella está aquí?

Han parpadeó.

—¿Princesa? ¿Qué está sucediendo?

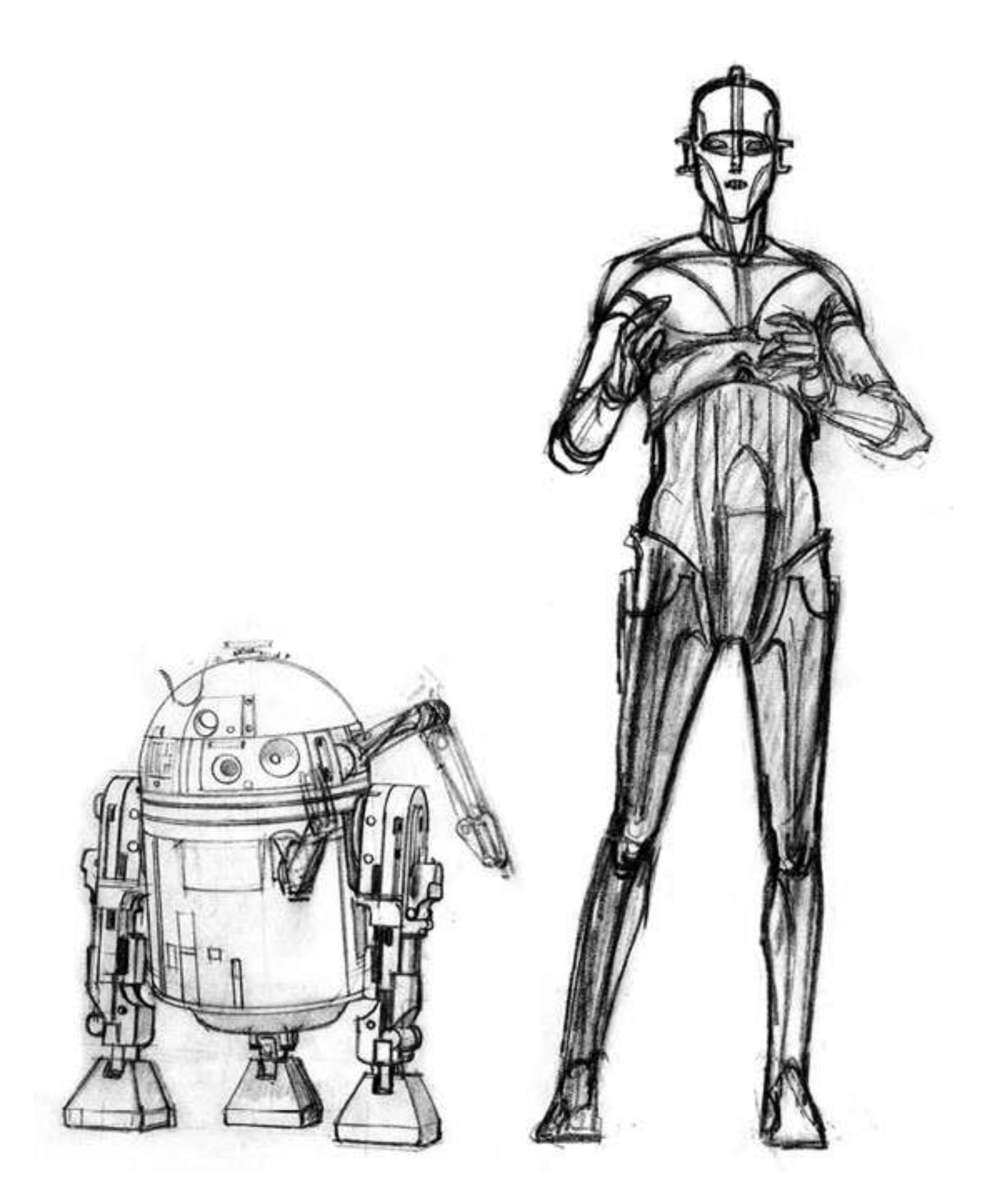
—Ciertamente —dijo 3PO, interpretando los pitidos de R2 para ellos—. Nivel cinco. Bloque de Detención AA-23. Me… me temo que ya esté programada su eliminación.

Han pudo haber gruñido. Si algo iba a encender un fuego indeseado en Luke sería una damisela en apuros. Sin embargo…, el nombre le sonaba familiar. Princesa Leia… Leia… ¿Dónde había escuchado eso antes?

—¡Tenemos que hacer algo! —dijo Luke.

—¿De qué estás siquiera hablando? —preguntó Han.

—El droide, R2, le pertenece a ella. Ella grabó un mensaje para que Ben lo encontrara, diciendo que necesitaba su ayuda para entregar algo almacenado en el droide a su padre, en Alderaan.



Órale. A menos que su padre hubiera dejado su planeta antes de ser destruido, nadie iba a entregar nada a nadie.

—¡Ahora mira! —comenzó Han—. ¡Que ni se te ocurran ideas raras! El anciano quiere que lo esperemos aquí mismo.

Era como si no hubiera dicho nada, porque Luke lo ignoró y se volteó hacia los droides.

—¿Pueden encontrar un camino al bloque de detención?

—No voy a ir a ningún lado —dijo Han. Se esperaría el tiempo suficiente para que el anciano desactivara el rayo tractor y luego se marcharía. Con o sin el muchacho.

No…, eso no era cierto. No se iría sin el muchacho; Luke iba a hacer que lo mataran. Un miedo indeseado revolvió el estómago de Han.

—¡La van a ejecutar! —dijo Luke—. Mira, hace unos minutos dijiste que no querías nada más que esperar aquí a ser capturado. Ahora, todo lo que quieres hacer es quedarte.

Buen truco, voltear las palabras de Han en su contra. Astuto, muchacho.

—Marchar hacia el área de detención no es lo que tenía en mente. Si nos atrapan, nos ejecutarán también.

Algo se encendió detrás de los ojos de Luke; cuando volvió a mirar a Han, había una sonrisa de complicidad en su rostro.

—Ella es rica.

Chewbacca giró hacia el muchacho, repentinamente interesado, y gruñó.

—¿Rica? —repitió lentamente Han—. ¿Qué tan rica?

—Mira —comenzó Luke—. Si la rescataras, la recompensa sería…

Han se descubrió, inclinándose hacia delante.

—¿Qué?

—Bueno, ¡tendrías más riqueza de la que te puedas imaginar! —terminó Luke.

—No estoy seguro. ¡Yo puedo imaginar bastante! —Suficiente para nadar y revolcarse en ella, y tal vez comprarse su propia isla personal en un planeta donde Jabba no pudiera encontrarlo.

—¡Y lo obtendrás! ¡Todo!

Han se recargó sobre la consola, cruzando los brazos sobre el pecho, y se puso a pensar. «¿Cualquier cantidad que se me pueda ocurrir, eh?». Con una recompensa de esa magnitud se quitaría de encima a Jabba y quedaría en condiciones para…, ¿qué, exactamente? ¿Formalizar su negocio? ¿Comprar algo de propiedad y sentar cabeza? Chewie tenía una familia que mantener, ¿pero qué haría Han con el dinero, que fuera otra cosa que invertirlo en el *Halcón* o comprar otra nave?

El muchacho podía soñar todo lo que quisiera, como ser un gran héroe que rescatara princesas, pero Han era un tipo normal que intentaba cuidar su pellejo. Y, si podía, también rescataba a los soñadores de sus delirios. Con una mirada de preocupación por Luke, Han intentó imaginar un escenario en que el muchacho lograra escapar de la estación de combate sin su ayuda. Luke podía tener corazón, pero hay momentos en que tienes que ser desalmado para sobrevivir.

Aunque, de ser honesto… Han admitiría que le dolía, sólo un poco, que el niño supusiera que todo lo que él hacía era por dinero.

—Más te vale —le dijo a Luke—. Todo.

Han miró a Chewie, esperando el gruñido de aprobación. Cuando lo tuvo, preguntó:

—¿Cuál es tu plan?

Luke miró a su alrededor; sus ojos pescaron algo en la consola.

—3PO, ¿me puedes pasar esas esposas?

Sujetando las esposas, se acercó a Chewie.

—Está bien. Ahora, te voy a poner estas…

A Chewie le gustó esa idea tanto como le gustaban los cortes de cabello. Dejó escapar un rugido furioso por su orgullo agitado.

—Eh… está bien. Han, tú pónselas. —Luke rápidamente empujó las esposas a las manos de Han.

—No te preocupes, Chewie. Creo saber qué tiene en mente. Tranquilo, amigo. Sabes que sólo es de mentiras —le aseguró Han.

De todas formas, su corazón dio un pequeño tirón por lo preocupado que se veía Chewie al colocarle de un chasquido las esposas eléctricas.

—¡Amo Luke, señor! —dijo 3PO—. Perdóneme por preguntar, pero ¿qué debemos hacer R2 y yo si nos descubren?

Luke recogió otra vez su casco de stormtrooper.

—¡Cierra la puerta con seguro!

—Y espera que no tengan blásters —agregó Han.

CAPÍTULO DOCE



Han supo que estaban en problemas cuando las puertas del ascensor se abrieron en el bloque de detención.

—Esto no va a funcionar —murmuró.

—¿Por qué no dijiste eso antes? —siseó Luke.

—¡Sí lo dije antes! —Al menos cinco veces desde que habían dejado el cuarto de control. No era culpa de Han que Luke sólo oyera lo que él quería.

El bloque de detención era todo lo que Han no quería que fuera: bien protegido por puertas láser y cámaras, y operado por media docena de oficiales de seguridad. Uno de esos oficiales levantó la mirada de la estación de procesamiento, cuando Han, Luke y Chewie se aproximaron. Sus labios se contrajeron en un gesto de repugnancia mientras miraba al wookiee.

—¿A dónde están llevando a esta… cosa?

Han contuvo la respiración, luchando para no perder su temple.

—Traslado de prisionero desde el bloque uno-uno-tres-ocho —dijo Luke. Han se sentía orgulloso de lo suave que había salido la mentira de la boca del muchacho. Tal vez se le estaba pegando un poco de Han después de todo.

—No fui notificado. —Los ojos del oficial se entrecerraron—. Tendré que verificarlo.

«Maldición». Han lanzó otra mirada nerviosa alrededor, y midió la habitación mientras el oficial caminaba de regreso a la consola. Estaban a dos segundos de que se descubriera su cuento. Cuando Luke dio un paso hacia delante, de forma sutil Han desabrochó las esposas y se encogió de hombros.

Chewbacca no perdió tiempo. Levantó los brazos con un rugido que asustó hasta a Han. El wookiee arrebató el bláster de las manos de su amigo y comenzó a disparar.

—¡Cuidado! —gritó Han—. ¡Está suelto!

—¡Nos va a despedazar! —gritó Luke, exagerando sólo un poco.

Los oficiales de seguridad miraban boquiabiertos, confundidos. Era la oportunidad que Han y Luke necesitaban para sacar sus propios blásters. Luke rápidamente se dio cuenta de que, aunque Han estaba apuntando en dirección de Chewie, todos sus tiros eran más abiertos: le dio a las cámaras, los controles de la puerta láser y finalmente a los mismos guardias.

Un silencio cayó sobre el bloque de detención cuando el último oficial de seguridad se desplomó hacia enfrente. Sin embargo, el zumbido en los oídos de Han era demasiado fuerte como para que oyera el débil chirrido de alarma en la estación de registro. Cuando lo oyó, su pulso se aceleró un poco.

Se quitó el casco y corrió a la consola, a revisar la lista de prisioneros.

—¡Aquí está! Tu princesa está en la celda dos-uno-ocho-siete. Ve por ella; yo los detengo.

Luke asintió con la cabeza, luego se precipitó por las escaleras hacia una larga y oscura hilera de celdas. Han respiró profundo y se aclaró la garganta, con el dedo listo sobre el comunicador. Alguno de ellos debió rozarlo con un disparo, porque todavía estaba chispeando y humeando cuando oprimió el botón para establecer una conexión.

—Todo está bajo control —dijo en su mejor voz de oficial. «Sí, yo pertenezco a este lugar»—. Situación normal.

—¿Qué sucedió? —crujió una voz a través del comunicador, que aún humeaba. Han saltó cuando una chispa rebotó de este.

—Eh…, tuvimos una ligera falla con las armas. —Su voz resultaba terriblemente incómoda para sus oídos, así que sólo podía imaginar lo que la persona del otro lado estaba pensando—. Pero, este…, todo está perfectamente bien ahora. Estamos bien. Todos estamos bien aquí, ahora, gracias. ¿Cómo están ustedes?

Hizo una mueca de vergüenza.

—Enviaremos un escuadrón allá arriba —fue la respuesta inmediata.

—Eh, este…, negativo, negativo. Tenemos una fuga de reactor aquí ahora. Denos unos minutos para cerrarla. Fuga grande… muy, este, peligrosa.

—¿Quién habla? ¿Cuál es su número operativo?

«Ni modo». Han se hizo para atrás, volando el comunicador por completo.

—Era una conversación aburrida de cualquier forma. —Se puso las manos alrededor de la boca y gritó hacia el pasillo—: ¡Luke! ¡Vamos a tener compañía!

Chewie le rugió una pregunta desde la puerta; tenía el bláster listo.

—Acabo de atascar las puertas —le respondió Han—. No podrán entrar…

Hubo un terrorífico zumbido bajo desde el otro lado de la gruesa puerta metálica.

—¡Ponte atrás de mí! ¡Ponte atrás de mí! —gritó Han. El wookiee corrió, colocándose atrás, cerca de las celdas. El ruido de explosiones al otro lado de la puerta sacudió a Han hasta los huesos. Supo el momento en que se habían abierto paso. La onda de calor que llegó desde la puerta les quemó la piel.

Los stormtroopers comenzaron a entrar por el hoyo que acaban de hacer.

Han tosió a causa del humo y del aire ardiente, mientras él y Chewie se volteaban y corrían por el pasillo de celdas. Casi chocan con Luke y… No sucedía muy seguido que tomaran a Han por sorpresa. Pero, parada frente a él, de grandes ojos cafés que echaban chispas, con la cara roja por la corta carrera que acababa de hacer y cabello oscuro que le cubría las orejas en bucles ridículos, estaba una de las mujeres más bonitas que Han había visto jamás. El rostro… ¿Dónde había visto ese rostro?

—No podemos salir por ahí —logró decir, cuando recordó que estaban en peligro de ser convertidos en pequeñas versiones fritas y crujientes de ellos mismos.

La mirada de la princesa se aguzó.

—Parece que lograste bloquear nuestra única ruta de escape.

Su tono estaba designado a cortar, y lo hizo, los tiernos sueños que en la cabeza de Han se evaporaron. El contrabandista regresó hacia los stormtroopers que se aproximaban y disparó nuevamente.

—¿Tal vez le gustaría estar de vuelta en su celda, su alteza?

Luke jaló a Han y a la princesa hacia un hueco detrás de él. Y jaló del comunicador ubicado en su cinturón de accesorios, en un intento por hablar y disparar al mismo tiempo.

—¡C-3PO! ¡C-3PO!

—¿Sí, señor? —Apenas si se escuchaba al droide por el comunicador.

—¡Estamos bloqueados! ¿Hay alguna otra forma de salir del bloque de detención…? ¿Qué fue eso? ¡No copié!

Si el droide respondió, Han no lo oyó. Toda su atención estaba en la aparentemente interminable oleada de stormtroopers que entraban por el agujero de la puerta. Chewie retrocedió aún más cerca de Han, lanzando una mirada de preocupación en su dirección. Si no se ponían en marcha pronto, se convertirían en residentes permanentes.

El wookiee aulló cuando un disparo láser pasó a milímetros de su nariz.

—¡No hay ninguna otra salida! —gritó Luke.

«Claro. Claro».

—¡No los puedo detener por siempre! —gritó Han—. ¿Ahora qué?

—Vaya rescate —dijo la princesa—. ¿Cuando vinieron aquí, no tenían un plan para salir?

Han señaló atrás con el pulgar, hacia Luke.

—Él es el cerebro, cariño.

Luke, al menos, se veía un poco avergonzado.

—Bueno, yo no…

Sin vacilar, la princesa arrebató el rifle bláster de las manos del muchacho y giró hacia Han. Con sorprendente puntería, le disparó a la rejilla justo detrás de él, mandando por los aires el metal chamuscado.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Han.

—¡Alguien tiene que salvar nuestro pellejo! —gritó ella, con fuego en los ojos. Hizo una seña hacia el agujero que acababa de abrir—. ¡Al conducto de basura, niño volador!

«¿Eh?». Una vez más, Han se quedó prácticamente sin habla. Esperaba lágrimas. Besos agradecidos, tal vez. No una pequeña brizna de niña con mordida de acklay. Según Han, debió haber tenido a Vader encogido del miedo.

La princesa atravesó el corredor de un lado al otro disparando. Le arrojó el rifle a Luke y se lanzó por el conducto. Chewbacca retrocedió con un doloroso quejido después de dar una profunda olfateada a la entrada.

—¡Métete ahí, gran bestia peluda! ¡No me importa lo que huelas!

Han le dio una patada, lanzando a su copiloto por el pequeño agujero. Luke se pasó a su lado en el corredor, cubriendo a Han con su rifle. El muchacho parecía demasiado emocionado para estar viendo (si Han tuviera que adivinar) su primer tiroteo real.

—¡Qué «maravillosa» niña! —le dijo Han—. O la voy a matar o me está empezando a gustar. ¡Entra ahí!

Luke le lanzó una mirada exasperada pero brincó hacia la oscuridad del hoyo. Han disparó unos cuantos tiros rápidos, más para crear una cobertura con el humo, y luego se lanzó de cabeza por el conducto… Directo a una de las más repugnantes porquerías que la galaxia hubiera visto jamás. Aglomeraciones de desechos a medio pudrir se arremolinaban con el desperdicio que llegaba de los baños. Pedazos pegajosos de fruta ennegrecida y comida no identificable se adhería a cajas maltratadas y fragmentos de metal. A Han le dio una arcada cuando se levantó para tomar aire; menos mal que mantuvo la boca cerrada mientras caía. Había sólo una luz encima, iluminando justo lo poco que había que ver. Chewie encontró una pequeña plataforma que llevaba hacia una escotilla, pero estaba costándole trabajo abrirla. El sonido de Luke chapoteando, con porquería hasta la cintura, rebotaba en las paredes increíblemente altas.

—Aquí, Leia —dijo Luke—. Déjame ayudarte.

¿Leia, eh? ¿No princesa o su alteza? Mira al muchacho, ya tuteándose con la realeza. Lástima que ella no quería su ayuda, pues se trepó sobre una especie de caja volcada. La oscuridad y el aire húmedo hacían que Han sintiera que habían caído en medio de un pantano.

—El conducto de basura fue una idea maravillosa. ¡Qué olor tan increíble has descubierto! —dijo Han, sarcásticamente—. Salgamos de aquí. Muévete, Chewie.

—¡No! —gritó Luke—. ¡Espera!

Pero Han ya había levantado su pistola y disparado hacia la escotilla. Observó con terror que su rayo golpeaba en el metal y rebotaba alrededor del compartimento. La princesa y Luke se arrojaron a la basura para cubrirse, y Chewie aulló furiosamente.

—¡Ya lo intenté! —exclamó Luke—. Está sellada magnéticamente.

La princesa despotricó contra Han, furiosa. Parecía que quería ahorcarlo.

—¡Guarda esa cosa! ¡Nos vas a matar!

Han hizo un saludo burlón.

—Mira, yo tenía todo bajo control hasta que nos guiaste aquí abajo. Sabes, no les va a tomar mucho tiempo averiguar qué sucedió con nosotros.

Aquella chica tuvo el descaro de levantar la barbilla, mirándolo hacia abajo.

—Podría ser peor.

En cuanto las palabras salieron de su boca, un gemido inhumano resonó a través del pequeño compartimento. Chewie se arrojó contra la escotilla y se encogió del miedo.

—¡Sorpresa! —dijo Han—. ¡Es peor!

Ella le echó una mirada fulminante.

Han estaba vagamente consciente de que Luke decía:

—¡Creo que hay algo vivo aquí abajo! —Antes de que él despotricara contra la princesa y mascullara:

—Todavía estoy esperando ese «Gracias por rescatarme de mi inminente ejecución». ¡Puede que seas una princesa, pero tienes menos modales que yo!

El contrabandista sabía que, si hubiera estado tan sólo un centímetro más cerca de ella, una bofetada le habría quitado del rostro la sonrisa de suficiencia.

—¡Cómo se atreve! —dijo Leia, con la voz tensa no sólo por ira, sino por alguna otra emoción que sonaba, sospechosamente, como dolor—. Soy una senadora…, ¡era una senadora!

Aún con su enojo, una verdadera tristeza le ensombreció la mirada. Verla hizo que Han se quedara pasmado. Todos habían tenido un mal día, pero el suyo había sido claramente el peor de todos.

—Creo que algo acaba de moverse por mi pierna… —dijo Luke, trepando en algún lado detrás de Han, sobre una vara que estaba flotando.

—Felicitaciones, su excelentísima —dijo Han—. ¿Espera que le bese la mano? ¿O con una reverencia y un poco de servilismo será suficiente?

—Miren, ¿vieron eso? —Luke podría haber señalado algo, pero Han lo desdeñó con un movimiento de la mano; toda su atención estaba enfocada en el pequeño detonador sobre el vestido blanco, que escupía humo como si estuviera apunto de explotar.

—¡Como si tú supieras algo acerca de modales, enorme simio!

—¡Oye…, en serio…!

La ansiedad en la voz de Luke hizo que Han volteara hacia él.

—Es tu imaginación, muchacho…

Luke dejó salir un grito ronco, mientras algo lo jaló violentamente desde adentro del desperdicio y la porquería. De pronto, había desaparecido.

CAPÍTULO TRECE



Han se quedó mirando la onda circular en el agua cubierta de baba donde Luke había estado parado hacía menos de un segundo. Durante un rato, la incredulidad lo tenía paralizado, y luego, para su sorpresa, tuvo miedo. No sólo porque dejar que Luke muriera probablemente invalidaría su trato con Ben, sino también porque nadie, especialmente un muchacho inocente, merecía ahogarse en la asquerosa basura imperial.

Han se movió hacia el lugar donde el muchacho se había hundido.

—¡Luke! ¡Luke!

Al demonio con todo, no podía perder al muchacho, no tan pronto, aún no; nunca.

—¡Luke! —gritó Leia, escarbando debajo de la basura.

El agua repugnante los salpicó alrededor cuando Luke emergió a la superficie. Un tentáculo baboso de color verde rodeaba su cuello y lo tenía preso con una llave estranguladora.

—¡Sujétate! —dijo Leia, extendiendo hacia él una larga vara plateada.

—¡Dispárale! —dijo Luke a Han, jadeando—. Mi pistola está trabada…

—¿Dónde? —preguntó Han, tratando de apuntar.

—¡Donde sea! —gritó Luke. Luego fue jalado bajo el agua otra vez.

Han disparó hacia el fango con la esperanza de que no fuera a darle al muchacho en la pierna. En lugar de eso, debería haber intentado agarrar a Luke, porque cuando vio el único ojo bulboso de la criatura, de color rojo con pupila de raja, supo exactamente con qué estaban tratando: una dianoga. Un monstruo de basura. Un calamar de desperdicios. Infestaban las cloacas de las ciudades, hurgando con sus tentáculos en busca de alimento, y una vez que encontraban comida no renunciaban a ella sin dar pelea. Han ni siquiera quería imaginar cómo una de estas cosas había terminado en la estación espacial.

—¡Luke! —gritó Han, tratando frenéticamente de apuntar. Tenía buena puntería, ¡pero estaba disparando a ciegas!

Un sonido metálico retumbó en sus oídos, con tal fuerza que el contenedor parecía sacudirse con él. Han se concentró en despejar la mugre, tratando de buscar alguna señal de vida. Hubo un momento de silencio, y luego Luke se lanzó a sí mismo fuera del agua otra vez, jadeando y tosiendo.

—¡Sujétalo! —gritó Leia, acercándose hacia ellos—. ¿Qué sucedió?

—¡No sé! —dijo Luke, todavía atragantándose—. ¡Sólo me dejó ir de repente!

Y ahí estaba otra vez. El pánico trepaba por Han.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto —dijo a los demás. Su nuevo lema de vida, aparentemente. No necesitaba la Fuerza para tener certeza.

Y como tenía peor suerte que cualquier forma de vida en la galaxia, dos paredes opuestas empezaran a temblar y a doblarse hacia adentro. Los ojos de Han se abrieron azorados. Estaban en un compactador de basura; si no salían en los siguientes minutos, serían aplanados.

—¡No se queden ahí parados! —rugió Leia—. Intenten detener las paredes con algo.

Ella estaba batallando con el peso de una viga de metal, tratando de colocarla entre los muros que iban cerrándose cada vez más y más cerca de ellos. Han sujetó un extremo de la viga y le ayudó a colocarla. La fuerza de las paredes dobló el grueso metal como si hubiera estado hecho de plástico.

—¡3PO! —llamaba Luke, por el comunicador—. ¡3PO! ¡Adelante, 3PO! ¿Dónde podrá estar?

Esto era malo, malo, malo, malo. Chewie saltó de la plataforma para ayudarles, pero no había nada ahí abajo lo suficientemente fuerte como para detener las paredes. La princesa tenía una lengua mordaz, pero era prácticamente del tamaño de un bolsillo comparada con el wookiee. Y mientras más basura era empujada hacia ellos, más alto se apilaba, amenazando con aplastarlos.

Han señaló un montón de cajas y contenedores.

—¡Sube a la cima!

—¡No puedo! —dijo Leia. Su compostura estaba hecha añicos y comenzaba a entrar en pánico.

Han se inquietó al verla, pero, cuando trató de alcanzarla para tranquilizarla, se resbaló y se estrelló contra la porquería fangosa.

—¡3PO! —Luke seguía gritando—. ¡3PO! ¿Puedes contestar?

Ahora las paredes estaban tan cerca que Han se acomodó de un forma en que su espalda estaba contra un lado y sus pies empujaban contra el otro. Leia trató de seguir su ejemplo, pero el vestido empapado y enredado entre sus piernas hacía casi imposible que se levantara. Sus groserías quemaban incluso los oídos de Han.

—Calma, calma —le dijo este, cuando sintió que ella empezaba a entrar en pánico otra vez. Sus brazos se tensaron mientras se agachaba y trataba de ayudarla a trepar a su lado. Sin importar qué tan fuerte Han empujara con sus piernas, era como tratar de contener a un destructor estelar. Leia estiró la mano a ciegas y Han la sujetó. Oye, si iba a morir, al menos lo haría al lado de una mujer hermosa.

—Bueno, una cosa es segura —dijo Han, mientras sus piernas se acercaban a su pecho—. ¡Todos vamos a ser mucho más delgados!

—¿Está ahí, señor? —crujió de repente la voz de C-3PO por el comunicador. Han tenía miedo de que Luke fuera a soltarlo.

—¡Apaga todos los trituradores de basura en el nivel de detención! —gritó Luke por el comunicador—. ¿Me copias?

Era demasiado tarde para eso. A medida que se juntaban, las paredes iban empujando la basura hacia cada vez más arriba, hasta que Han ya no podía ver el techo. Vigas de metal y cajas se quebraban y desmoronaban, cayendo sobre sus cabezas. Se movía para

tratar de mantenerlos a ambos, a la princesa y a él, escalando pero ¿a dónde podrían ir? No había ninguna salida.

—¿Disculpe? —El droide sonaba confundido.

¿Ahora las paredes se movían más rápido? Han apoyó la espalda contra una pared y subió los pies aún más en la otra, dispuesto a intentar cualquier cosa para mantenerlos vivos, aunque fuera un segundo más. Comenzaba a ser difícil respirar. Trozos pequeños de plástico se deslizaban entre las uniones de su armadura de stormtrooper, enterrándose en su espalda y cuello.

Han siempre había esperado morir en su nave. Volado en pedazos en un último estallido de gloria. Convertirse en un charco de puré viscoso no formaba parte del plan. Miró alrededor, buscando algo, cualquier cosa, para bloquear las paredes.

—¡3PO! —gritaba Luke—. ¡Apaga todos los compactadores de basura en el nivel de detención!

Han forcejeaba para jalarse hacia arriba un poco más, tratando de ver si Luke todavía estaba bien. De pronto, todo el entorno se sacudió como un terremoto, pero estaba tan enfocado en buscar al muchacho que inicialmente no se dio cuenta de que las paredes… se habían detenido.

Los cuatro se miraron entre sí, aguantando la respiración con incredulidad. Entonces Han soltó un fuerte y rebosante grito de alegría, que Luke repitió como respuesta. Chewie prácticamente aplastó al muchacho con su emocionado apretón, e incluso la princesa bajó sus defensas lo suficiente como para lanzar sus brazos alrededor del cuello de Han.

—¡Maldigo mi cuerpo de metal! No fui lo suficientemente veloz. ¡Todo es mi culpa! ¡Mi pobre amo! —La voz del droide seguía fluyendo por el comunicador. Estaba claramente angustiado, e interpretaba los festejos como gritos.

—3PO, estamos a salvo —dijo Luke, riendo—. Lo hiciste genial. ¿Puedes abrir la escotilla de presión de mantenimiento en la unidad número…? ¿Dónde estamos? —Buscó algún tipo de placa.

—Tres-dos-seis-tres-ocho-dos-siete —dijo Han, señalando los números salpicados de fango sobre la escotilla.

El clic de la escotilla, que se despresurizaba al abrirse, fue uno de los sonidos más dulces que Han había escuchado jamás. Él y los otros salieron hacia un pasillo vacío. Mirando alrededor mientras se quitaba la asquerosa armadura del stormtrooper, analizó las hojas de plástico y los letreros de construcción a su alrededor. Bien. Esa sección estaría desierta.

—Si podemos evitar cualquier otra de las brillantes ideas de la princesa, deberíamos ser capaces de salir de aquí —dijo.

Y así como así, el alivio en el rostro de ella fue sustuido por una mirada de completo desdén.

—No sé quién eres o de dónde vienes, pero de ahora en adelante harás lo que yo te diga. ¿Quedó claro?

Han quería mofarse y sacudirse sus palabras, pero, a decir verdad, la manera intensa con la que ella lo fulminaba con la mirada le daba un poco de miedo. Luke no había rescatado una flor pequeña y delicada.

—Mire, su excelentísima, dejemos algo claro. Yo recibo órdenes de una persona. —Señaló su propio pecho—. Yo.

—¡Es un milagro que sigas vivo! —Leia giró sobre sus talones, casi chocando con Chewie—. ¿Puede alguien quitar de mi camino a esta gran alfombra caminante?

Han lanzó una mirada acusadora hacia Luke, mientras ella se salía furiosa por delante de ellos.

—Ninguna recompensa vale esto —dijo Han.

Luke suspiró.

—Vamos.

Se apresuraron a través del corredor vacío. Y Han se sorprendió de que, cuando se cruzaba con otro largo corredor elegante, supiera en dónde estaban.

—Por aquí —dijo, llevándolos en la dirección opuesta hacia la que la princesa quería dirigirse. Ella refunfuñó algo entre dientes, pero los siguió hasta que llegaron a un gran ventanal. Debajo de ellos, justo donde lo habían dejado, estaba el *Halcón Milenario*. Y, vaya que nunca se había visto tan hermosa la nave. Incluso rodeada por una docena de stormtroopers.

—¿3PO, me copias? —preguntó Luke en el comunicador.

—Por el momento —dijo el droide—, nos hemos movido hacia el hangar principal, enfrente de la nave.

—Estamos justo arriba de ustedes. Prepárense —advirtió Luke.

Leia se acercó a Han, echando una mirada a la nave con indiferencia.

—¿Viniste en esa cosa? Eres más valiente de lo que pensaba.

—Simpática. —Han le lanzó una mirada de odio—. Vamos.

El contrabandista trotó a lo largo del pasillo a la cabeza del grupo, y dio vuelta en la siguiente esquina, donde pensó que debían estar los elevadores… directo hacia un escuadrón de ocho stormtroopers.

—¡Son ellos! —gritó uno de los stormtroopers—. ¡Dispárenles!

Sin siquiera pensar en lo espectacularmente estúpida que era la idea, Han arremetió hacia delante, gritando y disparando al escuadrón como un salvaje. A pesar de las probabilidades, los stormtroopers dieron la vuelta y huyeron, pero Han no se detuvo. Chewie rugió tras él; sus pesados pasos golpearon el suelo detrás de Han. Estas eran las personas que habían aprisionado a Han, a su nave y a su mejor amigo en esa trampa mortal. Estas eran las personas que estaban arruinando su única oportunidad real de quitarse a Jabba de encima y retomar el control de su vida. Su ira lo empujaba hacia delante como una ola, calentando la sangre en sus venas. Deja que intenten retenerlo. Deja que traten de detener a su *Halcón,* de ejecutar a la princesa, de lastimar al muchacho…

Espera, no…, el muchacho y la princesa no tenían nada que ver. Exacto. Este ataque tenía que ver con el *Halcón*. Si de paso también les daba a Luke y a Leia una oportunidad para bajar al hangar, entonces genial, pero era sencillamente pura venganza. Su corazón retumbaba; Han disparaba su bláster salvajemente, gritando más fuerte, ahogando todo pensamiento en su cabeza.

Por desgracia, su valentía se extinguió cuando alcanzó el final del pasillo, que, de hecho, conducía a un hangar lleno de stormtroopers. Las botas de Han patinaron al tratar de evitar chocar contra ellos. Con el rostro lívido, giró y comenzó a correr en la dirección contraria, mientras disparos láser lo seguían por el pasillo. Chewie apareció más adelante, claramente confundido.

—¡Vámonos, vámonos! —gritó Han, jalando a su copiloto hacia una puerta cercana. ¡Escaleras! Sentía como si estuvieran volando hacia abajo tres peldaños a la vez, hasta que llegaron al nivel inferior. Han levantó la mano, indicándole a Chewie que esperara en la base de las escaleras mientras él asomaba la cabeza por la puerta.

El hangar. Todavía estaba lleno de stormtroopers. Sin embargo, Solo y su amigo habían llegado hasta aquí. Han llevó al wookiee hasta una pila de cajas, y se agacharon, manteniéndose alerta por si veían a Leia y a Luke.

Chewie preguntó con un sonido bajo y sordo, estirándose para dar un zape a la nuca de Han.

—Lo admito, en este momento me hubiera servido tener un plan —susurró Han—. Pero resultó, ¿cierto?

Mientras más tiempo miraba su nave, con sus láminas metálicas de color gris resplandeciente bajo las duras luces del hangar, más inquieto se sentía. ¿Por qué se estaba tardando tanto el muchacho y dónde estaba el fósil? Cada segundo que desaprovechaban era otra oportunidad para escapar perdida.

—Podríamos irnos —dijo Han, despacio—. Sólo tú y yo. Será arriesgado, sobre todo si el anciano no inhabilitó el rayo tractor…, pero podríamos ir a buscar otro trabajo.

El wookiee agitó la cabeza. Sus ojos reflejaban tristeza. Han sentía la decepción de su amigo con la misma intensidad que si Chewie se hubiera estirado y lo hubiera zapeado otra vez.

Las siguientes palabras de Chewbacca le pegaron a Han como un puñetazo en el pecho: «Está bien que nos preocupemos por ellos. Ellos necesitan nuestra ayuda».

Han nunca se había permitido atarse demasiado a causas. No tenía problemas con la Rebelión siempre y cuando le generara más negocios, y no tenía problemas con el Imperio siempre y cuando se mantuviera fuera de sus negocios.

—Sí me preocupan —dijo Han—. No nos pagan si regresamos sólo cuerpos.

Pero incluso mientras lo decía, se sorprendió al darse cuenta de que las palabras sonaban falsas en sus oídos; sentía una punzada molesta en el pecho. Recordó ese momento de candente temor en que la dianoga había sumergido a Luke y cómo el terror había agrietado la dura armadura de la princesa cuando ella pensó que serían aplastados.

Han no podía evitar reconocer el sentimiento silencioso que se había estado filtrando en él.

Sí se preocupaba.

Dicen que la batalla puede formar lazos inquebrantables entre soldados, pero Han se percató de que no era la pelea en sí misma; era el hecho de que habían trabajado juntos, de que habían logrado cruzar al otro lado. En unas cuantas horas, había llegado a entender a Luke mejor de lo que entendía a algunos de sus amigos contrabandistas que conoció por años.

Chewie gruñó otra pregunta, inocente por completo. Acarició con su mano la cabeza de Han, pero el contrabandista se la quitó de encima.

—¡No! —murmuró, señalando al wookiee—. Descarta esa idea inmediatamente. No vamos a unirnos para lograr que nos maten por nada.

¿Unirse a la Rebelión? Lo que golpeaba la cabeza de Han no era tanto la idea de la pelea como aquello de lo que Chewie estaba hablando: invertir en una causa, hacer un compromiso para el futuro. Estar atado a una idea.

Chewie cruzó los brazos. «Eres mejor que eso», dijo él.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Han. A veces no se sentía mejor que eso. A veces se sentía como el cobarde más grande de este lado de la galaxia—. Tienes razón —admitió—. No los hubiera abandonado.

A Han lo habían llamado muchas cosas en su vida: escoria, sinvergüenza, contrabandista, pero no era un desalmado. La contestación retumbante de Chewie le provocó una débil sonrisa.

—También me cae bien el muchacho. Pero, a menos que quiera venir con nosotros, nos vamos con él y con la princesa después de esto. Tenemos que quitarnos a Jabba de encima. De otra forma no hay futuro para nosotros.

Una nueva ráfaga de disparos bláster anunció la llegada de Luke y Leia al hangar. Han se puso de pie y corrió hacia ellos.

—¡Vayan a la nave! —gritó, tratando de eliminar al menos a unos cuantos stormtroopers en su camino. De reojo avistó la luz de los reflectores en el hangar sobre la piel metálica de los droides. Estos se apresuraron hacia la rampa del *Halcón*.

—¡Luke, vámonos! —gritó Han, tirando del brazo del muchacho. Los pies de Luke estaban fijos al suelo; una especie de conmoción llenaba su rostro. Se volvió para mirar a donde Luke señalaba, hacia otro conjunto de puertas blindadas que estaban abiertas.

Dos siluetas, una tan negra y brillante como una mancha de aceite, la otra encapuchada en una gruesa túnica café, se circundaban una a la otra. Los sables de luz vibraban en sus manos, tan diferentes uno de otro como lo eran sus dueños. Uno era azul cielo; el otro, carmesí, como sangre en llamas.

¿Así que ese era Darth Vader, eh? Siempre es aterrador darse cuenta de que los rumores no eran exagerados. El hombre, semejante cosa gigante, se alzaba sobre el anciano. Su armadura parecía lo bastante gruesa como para mantenerlo con vida incluso

en el helado vacío del espacio. Las luces en el panel de su pecho titilaban, de la forma en que lo hacían las de un droide.

Las espadas siseaban y crepitaban al chocar; Ben y Darth Vader bailaban uno alrededor del otro como guerreros veteranos perdidos en su propio mundo. De pronto, Han se dio cuenta de que estaba mirándolos fijamente, con la misma intensidad con que lo hacía el muchacho, y otra vez trató de jalarlo hacia la nave. Los stormtroopers que habían perseguido a Luke y a Leia hacia el hangar también dirigían su atención hacia el duelo de espadas.

Ben volteó; los stormtroopers que se acercaban llamaron su atención. Entonces miró más allá de ellos. Miró a donde Luke permanecía parado, sobrecogido. Han no podía estar seguro, pues el anciano simplemente estaba demasiado lejos, pero creyó que Ben le había hecho una seña con la cabeza justo antes de que volviera a enfrentar a Darth Vader. Entonces, Ben guardó su espada y no hizo esfuerzo alguno por detener el sable de luz de Vader, que lo atravesó.

Pero en lugar de que su cuerpo se desplomara en pedazos, una túnica vacía cayó al suelo. Era como si el anciano simplemente… hubiera desaparecido con un último truco de magia.

Han sacudió la cabeza y se le erizó el pelo de la nuca. Tal vez no era magia en lo absoluto.

—¡No! —gritó Luke. Han enganchó un brazo a través del pecho del muchacho y comenzó a arrastrarlo fuera de ahí. Por un segundo, realmente pensó que el muchacho iba a correr tras Vader. La ira y la incredulidad de Luke eran evidentes.

—¡Luke, tenemos que irnos de aquí! —gritó Leia, desde la base de la rampa. Los stormtroopers abrieron fuego hacia ella, forzándola a agacharse y correr hacia la seguridad de la nave. Luke giró una última vez y disparó, no a Darth Vader, sino a los controles de las puertas blindadas. Se cerraron justo cuando Vader y los stormtroopers comenzaron a arremeter contra ellos.

—Tenemos que irnos, muchacho —le dijo Han—. ¡Antes de que arreglen el rayo tractor!

Eso sacó a Luke de su aturdimiento el tiempo suficiente para que abordaran el *Halcón*. Han corrió hacia la cabina, donde Chewie ya estaba revolucionando el motor. No se dio cuenta de que Luke no lo había seguido, hasta que miró sobre su hombro a través de la puerta y vio a la princesa consolándolo.

Han oprimió los controles y, antes de que volviera a tomar aire, ya estaban en el espacio abierto.

—Bien, Chewie —dijo, mientras cazas TIE rugieron hacia ellos en la distancia, sólo cuatro. Se estiró hacia arriba, acariciando su nave con cariño. Podía haberse llevado una paliza, pero ella nunca lo decepcionaba cuando realmente importaba—. Nos estamos acercando a las naves centinela. Demóralas lo más que puedas. ¡Manipula los escudos blindados mientras yo cargo las armas principales!

Chewie rugió en concordancia, estirándose para activar los interruptores. Han dejó su asiento tan rápido que este quedó girando tras de él.

Por mucho tiempo, a cualquiera que preguntara a Han por qué viajaba solo, este le soltaba la misma frase: «El nombre lo dice todo: Solo». Y luego conoció a Chewie, así que de repente eso ya no aplicaba. El wookiee sabía, aunque Han no pudiera admitirlo, que lo que le asustaba además de dar su corazón a una causa fallida, era perder a las personas a quienes se lo había dado.

Han no era libre, aún no, no hasta que tratara con Jabba y liquidara su deuda. Pero incluso después, jamás sería como Luke. No estaba destinado a ser un héroe. Aunque empezaba a sospechar que tampoco estaba destinado a ser sólo un insignificante contrabandista. Los nuevos amigos que había hecho le habían mostrado eso. El anciano se reiría si supiera que Han lo estaba pensando, pero creía que era un extraño golpe de suerte, o «el destino» según diría Ben, lo que reunió a su pequeño grupo.

Imaginándose el peso de los grandes blásters de la nave, corrió hacia la zona central para decirle a Luke que se dirigiera a los puertos de armas y disparara junto con él. Han sabía que sumergirse en otra pelea sería la mejor forma para que tanto él como el muchacho quemaran el ardor de haber sido forzados a estar ahí parados, impotentes, mientras Ben era liquidado.

El anciano se había sacrificado para salvarlos. Y ver eso hizo que Han se cuestionara sobre qué hubiera sucedido si la situación hubiera sido al revés; si él hubiera sido el que estuviera en la posición de hacer el sacrificio. ¿Lo habría hecho? Quería creer que sí, que lo habría hecho. Pero la idea hacía que su pecho se sintiera apretado. Qué increíble le resultaba que, de todas las personas, el anciano fue quien volcó su universo, quien le hizo ver la verdad sobre sí mismo con un acto desinteresado de valentía.

Han no era el mejor tipo de la galaxia ni el más inteligente, ni siquiera el más honesto, y no estaba seguro de saber qué había hecho para merecer a estos amigos.

Pero por ahora era suficiente ya no volar solo.


EL
MUCHACHO GRANJERO

CAPÍTULO CATORCE



—No puedo creer que se haya ido.

Esas eran las únicas palabras que daban una vuelta horrible en la mente de Luke, mientras la nave se abalanzaba hacia el espacio. «No puedo creer que se haya ido». Sus piernas acabaron fallándole, y se desplomó sobre la banca del *Halcón Milenario*, junto al tablero de juego. Luke no conseguía moverse. Tampoco podía cerrar los ojos, no sin ver la última imagen de Ben justo antes de…

«Está muerto», pensó Luke. «¿Por qué no puedo decirlo?».

¿Por qué tenía que seguir visualizando cómo Ben había desactivado su sable de luz para no intentar detener a Darth Vader? El nombre rondaba por la mente de Luke como humo, haciendo que los vellos en sus brazos se erizaran. Sólo ver al hombre, a… esa cosa, fue suficiente para que se sintiera como si estuviera cubierto de hielo. La conmoción lo dejó inservible, como un droide con circuitos fritos.

Y eso fue después de que Ben le dijo que Vader había matado a su padre.

Vader le había quitado ahora a otra persona.

Luke sujetó el borde del tablero de juego con tal fuerza que estaba seguro de que la superficie se quebraría. No había nada ni nadie en la galaxia a quien odiara más que a Darth Vader. Sintió que empezaba a temblar; otra vez las lágrimas amenzaron con derramarse. Luke se frotó obstinadamente la cara. ¿De qué serviría llorar?

Incluso cuando la furia corría a través de su cuerpo, el tóxico miedo que sentía cada vez que visualizaba las rígidas líneas de la máscara del monstruo apagaba sus llamas. ¿Cómo lo había llamado Ben? Claro: un sith. Uno de esos que dependía del lado oscuro de la Fuerza en lugar de acoger el luminoso.

Ben prometió que la Fuerza tenía un plan para todo, que guiaba sus trayectorias por la vida. ¿Pero cómo podía la Fuerza haber permitido que esto pasara? ¿Por qué siempre tenía que ganar y ganar y ganar el mal? Luke sabía que tenía que confiar en ella, pero todo lo que sentía, más que nada, era desesperanza.

Vader había vencido a Ben: un guerrero legendario, un Maestro Jedi. ¿Qué sucedería si alguna vez Luke se encontraba cara a cara con el sith? ¿Si cazaba a Luke, buscando a los droides, buscando a la princesa? Luke había tenido unas cuantas horas de entrenamiento; ¡Ben había entrenado por décadas! Y aún así Vader lo aniquiló de un sólo tajo. Dejando… nada. Porque, aunque parecía imposible, el Maestro Jedi había desaparecido, se había esfumado en el momento en que el guerrero de la armadura negra blandió su sable de luz carmesí a través de Ben.

«¿Por qué?».

Luke sacudió la cabeza. Debió haberlo imaginado, pero podría jurar que, justo después de que sintió su corazón detenerse y antes de que Han lo sujetara, había escuchado la voz de Ben dentro de su mente. «¡Corre, Luke! ¡Corre!».

Pero eso era una locura, ¿o no? Ese tipo de cosas simplemente no pasaban. Ben hubiera estado hablando con él como… ¿un espíritu?

El escalofrío que le recorría la espalda fue ahuyentado por el poncho que alguien colocó sobre sus hombros en ese momento. Luke levantó la vista de donde había apoyado su rostro contra sus brazos y vio cómo Leia lo observaba.

La persona que veía era una Leia totalmente diferente de la princesa altiva que lo miró de arriba hacia abajo después de que él abrió su celda, y que dijo: «¿No eres algo chaparro para ser un stormtrooper?». Era una Leia diferente de la que había volado el conducto de basura y de la que lo abrazó aliviada cuando lograron salir. Le gustaba que ella fuera así. No era para nada lo que él había esperado; de hecho, le daba un poco de pena admitirlo, pero de verdad pensaba que la princesa se desmayaría del alivio al verlo entrar a salvarla. Aunque, en realidad, ella los había rescatado de su propio rescate.

Luke suspiró y aceptó de buena gana el poncho. Quería decir algo, incluso sólo gracias, pero era como si cada palabra se le quedara atorada en la garganta.

—No había nada que pudieras haber hecho. Aún así, lo siento mucho —dijo ella, arrodillándose a un lado de él—. Ese era el General Kenobi, ¿no es así? Por lo que mi padre me contó de él, era un gran hombre.

Luke asintió con la cabeza, mientras sentía su torso entumecerse. El único día que había convivido con Ben le bastó para ver que era un gran hombre. Pero todavía había mucho de los Jedi que no sabía. Y, de hecho, no le había dado a Luke ningún detalle de su vida. Algo de eso hacía que Luke se sintiera traicionado y volviera a sentir el miserable fuego de la ira por debajo de su piel.

«Te seguí», pensó Luke, sorprendido por el destello de rabia que lo atravesaba. «Lo perdí todo y te seguí». «¡Tú prometiste que me enseñarías, Ben!». Y ahora…, ¿qué? ¿Cómo se enseñaría a sí mismo? El sable de luz sujeto a su cinturón se sentía frío y pesado. La culpa y el miedo se asentaron en su estómago, sacudieron lo que había dentro y le provocaron náuseas.



«Debes aprender a controlar tus emociones; de otra forma, ellas te controlarán a ti». Ben le dijo eso a Luke cuando este entrenaba con su sable de luz. Todas las cosas que sentía ahora estaban atadas al lado oscuro de la Fuerza. En aquel momento, Luke no

entendió cómo era posible, pero de repente se dio cuenta de lo fácil que sería hundirse en su propia furia impotente. Perderse y jamás salir de ahí.

—Maldita sea. ¿Qué estoy haciendo? —dijo Luke, enderezándose—. Tú acabas de perder a tu planeta entero…

—Cualquier pérdida sigue siendo una pérdida —dijo Leia, con voz tensa—. Simplemente no podemos dejar que eso nos venza. Aún tenemos cosas por hacer.

—¿Cómo es que estás tan… bien? —preguntó él—. Yo me siento como… Ayer perdí a mi única familia, y ahora a Ben. Nunca antes había dejado mi planeta natal, y ahora estoy a millones de kilómetros de distancia de él. Es como si me hubieran noqueado fuera de órbita y no supiera cómo enderezarme. ¿Cómo lo haces?

Una ola de dolor atravesó el rostro de Leia. Se mordió el labio y respiró profundamente.

—Quiero llorar —admitió—, todo el tiempo, a cada momento. Pero sé que si comienzo no me podré detener, y eso no sirve por ahora. Nuestras circunstancias no son iguales, pero sí sé lo que estás sintiendo ahora mismo. Sé lo que es sentirse solo.

—¿Aún cuando estés rodeado de extraños? —completó Luke.

—¡Exacto! —dijo Leia, apretando sus brazos. En la expresión de su rostro todavía había desconsuelo. Luke quería hacer algo, cualquier cosa, para hacerla sentir mejor. Pero hasta él sabía que eso era imposible. Ella lo entendía y él también.

—Tú fuiste quien encontró a los droides, ¿correcto?

Luke miró hacia arriba ante la repentina pregunta.

—Sí. Se los compramos a los jawas, unos chatarreros del desierto, para trabajar en la granja de mi tío. Encontré tu mensaje en el pequeño mientras intentaba limpiarlo.

—¿Y por eso te lanzaste a buscar al General Kenobi? —preguntó Leia.

—Bueno… —Luke se frotó la nuca, todavía un poco avergonzado de que el droide astromecánico se hubiera visto más astuto que él—. R2 se escapó para buscarlo. 3PO y yo lo encontramos, y luego Ben nos encontró justo cuando nos atacaban los moradores de arenas. Nos salvó. Mientras estaba fuera, unos stormtroopers fueron a la granja en busca de los droides y…, al no encontrarlos, asesinaron al tío Owen y la tía Beru.

Leia retrocedió, estaba impresionada.

—Luke, ni siquiera consigo decirte cuánto lo siento; todo esto, todo, es mi culpa. Estaba tan desesperada por enviar los planos al General Kenobi que ni siquiera pensé…

—No, Leia —dijo Luke, apoyando las manos en sus hombros—. El único responsable por las muertes de mi familia y de Ben es el Imperio, es Vader. Desearía que no hubiera sucedido así, pero no murieron en vano. Llevar la información que encontraste a la Rebelión es lo único que importa.

Leia miró hacia abajo, echando los hombros hacia atrás mientras volvía a respirar para tranquilizarse.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Sí, por supuesto.

Alisó las arrugas en la tela de su vestido, pasando los dedos a lo largo de las líneas acuosas de las nuevas manchas.

—¿Por qué me rescataste?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —preguntó Luke, confundido. ¿Se suponía que debía dejarla ahí para que el Imperio la ejecutara?

—Pudiste haberte ido una vez que el rayo tractor estuviera desactivado. Estoy segura de que ese era el plan que nuestro amigo el capitán estaba apoyando. No tenías que arriesgarte a que te atraparan. El General Kenobi pudo haber llevado la información a la Rebelión.

Luke estaba casi ofendido de que ella lo creyera capaz de simplemente irse.

—Porque necesitabas ayuda. Por eso. No se necesita otra razón para ayudar a las personas.

Leia levantó la mirada y Luke vio el destello de algo en sus ojos. Su rostro parecía lleno de color una vez más.

—¿Hace rato me preguntaste cómo mantengo la compostura?

Luke asintió con la cabeza. Necesitaba… una forma de seguir adelante sin recaer de manera constante en la ira. No podía faltarle al respeto a la memoria de Ben haciendo caso omiso de lo que el jedi había tratado de enseñarle. Necesitaba un camino fuera del ciclo del odio, y Leia parecía haber encontrado uno.

—Pienso acerca de cuando era muy joven: corría a rienda suelta por el palacio, jugaba a las escondidas con mi madre y mi padre. —Soltó una risa leve; le sonreía al recuerdo—. Ambos estaban muy ocupados y eran tan importantes…, cargaban el peso del universo en sus hombros, pero de todas maneras tenían una gran capacidad para la diversión y el amor. Y la esperanza. Nunca se dieron por vencidos con respecto a la idea de que la galaxia podía ser un lugar seguro, hermoso para todos los seres con vida. Unirme a la Rebelión me permitió tener una voz real, una forma real de pelear por los cambios en los que creo. Ahora, pelear a su lado será mi manera de honrar a mis padres y a mi gente. Eso me da una razón para superarlo y seguir adelante. Y…, tal vez, será lo mismo para ti.

Luke había pasado por una gran cantidad de emociones durante los días anteriores: el horror de perder a su familia, la emoción de volar en el espacio, la frustración de entrenar, el terror de los disparos, el intentar aventajar en armas al Imperio…, pero, ante las palabras de Leia, sintió algo nuevo: esperanza.

—Sí —dijo despacio—. Creo que eso me gustaría.

Y cuando Leia le extendió una sonrisa tentadora, por fin pudo devolverla.

En ese momento, Han entró con un estallido al área de espera central, sonrojado y con el pelo despeinado.

—Vamos, amigo —dijo—. ¡Todavía no estamos fuera de esta! Necesito tu ayuda. Insistes en que sabes volar y disparar. Bien, este es el momento de probarlo.

Luke estaba agotado, exprimido por el día, pero aquello sonaba ideal para él. Le regresó el poncho a Leia con una mirada de agradecimiento y le dijo a Han:

—Muéstrame dónde.

Han sonrío y palmeó su espalda. Luke lo siguió corriendo por la nave hasta una escalera justo en el centro de esta. En cada extremo había una tronera.

—Sólo apunta y dispara, y trata de mantener el ritmo conmigo…, ¡si puedes!

Por fin, un escalofrío de emoción llegó hasta Luke mientras se deslizaba hacia abajo por la escalera. Había visto por fuera de la nave dos torretas de cañones largos: una, en la parte superior; la otra, debajo.

—Ya lo veremos…

Luke saltó sobre el asiento detrás del cañón y tomó los audífonos que colgaban de un gancho.

—¿Estás adentro, muchacho? —La voz de Han llegaba por los audífonos.

—Sí, te copio —dijo Luke. Se relajó, sólo un poco, cuando vio los controles frente a sí.

Aunque tenía una ventanilla para mirar hacia afuera, también había una pantalla de objetivo. Docenas de destellos rojos se arremolinaban en el verde, que representaba al *Halcón*. Tomó el control de las manivelas del cañón láser y columpió la pesada cosa de un lado a otro sobre su base. Aún así…, esto iba a ser muy distinto a disparar a ratas womp en el Cañón del Mendigo; hasta él lo sabía. Pero no estaba dispuesto a decepcionar a Han o a los demás. Luke movió sus pulgares sobre los botones de disparo, listo.

—¡Bien, mantente alerta! —dijo Han.

Leia debió haber ido a la cabina con Chewbacca, porque ahora se filtraba su voz en sus oídos.

—¡Aquí vienen!

Escuchó a los cazas TIE antes de verlos pasar disparados por la ventanilla como estrellas fugaces. El sonido era desgarrador, como si los motores de las naves estuvieran gritando. «¡Chin!». A pesar de lo tranquilo que se sentía, Luke brincó ante el repentino sonido; sus pulgares oprimían los botones de disparo. «Órale». Se forzó a sí mismo para dejar de ahogar los controles y apuntar realmente antes de comenzar a disparar otra vez. El cañón dispersó una línea de rayos láser persiguiendo a las naves, a lo largo del espacio y de regreso, pero sin atinar un solo disparo.

El *Halcón Milenario* corcoveó como un dewback enojado, mientras recibía los disparos de los cazas TIE. Luke estaba seguro de que olía humo, pero se quedó para sí esa pizca de información mientras otras tres naves imperiales aparecieron. Cuando le dispararon al *Halcón* nuevamente, Luke casi sale disparado de su asiento.

—¡Se acercan demasiado rápido! —dijo entre dientes. El sudor hacía que el cabello se le pegara al rostro y su túnica se ajustara a su espalda.

El sonido de una explosión en algún lugar encima de ellos y el festejo de Han fue la única respuesta que Luke obtuvo. ¡Así que le había dado a uno! El chico acomodó sus hombros, enfocándose en las naves otra vez. No iba a dejar que Han se llevara toda la gloria.

—Hemos perdido los controles laterales —informó Leia.

—No te preocupes, aguantará —dijo Han, pero olvidó callarse cuando agregó, entre dientes, para su nave—: ¿Me escuchas, nena? Aguanta.

De alguna forma, Luke sintió cómo se relajaba durante la batalla. No era del todo diferente a cómo se sintió manejando el sable de luz. Su acelerado corazón se tranquilizó en un ritmo constante. «Estoy haciendo esto», pensó, «haciéndolo de verdad». Estaba anticipando la dirección desde la que vendría el brillante caza TIE negro con plata…, sus maniobras evasivas, hasta que finalmente…

La explosión de polvo ardiente de la nave imperial destruida cegó momentáneamente a Luke. La emoción de la victoria corría a través de él, elevándolo más alto de lo que había pensado que fuera posible. Lanzó un puño al aire.

—¡Le di! ¡Le di!

—¡Genial, muchacho! —dijo Han, mientras le daba a otro caza TIE, mandándolo hacia el espacio en espirales como un cometa humeante—. ¡No te pongas arrogante!

Ya ni siquiera le molestaba a Luke que Han, quien no podía ser más de diez años mayor que él, no dejará de llamarlo «muchacho». El contrabandista le había puesto los pelos de punta las primeras veces, sobre todo porque había reforzado todo lo que Luke odiaba de su vida en Tatooine. Sentía como si él nunca fuera a crecer, como si jamás fuera a seguir adelante, como si siempre fuera a vivir en el desierto profundo con su tía y su tío y un grupo de amigos en Anchorhead, de los que no estaba del todo seguro que les cayera bien, porque, en serio, ¿quién apodaba Wormie a alguien que le cayera bien?

El chico había solicitado entrar a la Academia Imperial unos meses antes; deseaba que ese fuera el año en que su tío Owen dejara de actuar como si Luke fuera crucial para el manejo de su pequeña granja de humedad y que lo dejara ir. Hubo momentos en los que realmente creyó que jamás lograría dejar los colores del atardecer en la atmósfera de Tatooine.

Ahora, la idea de eso sólo lo hacía sonreír. Porque, incluso siendo un «muchacho», él y su mejor amigo, Biggs, habían volado a través de los dientes escarpados del Cañón del Mendigo en sus skyhoppers T-16. Y Luke había golpeado el ala de su nave tantas veces que era un milagro que siguiera con vida. Pero no se detuvo, no sino hasta que pudo golpear al mayor número de ratas womp, mientras los pequeños y monstruosos parásitos peludos corrían por los barrancos y los cauces del cañón. No, sino hasta que él tuvo el mejor tiempo al atravesarlo volando.

Este muchacho estaba más que feliz de poner en ridículo al capitán… y de hacerlo en honor a Ben.

Luke destruyó los siguientes dos cazas TIE que tuvieron la mala fortuna de aparecer en su pantalla de objetivo.

«Estoy en el espacio», pensó una y otra vez. «Lo estoy haciendo». Y sin embargo, aún viendo explotar las naves imperiales, no podía creerlo. No podía asimilar cuánto había cambiado su vida en unas cuantas horas; ni siquiera en días, semanas, años. Luke estaba asombrado de no estar aturdido.

—Todavía quedan dos más allá afuera —dijo Leia.

—¡Estoy en ello! —gritó Luke.

—¡No si yo llego primero! —Han sonaba como si estuviera divirtiéndose tanto como él.

Balanceando su asiento otra vez, Luke mantenía sus pulgares en los botones de disparo. El cañón hacía vibrar sus manos mientras apuntaba con cuidado al caza TIE que trataba de darle al *Halcón* desde abajo. Con una respiración profunda, giró el láser sobre la nave imperial y observó; prácticamente saltó de la emoción fuera de su asiento cuando el caza estalló.

El último punto enemigo en el radar desapareció luego de que Han eliminó al caza TIE restante. El *Halcón* retumbó con la onda de choque de la explosión final.

¡Y entonces estaban libres!

Una risa de alivió salió de Luke.

—¡Lo hicimos! ¡Lo hicimos!

Se levantó de la tronera tan rápido que el cable de los audífonos lo jaló de regreso. Después de desenredarse, arrojó el aparato y trepó la escalera al tiempo que Han bajaba por la suya. El contrabandista estrechó el hombro de Luke, sonriendo.

—¡Buena puntería, muchacho! ¿Te enseñaron eso ahí afuera en la granja de humedad?

Luke sacudió la cabeza, con su energía desinflándose. Han no lo había dicho como insulto, al menos Luke no lo creía, pero de todas maneras las palabras le ardían. Él no era sólo un muchacho granjero. Siempre había deseado ser algo más que eso.

Pasaron a un lado de Chewbacca, quien estaba ocupado sacando a C-3PO de un compartimento en el que se había caído, y que debió abrirse durante el vuelo; R2 pitaba a un lado de Chewie, animándolo.

—Es terrible, ¿no es así? Estoy mutilado… —La voz de 3PO se desvaneció cuando entraron a la cabina.

—¿No estuvo mal el rescate, eh? —dijo Han, arrojando sus guantes sobre el asiento más cercano. Luke venía detrás de él y ambos contemplaron a Leia levantarse del asiento del piloto e ir hacia uno de la parte posterior—. A veces hasta me asombro a mí mismo.

Leia dirigió una mirada de desprecio absoluto hacia Han.

—Eso no suena muy difícil.

El corazón de Luke se aligeró un poco ante eso: al menos no tendría que competir con Han por la atención de Leia. Como le había explicado alguna vez su tío Owen, algunas criaturas simplemente eran enemigos naturales. De cualquier forma, no podía dejarlos solos; no porque tuviera miedo de que el contrabandista tratara de ligarse a Leia, sino porque estaba genuinamente preocupado de que eventualmente intentaran arañarse el rostro uno al otro.

—Además… —continuó Leia, levantando su barbilla—. Nos dejaron ir. Es la única explicación de lo fácil de nuestro escape.

—¿Fácil? —repitió Han, incrédulo, mientras se desplomaba en el asiento del piloto—. ¿Llamas a esto fácil?

—Deben estar rastreándonos, esperando que los conduzcamos de regreso a la Rebelión.

La sangre de Luke se lentificó en las venas al escuchar eso. Ni siquiera lo había considerado como una posibilidad. Quizá realmente era sólo un muchacho granjero tonto con la necesidad de una buena dosis de realidad.

—No a esta nave, chica —dijo Han, entrelazando las manos detrás de su cabeza, con toda confianza.

Luke se dio cuenta de que Leia estaba frustrada y que luchaba por controlar no sólo su expresión sino su tono.

—Al menos la información en R2 está a salvo —dijo ella.

—¿Qué es tan importante? ¿Qué está transportando? —preguntó Han.

—Las lecturas técnicas de aquella estación de combate —respondió ella.

—¿Qué? —dijo Luke, casi saltando de su asiento por el impacto. ¡Nunca hubiera permitido que la unidad R2 se apartara de su vista de haber sabido eso! No estaba seguro de que hubiera pensado qué era la «información vital para la supervivencia de la Rebelión» que ella mencionó en su mensaje, pero… ¡pero no había pensado en eso!

—Sólo espero que cuando la información sea analizada, se pueda encontrar una debilidad en las defensas de la estación de combate. Debe haber una manera de destruirla —agregó Leia—. Todavía tenemos una oportunidad. ¡Esto aún no termina!

De repente Han parecía un animal salvaje acorralado.

—Para mí sí. No estoy en esto por tu revolución y espero ser bien pagado por la molestia.

Luke sabía que este amigo nuevo no era exactamente noble y nunca diría que lo era, pero…, ¿en serio? La decepción retumbaba a través de él. El chico sacudió la cabeza. ¿Después de todo, todavía se reducía a dinero? No podía haberlo leído así de mal… ¿o sí?

—Tengo mis propios problemas que resolver —masculló Han, mirando de regreso hacia las estrellas.

Leia había sido tomada desprevenida por su respuesta. Si Luke había pensado que ella estaba enojada antes, no era nada comparado con ahora. Su voz era más fría que el helado vacío del espacio.

—No necesitas preocuparte por tu recompensa. ¡Si el dinero es todo lo que amas, entonces eso es lo que recibirás!

Ese era el problema, ¿o no? Luke sabía que Han amaba sus créditos, pero no eran lo único que amaba. El chico había visto una bondad verdadera en él. O, eh, al menos potencial de bondad cuando no estaba distraído por pensamientos de su cuenta crediticia.

La sonrisa de suficiencia de Han se cayó, sólo por un segundo, cuando Leia se volvió y avanzó hacia la puerta de la cabina.

—Tu amigo es un verdadero mercenario —dijo a Luke, con tanto volumen como para asegurarse de que Han la escuchara—. Me pregunto si realmente le importa algo… o alguien.

—A mí me importa —le dijo Luke, sin convicción.

—Bien, muchacho —dijo Han con una sonrisa entre dientes.

Luke se sonrojó mientras tomaba el asiento de copiloto vacío de Chewbacca. Podía contar las chicas de su edad que había conocido en Tatooine con una sola mano, y todas tenían pareja. Ya era bastante difícil averiguar qué decirle a una chica sin que ella fuera, además, una de las personas más impresionantes en la galaxia entera.

Tratando de sonar trivial, Luke preguntó:

—¿Qué piensas de ella?

Han levantó una ceja.

—Estoy tratando de no hacerlo, muchacho.

—Bien —masculló Luke.

—Sin embargo…, tiene mucho espíritu —dijo Han—. No sé, ¿tú crees que una princesa y un tipo como yo…?

—No.

Luke se dio cuenta de su error al mirar hacia arriba, por debajo de su flequillo, y encontrar esa sonrisa burlona en el rostro de Han. El contrabandista seguía riendo cuando empujó hacia delante la palanca que estaba frente a él, enviando la nave hacia el hiperespacio a toda velocidad.

CAPÍTULO QUINCE



La cuarta luna que orbitaba el planeta Yavin parecía sacada de un libro de cuentos que la tía Beru solía leerle a Luke en voz alta. En aquel entonces, no era más alto que R2 y como nunca había visto nada más allá de las relucientes dunas fuera de su ventana, no podía imaginar cómo era un árbol. Su tía tenía un corazón blando, amable, comparado con el de su tío Owen, que estaba ya endurecido y dañado por años de desilusiones. Un día, cuando el tío Owen estaba en Mos Eisley por negocios, su tía lo llevó a Anchorhead, el pueblo de avanzada más cercano, para usar la conexión de la holored que había ahí. Proyectó imágenes de bosques, ríos y océanos para que él se maravillara. Las imágenes tridimensionales habían flotado en el espacio frente a él, pero no se sentían reales; no pudo tocarlas ni olerlas.

Al pensar en sus tíos, sintó una punzada de dolor en el corazón. Cada vez que Luke cerraba los ojos, podía ver lo que los stormtroopers le habían hecho a su familia y a su finca cuando fueron a buscar los droides. Creía honestamente lo que le dijo a Leia; no lo había dicho para hacerla sentir mejor o para aliviar su culpa, al saber que ella también estaba sufriendo por una pérdida. Él siempre creería que las únicas personas responsables fueron los soldados del Imperio.

Sin embargo, Luke estaba seguro de que nunca olvidaría la sensación nauseabunda de pavor que lo inundó mientras se dirigía, desde la casa de Ben hacia la suya, en su deslizador terrestre. Una parte de él sabía que llegaría tarde, pero mantuvo la esperanza. «Sólo déjame llegar a tiempo. Que sea la granja de alguien más. Que estén bien…». La monstruosa nube de humo que subía desde el cascarón calcinado de su hogar era visible a kilómetros, una baliza negra que contrastaba con el cielo. «Demasiado tarde». Luke odiaba esas palabras, pero era demasiado tarde. No hubo nada que hacer más que enterrar a las personas que lo habían criado.

Leia volteó a verlo, como si percibiera sus pensamientos. Sin decir palabra, deslizó su mano hacia la de él y le dio un apretón. El pequeño gesto fue reconfortante, pero no tranquilizó su mente ni le ayudó a romper el ciclo de sus pensamientos.

En los momentos raros, cuando no deseaba haber estado en casa y poder proteger a su familia, recordaba lo que dijo Ben: también lo habrían matado a él. Eso no aliviaba el punzante dolor en su pecho, pero sí lo hacía más decidido que nunca a aprovechar al máximo su oportunidad de destruir el Imperio y todo lo que representaba. Pero antes…, la Rebelión tendría que aceptarlo. Y eso no estaba totalmente garantizado.

El *Halcón* descendió a través de las suaves y ligeras nubes que al abrirse, revelaron un sinfín de kilómetros de abundante verde intenso. Era un color que Luke no había visto

nunca en su vida, ni siquiera en ropa. Los árboles eran tan gruesos y estaban tan amontonados que Luke no podía ver el suelo a través de sus hojas.

Por un horrible y vergonzoso momento, Luke no consiguió encontrar una palabra para describirlo. Entonces Han lo rescató.

—Selva —gruñó Han—. Espero que todos hayan empacado su repelente de moscos.

—Ahí. —Leia se inclinó entre Chewbacca y Han, señaló un puesto de vigía plateado y al soldado uniformado en guardia—. Estarán en los templos, poco más allá de ese lugar…, ¿ven?

Estaban tan concentrados en las imponentes pirámides de roca oscura que acababan de hacerse visibles que no vieron la franja roja que salía de un cañón escondido entre los árboles. Todos, excepto Han, fueron lanzados de sus asientos. Luke se levantó y volteó a la ventanilla. ¿De verdad estaban disparando al *Halcón*? ¡Hasta ahí habían llegado las presentaciones suaves!

—¡Qué amigos tan amables tiene, su excelentísima! —dijo Han enfadado, mientras alcanzaba su comunicador. Leia lo alcanzó antes y ajustó la frecuencia hasta que encontró la que buscaba.

—Habla… —Leia hizo un pausa; un mirada de tristeza profunda invadió sus rasgos. Luke se inclinó hacia delante y colocó la mano sobre su hombro, pero lo confundió la expresión de ella. Leia luchó para encontrar las palabras—. Leia Organa. Clave de autorización: delta-alfa-ni-cinco-cinco. Solicitando permiso para aterrizar.

Hubo un instante de silencio que hizo que las manos de Luke se apretaran en los descansabrazos de su asiento. Entonces estallaron gritos de alegría en la radio; el sonido era demasiado alto y alborotado como para distinguir lo que cualquiera de ellos estaba tratando de decir. Su creciente emoción se registraba como un zumbido en los oídos de Luke.

—Autorizado. —La voz que respondió era profunda y grave—. Utilice la plataforma de aterrizaje cerca del templo del Este. Los remolcaremos hacia adentro del hangar.

—No será necesario —dijo Han a todo volumen—. No nos quedaremos.

«¿En serio?», pensó Luke, frotándose el rostro con las manos. ¿Han ni siquiera consideraba la idea de pasar unas cuantas horas antes de irse? Quizá…, quizá tan sólo no entendía por qué estaban peleando. Compartió una mirada exasperada con Leia, mientras ella hablaba con el capitán a través del comunicador.

Había tiempo para trabajar con Han y hacerle ver cuán importante podía ser en la lucha. Pero primero…

Luke se inclinó hacia la ventanilla y apoyó los brazos sobre el respaldo del asiento de Chewbacca. Intentaba absorber, en una sola bocanada, la selva, los templos, las señales de generadores de energía y las defensas láser.

El chico se mordió los labios en un intento por no quedar en evidencia y hacerle a Leia un millón de preguntas a la vez. Sobre todo ahora que se había quedado callada y parecía perdida en sus pensamientos. Claro. Para ella, ese entorno era normal, ¿o no? Estaba acostumbrada a estar en medio de la lucha. A Luke le costaría trabajo ocultar qué

tan novato era en realidad. Los líderes de la Rebelión jamás lo dejarían volar si supieran cuán pequeño había sido su mundo un día antes.

«Mantén la calma», se ordenó a sí mismo, reclinándose en su asiento. «No pienses en que probablemente preferirán a alguien mayor, con más horas de vuelo en su haber. Alguien como… Han». Quien todavía estaba actuando como si no le importara que todo el mundo en la Rebelión viviera o muriera, en tanto que él recibiera sus créditos. Luke dejó que su frustración se elevara antes de aniquilarla. Era tan buen piloto como Han. Sólo necesitaba una oportunidad para demostrarlo.

El *Halcón* se acomodó con suavidad sobre un terreno lodoso y despejado de vegetación. La nave quedó hundida unos pocos centímetros. Leia esperó sólo el tiempo suficiente para que Han y Chewbacca comenzaran el procedimiento de apagado antes de levantarse, arreglar su cabello y vestido, y dirigirse hacia atrás con los droides.

Luke se levantó y la siguió hacia atrás por la nave, en dirección de la escotilla.

—Este lugar es otra cosa por completo.

—A la Rebelión le gusta usar estructuras preexistentes en planetas remotos. Somos más difíciles de rastrear si podemos recoger e irnos en cualquier momento —explicó Leia, recargada sobre la puerta de la escotilla—. Estos templos fueron construidos por la raza massassi hace miles de años, y todavía están de pie. Difícil de creer.

Difícil de creer era correcto. La mayoría de las estructuras en Tatooine duraban sólo unos cuantos años antes de que se las tragaran las dunas o las destruyeran las tormentas de arena. ¿Había visto alguna vez algo tan viejo?

Han y Chewbacca interrumpieron la siguiente pregunta de Luke, al bajar del corredor de la nave.

—Muy bien, terminemos con esto —dijo Han, revisando las correas en su funda—. Parece que hay un bonito comité de bienvenida saliendo a recibirnos.

Leia puso las manos sobre su cadera.

—¿Es por eso que estás verificando que tu bláster esté cargado? ¿Por qué no esperas aquí? Haré que te traigan el dinero aquí afuera. De esa manera no tienes que desperdiciar más de tu preciado tiempo en nuestra causa perdida.

Luke se sorprendió de ver que Han volteara a verlo, frunciendo el ceño, antes de responder:

—Me gustaría revisar el lugar y asegurarme… Bueno, quiero decir, ¿no puede un tipo proteger su inversión? Quiero ver lo del dinero yo mismo.

—Está bien. Cualquier cosa, para hacer que te muevas más rápido —dijo Leia, golpeando el botón de la escotilla. Por un momento, Luke tuvo miedo de que saltara hacia el lodo sólo para alejarse del capitán, en lugar de esperar a que la rampa de abordaje se desplegara.

—¿Hemos llegado, amo Luke? —3PO se acercó detrás de él; R2 repitió la pregunta en un patrón bajo de pitidos.

—Seguro que sí —dijo Luke, poniendo una mano sobre la cabeza abovedada de R2 y volteando a ver al pequeño droide—. ¿No pensaron que lo lograrían, verdad?

—¡Puerto seguro al fin! —gritó 3PO.

—Sí…, ya veremos —masculló Han, indicando con la mano a Luke y a los droides que avanzaran—. Estos templos parecen estar a una ráfaga de desmoronarse y convertirse en polvo.

¿Y Han pensaba que Luke era demasiado crítico? Luke salió de la nave fresca y con temperatura controlada para toparse con un muro de humedad y calor. El aire realmente se le pegaba a la piel, le trepaba por los brazos y cuello como el grueso bejuco verde del templo. Para cuando llegó al final de la rampa, la túnica estaba completamente pegada a sus hombros y espalda, como si hubiera corrido un kilómetro bajo el ardiente sol.

—Te hace extrañar el calor seco de casa, ¿no? —dijo Han.

—No —dijo Luke—. Nunca extrañaría ese lugar. No, por nada.

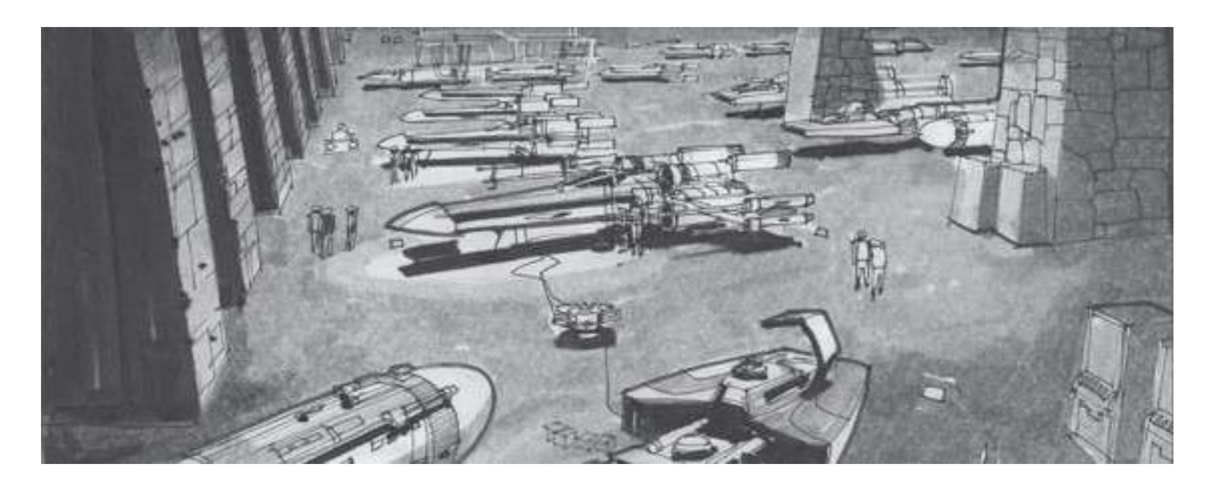
Dos speeders de transporte estaban estacionados a una distancia corta de la nave. Un hombre saltó fuera al ver a Leia avanzando hacia ellos.

—¡Su alteza! ¡Gracias al cielo!

—Es un gusto verlo —dijo Leia, cuando Luke y los demás la habían alcanzado—, pero el tiempo apremia. Necesitamos descargar la información de este droide astromecánico. ¿Dónde está el Comandante Willard?

—La está esperando en el Gran Templo.

El segundo speeder de transporte se sacudió ligeramente bajo el peso combinado de todos, pero lograron apretarse. Encajado entre Han y la montaña peluda que era Chewbacca, Luke tenía que inclinarse muy atrás para ver la selva mientras pasaba de largo en tonalidades exuberantes de verde. Había flores de todos los colores colgando de los árboles y alfombrando el suelo. Cada una de ellas parecía esforzarse para salir de la sombra de los árboles, hacia la luz solar que se filtraba a través del follaje frondoso. Se escuchaba el chirrido de insectos y…, ¡oh, vaya, pájaros! Aves que cantaban en vez de pizcar carcasas de banthas viejos. ¿Había otros animales en los árboles? Luke tenía la inquietante sensación de que los estaban observando, pero podrían haber sido sólo los guardias apostados en las plataformas que se asomaban sobre la selva.



En lugar de detenerse en la base de las escaleras derruidas que conducían hacia el Gran Templo, su guía los llevó por la parte de atrás, donde habían instalado una larga puerta de hangar. Luke se deslizó en el asiento y cruzó los brazos sobre su pecho para esconder las manos temblorosas. «Mantén la calma… Mantén la calma…».

El calor húmedo era igual de asfixiante adentro que afuera del hangar, pero adentro había mucho más con que distraerse. Llovían chispas desde las naves caza mientras los técnicos trabajaban en ellas. Pilotos deambulaban en overoles anaranjados. Había droides por todos lados. Entre el ruido metálico de los martillazos para darles a las naves su forma original y el rugido de las pruebas de los motores, Luke no podía escucharse pensar. El penetrante olor a aceite y combustible le llenaba los pulmones.

Estaba encantado.

Eso era todo lo que se había imaginado, y sin embargo, de algún modo era más. Ahora Luke tenía que mantener los brazos cruzados sobre el pecho sólo para no echarse a correr hacia el grupo de hombres y mujeres en overoles anaranjados, zigzagueando entre las imponentes naves caza. Eran máquinas increíbles, y los golpes sufridos en batallas pasadas sólo las hacían más hermosas ante sus ojos.

«Esa», pensó, pasando al lado de una nave con cuerpo largo y cuatro cañones láser montados en cada ala. «Esa va a ser mía».

Ben tenía razón. Tenía que haber algún tipo de fuerza más grande trabajando, guiando su vida. Porque si se hubiera marchado e ingresado a la Academia, no estaría ahí, donde ahora estaba. Eso se sentía como algo correcto.

—Bonita colección de tecnología la que tienes aquí, princesa —dijo Han—. ¿Alguna cosa que no haya sido construida antes de que nacieras?

Leia pivotó sobre sus talones. Sus ojos otra vez destellaban mientras se acercaba a Han. Luke no podía creer lo que acababa de oír, y volteó para enfrentarlo. ¿Estaba ciego? ¡Este lugar era increíble! La energía en el hangar por sí sola podría haber alimentado a una flota entera.

—Te das tanto valor a ti mismo y a ese trozo de chatarra que llamas nave que jamás comprenderás que cada una de nuestras victorias se debe a los corazones de nuestros pilotos y su soporte en tierra —dijo Leia, con una voz helada. Han le sacaba medio cuerpo de altura, pero en todo caso ella podría haber estado mirando para abajo a un destructor estelar. De alguna manera se hacía grande, así era de aterradora.

Han la miró anonadado.

—Si todo lo que tienes para enfrentar a una estación de combate destruye-planetas es un manojo de sensibleros, lo tienes más difícil de lo que pensaba.

—¡Leia! ¡Princesa Leia!

Cualquiera que fuera la respuesta en la punta de la lengua de Leia, se desvaneció cuando escuchó su nombre. Un hombre de cabello canoso se acercó corriendo; su abrigo canela volaba tras de él. Luke echó una mirada sigilosa al hombre, tratando de averiguar su rango. Leia solucionó esa duda.

—¡Comandante Willard! —Ella lo abrazó con fuerza. Durante un instante, el hombre pareció abrumado por la emoción.

—Cuando escuchamos sobre Alderaan, temimos que… la hubiéramos perdido, junto con su padre —dijo él—. ¿Cómo se siente?

—No hay tiempo para melancolías, comandante —dijo Leia, apartándose del círculo de sus brazos—. No tengo duda alguna de que el Imperio nos rastreó hasta aquí.

Él asintió con la cabeza con gravedad, mientras miraba a Han, Chewbacca y Luke.

—¿Viene el General Kenobi con usted? Su padre mencionó que lo buscaría después de interceptar los planos.

Luke miró hacia abajo, a las puntas de sus botas salpicadas de lodo y tragó algo duro y doloroso. ¿Siempre iba a ser así? ¿Alguien tan sólo diría el nombre de Ben, y eso se sentiría como un nudo en la garganta?

Han le puso una mano en el hombro y le dio un apretón. Luke apenas lo sintió.

«Él también debería estar aquí», pensó Luke, mirando otra vez a su alrededor. A Ben le hubiera emocionado ver a todos trabajando juntos. A quien realmente necesitaban era él, no a un novato joven que se deslumbra al ver droides de mantenimiento.

—El General Kenobi fue asesinado, comandante —dijo Leia, mirando a Luke—. Sacrificó su vida valientemente para que pudiéramos escapar de la Estrella de la Muerte.

Chewbacca hizo un pequeño sonido lúgubre.

—¿La Estrella de la Muerte? —repitió el Comandante Willard—. ¿La detuvieron ahí?

Ella asintió con la cabeza.

—Podemos darle informes de lo que vimos adentro, pero lo importante es que las lecturas técnicas están en esta unidad R2. Necesitamos que los técnicos las descarguen para que podamos empezar a analizarlas de inmediato. Puede ser nuestra única oportunidad de defendernos cuando la Estrella de la Muerte entre a la órbita de Yavin 4.

Era como si Leia hubiera dejado caer al Comandante Willard en medio de una tormenta de arena; de repente se veía muy perdido y más que sólo un poco asustado. Luke habría sentido lástima por él si no hubiera sido tan obvio que no estaban preparados. Sí, tenían naves. Y, al parecer, también pilotos. Parecía que lo único que les faltaba era fe.

—Estamos muy mal preparados para el combate, su alteza. ¿Quizá mejor deberíamos evacuar? —El Comandante Willard hizo señas a dos técnicos cercanos, y les dijo—: Tengan… Lleven a este droide al centro de mando y descarguen la información que tiene acerca de la Estrella de la Muerte.

Las dos mujeres acompañaron al droide, mientras el Comandante Willard condujo al grupo más adentro del templo. A Luke lo venían empujando decenas de rebeldes que recorrían el pasillo, todos con mucha prisa por llegar a algún lado. Quería ir a donde iban. Quería ponerse a trabajar y dejar de estar por ahí, discutiendo.

—No hay tiempo —dijo Leia—. Comandante, si fallamos en detener a la Estrella de la Muerte ahora, otros planetas serán aniquilados.

—Eso lo entiendo, pero nos faltan pilotos, entrenados o no.

Leia miró directo a Luke.

—Bueno, al menos tiene uno más aquí mismo —dijo ella, señalándolo.

Luke estaba atónito de cuán rápido había surgido el tema, casi se ahoga en su saliva. Prácticamente gritó:

—¡Sí! ¡Yo puedo volar!

—Una nave fumigadora, tal vez —se mofó Han—, ¿pero uno de estos cazas snub?

Luke volteó hacia Han, con una mirada fulminante. Entonces, ¿qué? ¿En la pelea contra los cazas TIE no había demostrado que podía manejarse en batalla? ¿O al menos que aprendía rápido? Luke sabía que la parte más difícil de subirse a la cabina sería convencer a todos los demás de que estaba listo para ello, pero por alguna razón esperaba que Han creyera en él.

Chewbacca golpeó a Han en el hombro, pero el capitán lo ignoró.

—Piensa rápido y tiene reflejos increíbles —insistió Leia—. Organizó mi rescate en un instante y… —Se volvió hacia Luke y continuó—: Nos llevaste al otro lado de ese puente sin pestañear, ¿te acuerdas?

Luke bajó la cabeza, tratando de esconder el rubor que se esparcía por su rostro. Cuando estaban en la Estrella de la Muerte, después de que fueron separados de Han, consiguió llevar a Leia sin rodeos hacia una especie de gran conducto de ventilación. El puente ya estaba retirado y los controles habían sido destrozados por un disparo de rifle láser, lo cual creaba una distancia considerable entre dos partes del conducto; era demasiada amplia para saltar. Luke enganchó un trozo de cuerda que llevaba en su cinturón de accesorios a una de las vigas, dijo una pequeña oración y se columpió junto con la princesa hacia el otro lado.

—No habríamos podido salir de la Estrella de la Muerte si Han y Chewbacca no hubieran estado ahí para ayudar —dijo Luke, frotando su nuca—. No lo hice solo.

—¿Han? —El Comandante Willard se veía confundido—. Oh…, el capitán aquí presente.

—Sí —dijo Han—. El capitán. Es un auténtico placer conocerlo a usted y a todos, pero me voy a saltar esta historia hasta el final. Luke y ese General Kenobi me contrataron para transportarlos a Alderaan y se me prometió una recompensa por traerlos a todos aquí. No tengo ningún interés en su revolución, sólo en recibir lo que se me debe. Creo que el monto era diecisiete mil créditos.

El Comandante Willard empalideció.

—¡Han! —Luke podría haberlo estrangulado por ser tan grosero. ¿En serio era incapaz de esperar unas horas para sacar el tema del dinero?

—No tenemos esa cantidad de dinero por aquí —dijo el Comandante Willard—. Y esto es… necesitamos cada centavo para mantener nuestras operaciones.

—Estoy dispuesto a aceptar el equivalente en metales preciosos si suman esa cantidad de créditos —dijo Han, cruzándose de brazos—. Vamos, amigo, no quieres que se corra la voz de que la Rebelión no puede pagar sus deudas, ¿o sí? Nadie estaría dispuesto a hacer negocios con ustedes.

—Lo tenemos, pero… —El Comandante Willard miró a Leia otra vez, claramente confundido. Si Luke tuviera que adivinar, diría que el comandante había estado esperando a un aliado, a otro recluta. El chico estaba sorprendido de cuán amarga le sabía su propia decepción; una parte suya tenía la esperanza de que Han cambiara de opinión cuando viera contra qué se enfrentaban los Rebeldes.

Sin embargo, todavía había tiempo de intentar convencerlo.

Luke no pudo entender ni una palabra de lo que Chewbacca le dijo a Han a continuación, pero el último día este le había enseñado a leer el estado de ánimo del wookiee por su tono y su expresión. Y Luke pensó que podría tener a un aliado en el copiloto de Han.

—Denle lo que quiera —dijo Leia con rigidez. La mirada que le echó a Han podría haber incinerado la mitad de la Estrella de la Muerte—. Mientras más pronto cobre, más pronto se irá.

Eso era precisamente lo que Luke temía.

CAPÍTULO DIECISÉIS



La verdad es que Luke no esperaba que le asignaran así nada más uno de sus cazas X-Wing (los llamaban así por la forma en que sus alas estaban situadas a cada lado de la cabina), pero tampoco esperaba una prueba con todo rigor.

—¿Dijiste que tenías algo de experiencia como piloto? —El técnico que acompañaba a Luke parecía molesto por tener que interrumpir su trabajo. Ni siquiera se molestó en limpiar la grasa de su cara antes de encaminarse con las órdenes del Comandante Willard.

—Algo —dijo Luke. Su skyhopper T-16 ni se aproximaba al tamaño de un X-Wing ni estaba la mitad de bien equipado. Pero podría arreglárselas. Eso esperaba. Tal vez.

«Sí», pensó, forzándose a enderezarse. «Sí, tú puedes arreglártelas. No es nada. Sólo intentalo».

—Eh, bueno, estamos enviando a pilotos que apenas saben utilizar la palanca de mando para dirigir, así que tú no puedes ser un caso perdido.

Eso no era… nada reconfortante. Luke se limpió el sudor acumulado en la nuca. Tal vez Han tenía razón y la situación era mucho más desesperada de lo que Luke había pensado.

—¿Tú me harás la prueba? —preguntó Luke.

—No, yo sólo la preparo. Pero uno del Escuadrón Rojo, sí. Esos son los pilotos de los X-Wing, un manojo de impulsivos y rápidos para disparar. Vendrá para acá y supervisará tu prueba.

Luke asintió con la cabeza, con sus nervios trinando dentro de su estómago. Necesitaba controlarse.

El simulador estaba escondido en uno de los rincones lejanos del hangar. Parecía como si hubieran sacado el interior de una cabina de X-Wing, de su caparazón, y lo hubieran conectado a un monitor grande. El corazón de Luke estaba a punto de saltar fuera de su pecho por la emoción de verlo. Al lado, en la pared, colgaba una tabla con una lista de nombres. «Los pilotos y sus puntuaciones en el simulador», supuso Luke.

Ahí cerca, había una mesita con una computadora. Un hombre de cabello oscuro, vestido con un arrugado overol anaranjado, estaba doblado sobre la mesa, estudiando algo en la pantalla.

—¡Wedge! —gritó el técnico—. Aquí está tu nuevo recluta.

Cuando el piloto dio la vuelta, Luke se detuvo en seco. Estaba penosamente consciente de lo joven que era comparado con los pilotos de mediana edad que deambulaban entre las naves, mirándolo al pasar. ¡Pero este piloto se veía aún más joven que él!

Apareció una sonrisa a lo largo del rostro de Wedge, al tiempo que extendía su mano hacia Luke.

—Wedge Antilles. ¡Gusto en conocerte!

Luke recordó medio segundo más tarde que se suponía debía estrechar la mano del piloto.

—Luke Skywalker.

—¡Buena suerte! —dijo el técnico a Luke, sin molestarse en ofrecer algunas palabras de sabiduría antes de salir disparado de regreso a sus reparaciones.

—Entonces…, ¿cuál es el truco aquí? —preguntó Luke, pasando la mano en la parte trasera del asiento del simulador—. ¿Cómo apruebo?

—Ansioso de elevarte hacia las estrellas, ¿eh? Conozco ese sentimiento. —Luke no dudaba ni un segundo que Wedge lo conocía. Se sentía más relajado, pero no podía quitar los ojos de la máquina.

—El simulador está en modalidad de combate. No existe esto de «aprobar», no exactamente —dijo Wedge, reclinándose hacia la mesa—. Esta computadora medirá cosas como tu tiempo de respuesta, tu precisión de disparo y, ya sabes, cuánto tiempo logras permanecer en la batalla antes de ser derribado.

—No voy a ser derribado —le dijo Luke, cruzando los brazos sobre su pecho.

Wedge se rio.

—Muy bien. Me gusta tu actitud. Vamos a prepararte.

Luke prácticamente saltó al asiento de la cabina, sin importarle un segundo lo que Wedge pensara. Se acomodó en el viejo asiento de cuero agrietado y respiró profundo mientras se abrochaba el cinturón.

—Eh…, no necesitas hacer eso —dijo Wedge—. No vas a dejar el suelo. Todo es una simulación.

—Quiero que se sienta tan real como sea posible. —Esa era la única forma de realmente probar que estaba listo.

—Como tú digas. —El piloto le entregó un gran casco blanco con una visera amarilla y calcomanías de la Alianza por todas partes—. Esto canalizará los sonidos. Una advertencia nada más: una batalla real es casi cien veces más ruidosa.

—Entendido. —Luke deslizó el casco en su cabeza, ajustando el barboquejo. Las manos ahora le temblaban un poco mientras ajustaba torpemente el broche. Todo dependía de esta prueba. Si fracasaba…, bueno, Luke se rehusaba a estar confinado a permanecer en el suelo por siempre. Pero no le ayudaría a la Rebelión si tenía que quedarse fuera de esta batalla, aguardando para ser entrenado, con la esperanza de que la Estrella de la Muerte no los hiciera polvo a todos.

Wedge se inclinó dentro del espacio estrecho de la cabina.

—Diriges con la palanca de mando. El interruptor de los torpedos de protones es el botón de hasta arriba, los láseres son…

—Ya lo tengo —advirtió Luke, indignado—. Sólo inicia la simulación.

Levantando las manos, Wedge se alejó y encendió la computadora. Luke respiró profundo, llenándose los pulmones de aire caliente con un toque de combustible. La pantalla frente a él titileó una, dos, tres veces… Entonces una batalla explotó a su alrededor.

Había cazas TIE chillando en sus oídos, zumbando por su pantalla. Eran tan veloces que Luke no podía seguirlos con los ojos. Y no se había percatado de que el simulador estaba preparado para sacudidas y movimientos sino hasta que recibió su primer impacto de fuego enemigo; la cabina lo agitó con tal fuerza que pensó que tal vez le había zafado el cerebro. Las fuerzas gravitacionales simuladas hicieron que, mientras su nave avanzaba fuera del camino, sus huesos se sintieran estirados bajo su piel. Llevó la palanca de mando hacia abajo; el pánico lo sujetó por la garganta y lo apretó. El simulador hacía que el vuelo en picada se sintiera real. El estómago de Luke se revolvió por la inmediatez, pero no pudo concentrarse mucho en la sensación. Un caza TIE apareció en la pantalla y, antes de que pudiera reaccionar, se estrelló directo contra él. Una bola de fuego se sobrepuso a la imagen del espacio, sólo para ser reemplazada por la oscuridad y dos palabras: «FIN DE LA SIMULACIÓN».

La frase quemaba más que cualquier sol. Luke se reclinó otra vez, atónito y asqueado ante la manera tan bárbara con que había destruido su oportunidad. Literalmente.

—¡Al menos te llevaste una nave imperial cuando te fuiste! —dijo Wedge jovialmente. Y se inclinó en la cabina otra vez.

—No…, no lo tenía —dijo Luke. ¿Qué tan estúpido podía ser para pensar que siquiera sería parecido a los vuelos que había hecho en casa? El T-16 parecía un juguete en comparación con esto. Iba a vomitar. Realmente lo iba a hacer.

Wedge no se rio.

—Oye, Luke, todo está bien…

—¡Quiero esto! —interrumpió Luke, odiando la desesperación que escuchaba en su voz—. Quiero esto más que cualquier otra cosa. He querido esto desde que tengo memoria, ¿pero ni siquiera puedo lograrlo por diez segundos?

—Oye, lo lograste por treinta segundos —señaló Wedge—. Eso no es nada desdeñable, créeme. La primera vez que probé este simulador, me derribaron en menos de diez.

—¿En serio? —Luke no podía creerlo. ¡El nombre de Wedge estaba hasta arriba en la tabla de puntuación!—. ¿Entonces cómo…?

—Practiqué y escuché los consejos de los veteranos. Hace rato tú no me dejaste terminar —explicó Wedge—. Te iba a guiar por los diferentes controles y sistemas. Estás ansioso. Lo entiendo. Pero nadie aquí espera que hayas volado algo tan complejo como un X-Wing. No es tan difícil una vez que agarras el modo, pero tienes que darte unos minutos para hacerlo, ¿está bien?

Luke asintió con la cabeza, sintiendo una nueva ola de vergüenza.

—Lo siento…, por hace rato, me refiero a… Debí haber escuchado.

Había comprobado que todos los comentarios petulantes de Han que hacían menos sus habilidades de vuelo eran ciertos. Y eso ardía un poco más de lo que quería admitir. Era difícil no sentirse un poco tonto.

Wedge descartó el comentario con un gesto de su mano.

—No hay nada de qué disculparse. Es algo que todos aprendemos. Yo creo que vas a ser un piloto asombroso, en serio. La mitad de lo que se necesita es confianza, así que no pierdas lo que ya tienes. Borremos esos resultados y volvamos a empezar, ¿está bien?

Esta vez, Luke se tragó la ansiedad y el orgullo, y puso atención mientras Wedge le explicaba todos los controles, la mitad de los cuales ni siquiera había visto en su alboroto por mantener a la X-Wing en el aire. Hizo preguntas y se concentró cuando Wedge explicaba leves variaciones en los propulsores, así como la diferencia entre depender de uno para volar y ceder los controles al droide astromecánico que iba en la parte trasera de la nave para que el piloto pudiera concentrarse en disparar.

—Seré honesto contigo —dijo Wedge—. Los droides suelen tener un mejor tiempo de respuesta con maniobras evasivas, pero a veces los instintos son lo único que te mantiene volando.

Luke asintió con la cabeza, apretando su mandíbula mientras absorbía la información. Miró los controles de nuevo, y comenzó a hacer conexiones con los más simples, que había usado cientos de veces en su T-16. A fin de cuentas, las naves no eran tan diferentes. Por fin se estaba sintiendo motivado, no abrumado, ante la movilidad y la potencia de fuego adicionales del X-Wing.

—¿Ves? —dijo Wedge—. ¡Sí sabes de naves! ¿Puedo darte un último y pequeño consejo?

—¡Sí! —dijo Luke—. Por favor.

Wedge recargó sus brazos en el borde de la cabina.

—El tiempo que dures en la pelea le importa menos al Comandante Willard que las lecturas y los resultados que reciba acerca de qué tan tranquilo y sereno estabas. El simulador está diseñado para que sea imposible de vencer. Se supone que te cueste trabajo y que te derriben. En una batalla real, tienes a un escuadrón entero respaldándote. Pero la única forma de mejorar como piloto es confrontándote constantemente contra lo imposible y empujarte hasta el límite. Todos nosotros usamos el simulador para lograr eso justamente. Así que sólo concéntrate en mantenerte sereno y confiar en tus instintos, ¿está bien?

«Confía en tus instintos». Luke repasó las palabras una y otra vez en su cabeza. Ben le había dicho lo mismo mientras lo entrenaba con el sable de luz.

Buscó esa sensación de calma que había obtenido en el *Halcón Milenario,* mientras escuchaba la voz musical de Ben contarle acerca de la Fuerza, cómo no lo abandonaría y cómo siempre podría confiar en ella. Al usar la espada, simplemente había hecho *clic* desde ese punto en adelante. Si lograba encontrar ese punto otra vez, Luke pensaba que podría aguantar en el simulador más que sólo unos minutos.

—Está bien —dijo—. Creo que estoy listo para intentarlo de nuevo.

—¡Bien! —Wedge fue hacia la computadora y tecleó algo en ella. De pronto, le lanzó a Luke una señal de aprobación con los pulgares. Cuando estuvo listo, Luke se la regresó.

Podía hacerlo.

No iba a dejar que su sueño ardiera en llamas.

El simulador comenzó nuevamente la serie de titileos, una cuenta regresiva hacia el caos. Esta vez Luke estaba preparado para lo que había visto. En el momento en que la batalla apareció, encendió su pantalla de objetivo y se puso a trabajar.

«Usa la Fuerza». La voz de Ben susurraba en su oído. «Búscala».

Luke no sabía si eso era lo que estaba haciendo, pero sintió cómo se aflojaba el puño que antes apretaba con demasiada tensión la palanca de mando; algo cálido lo llenó en su centro. Estaba consciente de que apuntaba y disparaba. En algún punto debió haber cambiado el control de la nave a manual, porque estaba rotando la palanca cada vez más rápido, zumbando hacia adentro y hacia afuera de explosiones y grupos de naves imperiales. Eludirlos era tan fácil como evadir los bordes afilados y las vueltas mortales en el Cañón del Mendigo. La cabina se sacudió alrededor al recibir unos disparos, pero el chico giró la nave; una sensación de euforia, de total liviandad, lo elevó cada vez más y más y más alto hasta que se sintió casi mareado. Era como se había sentido la primera vez que atravesó exitosamente el huso de roca, la Aguja de Piedra, allá en el Cañón del Mendigo. Hizo *clic* en el momento.

Demasiado rápido, vio cómo habían manipulado el simulador en contra del usuario. Por cada caza TIE que derribaba, aparecían otros dos. En poco tiempo se convirtió en un asunto de números. Ni siquiera el piloto más hábil podría haber durado mucho contra cuarenta naves enemigas. «FIN DE LA SIMULACIÓN».

La adrenalina dejó su sangre tamborileando en sus venas incluso después de que se había quitado el casco y reclinado. Estaba ligeramente consciente del sonido a su izquierda: aplausos. Wedge y otros tres pilotos en overoles anaranjados estaban ululando y echándole porras.

—¡Increíble! —dijo uno de ellos, ayudando a Luke a salir de la cabina—. ¡Batiste la marca de Wedge!

Luke volvió a sonrojarse.

—¿Lo siento…?

—¡No lo sientas! —dijo Wedge—. ¡Estrellas!, estoy contento de que estés de nuestro lado. ¿Qué te dije? ¡Tienes talento nato!

Su cuerpo estaba temblando un poco, recuperándose del esfuerzo al que lo habían expuesto con el ritmo del simulador. La fatiga se sentía, extrañamente, bien; significaba que había hecho algo bien y se había agotado en el proceso.

—Sólo lo logré porque tú me ayudaste —respondió.

—Cuando escribas tu autobiografía asegúrate de incluir esto, ¿está bien? «¡Le debo todo a Wedge Antilles!». —Wedge y los demás pilotos se rieron. Uno de ellos escribió el nombre de Luke hasta arriba de la tabla de marcas, y Luke sintió que el orgullo lo inundaba.

Pero no se permitiría a sí mismo festejar todavía. Estrujó sus manos frente a él, mirando entre los rostros.

—¿Creen que aprobé?

Uno de los pilotos más viejos, de cabello salpicado de gris, miró a Luke, con sus ojos brillando.

—El Comandante Willard revisará los resultados, pero creo que es necesario que comencemos a probarte overoles. Es decir, si todavía quieres unirte a nuestro escuadrón.

Luke sintió que su corazón podría estallar en su pecho. Mantuvo sus brazos presionados fuertemente contra sus costados para detenerse a sí mismo de arrojarlos alrededor del otro piloto.

—No hay nada que desee más.

CAPÍTULO DIECISIETE



Entre obtener oficialmente el visto bueno del Comandante Willard para volar y encontrar por sí mismo un traje de vuelo y un casco, no le dio tiempo a Luke para encontrar a Leia o a Han y darles la noticia. Los pilotos de ambos escuadrones, Rojo y Oro, fueron convocados al gran salón de guerra para una reunión informativa. Luke supuso que ya debían haber revisado las lecturas técnicas en el R2-D2, y se lo dijo a Wedge cuando entraban a la enorme área de conferencia.

Luke había sido educado en casa por su muy paciente tía, por lo tanto nunca antes había entrado a un salón de clases. Pero se imaginó que el cuarto de guerra estaba montado como lo estaría un auditorio. Hileras de asientos conducían hacia una gran pantalla electrónica en la pared, donde el Comandante Willard estaba junto a otro hombre a quien Luke no reconocía. Parecía muy formal, oficial de cierta forma; hacía que Luke caminara un poco más alto y echara los hombros hacia atrás. El chico sólo esperaba no sobresalir como novato tanto como él pensaba que lo hacía. En algunos momentos se sentía estudiado cuando un par de ojos nuevos volteaban a verlo.

«Sólo tengo que demostrarles mi valía también a ellos», pensó Luke.

—Ese es el General Dodonna —dijo Wedge, mientras conducía a Luke a través de una línea de pies y piernas para llegar a dos asientos vacíos en el centro de la hilera—. Es un estratega brillante. Fue tan bueno en su servicio al Imperio que lo eligieron para ser uno de los primeros capitanes de un destructor estelar.

—Entendido —dijo Luke. Y se le ocurrió otra idea—: ¿La mayoría de la Alianza estuvo en las fuerzas imperiales en algún momento?

Wedge apretó los labios.

—No todos. Algunos de nosotros nos unimos para corregir los males que nos causaron a nosotros o a la gente que amamos.

Luke dejó el tema en paz sabiendo que hurgar en cableado expuesto nunca consigue nada, excepto una descarga eléctrica y una quemadura. Examinó la estancia: sus oídos pescaban fragmentos de conversaciones tranquilas. Enderezó más la espalda cuando entraron Leia y un pequeño grupo de hombres mayores que tomaron asiento cerca de la pantalla de proyección. Luke trató de captar la atención de la princesa, pero estaba tan concentrada en su conversación con el caballero mayor de su derecha que no levantó la cabeza.

El murmullo se transformó en silencio cuando el General Dodonna subió a un pequeño podio y la pantalla tras él destelló a la vida. Proyectado a gran escala, abocetado en líneas, estaba el plano técnico de la Estrella de la Muerte.

—¡Caramba! —dijo Wedge—. ¿Esa cosa es tan grande como creo?

—Más grande —dijo Luke rápidamente. A veces tenía dificultades para asimilar cuán enorme era la estación de combate.

—Bienvenidos todos. Iré directo al grano —dijo el General Dodonna—. Analizamos los planos proporcionados por la Princesa Leia y creemos que hemos desarrollado una estrategia para destruir la estación de combate conocida como la Estrella de la Muerte.

Luke se inclinó hacia delante en su asiento, con las manos juntas. ¿Ya habían elaborado algo? Justo a tiempo, probablemente sí era correcta la teoría de Leia acerca de que la estación de combate los rastreó de regreso a la base de los Rebeldes.

—La Estrella de la Muerte está fuertemente blindada y lleva consigo una potencia de fuego superior a la mitad de la flota estelar. Sus defensas fueron diseñadas para resistir un ataque masivo por un ejército enemigo. Pero, si bien es fácil ver y detener la marea de una flota grande de cruceros y destructores, creemos que un caza unipersonal pequeño debería ser capaz de escurrirse a través de las defensas externas.

El líder del Escuadrón Oro se levantó lentamente.

—Discúlpeme por preguntar, señor, pero ¿de qué van a servir los cazas snub en contra de eso?

—Estoy llegando a ese tema —dijo el General Dodonna, pasando a la siguiente transparencia. El nuevo diagrama mostraba un corte transversal de la Estrella de la Muerte—. La aproximación no será fácil. Los pilotos necesitarán maniobrar directo por esta trinchera y volar sobre la superficie de la estación de combate hasta llegar a este punto.

«¿Qué punto?», se preguntaba Luke; aquello se veía como cualquier otra parte de la superficie.

—El blanco es de sólo dos metros de ancho —continuó Dodonna—. Es un pequeño puerto de escape térmico, justo debajo del puerto principal. El conducto lleva directamente al sistema del reactor. —La pantalla cambió, presentando una demostración de dos torpedos que entraban al conducto y volaban por su longitud completa, hasta un enorme reactor de energía en el centro de la Estrella de la Muerte—. Un disparo preciso iniciará una reacción en cadena en el núcleo, lo convertirá en una bomba y causará que la estación de combate implosione.

Hubo un momento de silencio antes de que la habitación estallara en gritos de incredulidad. El general continuó, impávido.

—Sólo un disparo preciso iniciará una reacción en cadena. El conducto está protegido por un escudo de rayos, así que tendrán que usar torpedos de protones.

Luke asintió con la cabeza, procesando la noticia con completo alivio. Así que había una posibilidad. Podía ser una oportunidad de sólo dos metros de ancho, pero una oportunidad al fin y al cabo. Ellos podían hacerlo.

—Eso es imposible, incluso para una computadora —dijo Wedge, sacudiendo la cabeza.

—No es imposible —dijo Luke, lo bastante fuerte como para que los demás lo escucharan. Los pilotos sentados a su alrededor voltearon en sus asientos, fijándose en él

con miradas que iban de lo curioso a lo confundido. Quizá no era la mejor forma de presentarse a sí mismo con el resto de la Rebelión, pero había cosas más importantes de qué preocuparse que lograr una buena primera impresión. Una actitud negativa mantendría a los pilotos anclados el tiempo suficiente para que el Imperio destruyera todo lo que habían formado—. Solía hacer diana en ratas womp con mi T-16 en casa. No son mucho más grandes que dos metros. Y no tenía ninguna clase de programa de objetivos. Podemos hacer eso.

—Bueno… Es mejor que unos cuantos centímetros, ¿cierto? —dijo Wedge. Los pilotos a su alrededor asintieron.

—¡Vamos! —dijo Luke, sonriendo—. Yo estaba haciendo eso cuando tenía trece años. Entre ustedes ya juntan décadas de experiencia, ¿cierto? ¡Demuéstrenlo!

Garven Dreis, el líder del Escuadrón Rojo, se rio.

—Eso es cierto. No podemos dejar que un muchacho nos ponga en ridículo, ¿o sí?

Luke se volvió hacia el General Dodonna, quien lo analizaba desde el frente de la estancia. A un lado del general, Leia sonreía con sus manos juntas frente a ella. El timbre de los murmullos alrededor de Luke cambió, elevándose en esa pequeña burbuja de optimismo.

—Nos llegaron reportes de que la Estrella de la Muerte entrará al sistema en los siguientes veinte minutos —dijo el General Dodonna—. Encárguense de sus naves y prepárense para despegar inmediatamente. ¡Buena suerte!

—Esa es nuestra señal —dijo Wedge, levantándose—. ¿Estás listo?

—Sí… —Luke buscó a Leia por encima de la cabeza de los otros pilotos, pero ya había salido de la habitación; ¿de regreso al centro de mando? Todavía había tiempo de buscarla para despedirse, pero el flujo de energía y cuerpos hacia afuera de la habitación lo estaba acarreando directo al hangar. Se dejó llevar, el zumbido de la ansiosa emoción de los demás alimentaba la suya. Luke casi estaba brincando en sus botas cuando se encontró con C-3PO y R2-D2.

—¡Amo Luke! —gritó el droide de protocolo—. ¿Es verdad que R2 lo acompañará?

—Si eso te parece bien R2 —dijo Luke, sonriendo. La cabeza del pequeño droide giró alrededor mientras chillaba; sus luces destellaban—. Tomaré eso como un sí.

Pero nada podría haber derribado el humor de Luke más rápido que ver a Han y a Chewbacca cargando cajas pequeñas en el *Halcón Milenario*. Su recompensa. El pago que la Rebelión apenas si podía permitirse perder. Mientras trabajaban, ignoraban todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, incluyendo las miradas de odio que los pilotos lanzaban en su dirección.

«Todas las tropas de vuelo, diríjanse a sus estaciones».

El anuncio se perdía bajo el bullicio y el ajetreo de los técnicos y los equipos de vuelo que iban de un lado a otro.

«Todas las tropas de vuelo, diríjanse a sus estaciones».

Luke se abrió paso a través de los trabajadores, esquivando las carretillas y los transportes, zigzagueando alrededor de él. Era estúpido sentirse tan destrozado ante la

idea de que Han se fuera, pero Luke ya había perdido a mucha gente en esos pocos días. El chico sólo había querido que su amigo viera lo mismo que él había visto.

—¿Así que recibiste tu recompensa y simplemente te irás? —gritó, tratando de mantener el dolor fuera de su voz. Nunca esperó que Han se quedara por él precisamente, pero ¿cómo podía irse viendo lo que enfrentaba la Rebelión?

—Así es, sí. Tengo unas viejas deudas que pagar con esto. Y aunque no fuera así, no crees que sería tan tonto como para quedarme por aquí, ¿o sí?

Luke sacudió la cabeza. No, Han no era ningún tonto. Si tan sólo pudiera dejar de ser tan egocéntrico, sería genial.

—Oye, ¿por qué no vienes con nosotros? —dijo Han—. Eres bastante bueno en una pelea. Podrías ser de ayuda.

Chewbacca apoyó esa declaración con un rugido entusiasta.

La frustración de Luke cambió súbitamente a ira.

—¡Pero por favor! ¿Por qué no echas un vistazo alrededor? Tú sabes lo que está por suceder, contra lo que se enfrentan. Les sería de ayuda un buen piloto como tú. ¡Les estás dando la espalda!

—¿De qué sirve una recompensa si no estás por ahí para usarla? —Han se encogió de hombros pero parecía estar mirando a todos lados menos a Luke—. Además, atacar a esa estación de combate no es mi idea de valentía. Es más como suicidio. ¿No te das cuenta? ¡Estás tirando tu vida por la borda por gente que acabas de conocer!

—Esto puede ser difícil de comprender para ti, pero yo creo en lo que están tratando de hacer. Estoy orgulloso de ser parte de ello, sin importar lo que suceda.

Luke esperó a que Han dijera algo, pero el capitán mantuvo la cabeza abajo, pasando cajas a Chewbacca de forma ininterrumpida.

—Está bien. —Luke lanzó su mano al aire. Tratar de hacer entender a Han era tan efectivo como tratar de caminar a través de una pared—. Bien, cuida de ti mismo, Han. Supongo que eso es lo que mejor haces, ¿no es así?

Se volvió para irse, pero la voz de Han lo detuvo:

—Oye, Luke… —dijo Han, con una leve sonrisa en su rostro—. Que la Fuerza te acompañe.

Aún cuando había una posibilidad real de que Han estuviera burlándose de él otra vez por involucrarse en las lecciones de Ben, Luke decidió tomar sus palabras como sinceras.

—Gracias. ¿Nos estamos viendo?

No había nada más que decir. Luke se dirigió hacia la hilera de X-Wing que estaban preparando para la batalla, y se sorprendió al ver un rostro conocido esperándolo ahí con R2-D2.

—¿Pensaste que te dejaría ir sin desearte buena suerte? —dijo Leia, con una sonrisa extraña—. Escuché que te fue asombrosamente bien en tu prueba.

Luke encontró, de repente, increíblemente interesante el suelo, mientras el calor inundaba sus mejillas.

—Supongo.

—¿Qué sucede?

Él suspiró.

—Uh, es sólo Han. No sé. Pensé que podía hacerlo cambiar de parecer.

Colocando una mano sobre su hombro, Leia dijo:

—Él tiene que seguir su propio camino. Nadie puede elegir por él.

Se paró de puntitas y besó a Luke en la mejilla.

—Ten un buen vuelo. Te veré cuando regreses.

Él logró sacar una pequeña sonrisa y dijo adiós con la mano mientras ella se iba para reunirse con el General Dodonna.

Luke respiró profundo, torciéndose para ir hacia arriba, a su nave.

—¿Luke? ¡Luke!

Él giró, buscando la fuente de la voz. No podía ser, no había forma…

Biggs Darklighter, su mejor amigo, venía apresurado desde el otro lado del hangar en su dirección. Estalló en una carcajada de emoción al ver a Luke mirándolo, pasmado.

—¡Luke! ¡No lo puedo creer! ¿Cómo llegaste aquí? Estaba patrullando…, espera, ¿irás con nosotros?

Luke aceptó su abrazo entusiasta y le correspondió con otro. ¡Debía haber sabido! Un poco antes de que la vida de Luke cambiara drásticamente, Biggs había hecho una visita sorpresa a Tatooine con la Academia Imperial, y pasó a ver a sus amigos en Anchorhead.

Luke no podía mentir: había estado celoso de Biggs cuando se escapó de Tatooine para ir a la Academia, pero el verlo en uniforme completo lo dejó sin habla: con más que una pequeña envidia. Biggs se había ido antes que él. Una parte de Luke había aceptado que así sería siempre entre ellos. Eran una pareja de amigos improbable. Todo mundo lo decía. Los Darklighter eran dueños de veinte granjas de humedad contra una del tío Owen. En su infancia, Biggs siempre había tenido lo mejor de lo mejor: ropa, deslizadores terrestres, un skyhopper nuevo cada vez que salía un nuevo modelo. Él nunca usó eso para presumírselo a Luke o para hacerlo sentir menos. Pero… Luke siempre sospechó cuán diferentes eran sus vidas. Y no fue sino hasta que Biggs se había ido y lo había dejado atrás para irse a la Academia, que se dio cuenta de cuán diferentes también eran sus futuros.

Pero en ese último viaje a Tatooine, Biggs apartó a Luke del pequeño grupo de amigos (Fixer, Camie, Deak y Windy) y le confesó algo: se iba a fugar de la Academia para unirse a la Rebelión. Luke no podía creer que no había juntado las piezas sino hasta este momento.

—Vaya, hombre, que si tengo unas historias para ti… —Luke había sonreído tan fuerte que todo su rostro le dolía. ¡Esto era increíble! De todas las personas que podía encontrarse…

Biggs dio un puñetazo en el hombro de Luke.

—Tengo que abordar. Escucha, me contarás tus historias cuando regresemos. ¿De acuerdo?

Biggs comenzó a trotar hacia un X-Wing cercano.

—¡Te dije que lo lograría algún día, Biggs! —le gritó Luke.

Su amigo levantó el brazo en el aire, repitiendo el triunfo que Luke sentía.

—Lo hiciste, muy bien. ¡Será como en los viejos tiempos!

Luke sujetó la escalera de su nave y comenzó el corto ascenso. Su corazón estaba como loco, como cada vez que el ala de su skyhopper se golpeaba al pasar por el estrecho cañón. El jefe de equipo tuvo que agitar su mano para llamar la atención de Luke.

—¡Tu unidad R2 está algo maltratada! —gritó el hombre, señalando hacia el droide, mientras el chico lo elevaba al enchufe, en la parte trasera de la nave—. ¿Quieres una nueva?

—¡De ninguna manera! —gritó en respuesta Luke, columpiando sus piernas hacia adentro de la cabina—. Este pequeño droide y yo hemos pasado por muchas cosas juntos. —Encendió el comunicador con el droide—. ¿Estás bien allá atrás, R2?

El silbido alegre que recibió como respuesta fue suficiente para hacerlo sonreír otra vez mientras se abrochaba el casco. Bajaron la cubierta de vidrio y metal sobre R2, y la sellaron en su sitio. Jugueteando con sus guantes de cuero grueso, Luke observaba los últimos respiros de actividad que había abajo. Mientras pasaba por la secuencia de encendido, una voz conocida, suave, suspiró en su oído: «Luke, la Fuerza estará contigo».

Casi se le sale el corazón por la sorpresa. Eso fue…, fue igual que en la Estrella de la Muerte. Fue la voz de Ben.

No. Su mente le estaba haciendo una jugada.

Luke se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Estaba sucediendo. Finalmente todo estaba sucediendo. Tenía a R2 a su espalda, tenía las lecciones de Wedge y ahora tenía a Biggs allá afuera, volando con él.

Estaba listo.

CAPÍTULO DIECIOCHO



Se lanzaron por la atmósfera, volando hacia el espacio en una formación cerrada. Los Y-Wing se dispersaron alrededor del escuadrón de Luke, mientras circundaban Yavin 4 para encontrarse cara a cara con la Estrella de la Muerte.

—¡Caramba!

Luke no podía decir cuál de los pilotos había dejado escapar su sorpresa, pero no lo culpaba. La primera vez que vio la estación de combate, sus tripas se habían hecho nudos pequeñitos. Ahora sólo sentía como si estuviera remontando el vuelo, y perseguía este sentimiento a toda velocidad. Volar el X-Wing no se parecía en nada a volar su skyhopper, o el simulador.

—Todos los Wings, repórtense —demandó Líder Rojo.

Recorrieron la alineación. Biggs pasó lista como Rojo Tres; Wedge, como Rojo Dos.

—Rojo Cinco a la espera —dijo Luke, cuando fue su turno.

—Bloqueen Alerones-S en posición de ataque —dijo Líder Rojo.

Luke se estiró y activó el interruptor que desplegaría las alas de la nave, bloqueándolas en la posición de «X».

—Estamos atravesando su campo magnético —dijo Líder Rojo. Su voz crujía por la interferencia en el comunicador.

—¿Todo bien, R2? —preguntó Luke, ajustando sus controles. El X-Wing comenzó a botar como si hubiera golpeado una porción pequeña de asteroides. El droide trinó en respuesta, y el X-Wing tradujo su mensaje en una pantalla cercana: «TODOS LOS SISTEMAS, LISTOS».

—Enciendan sus escudos —dijo Líder Rojo.

«¡Estrellas!, cierto… Eso será útil».

Luke rápidamente hizo lo que se le indicó, mirando de refilón hacia arriba, a través de la cubierta. La mitad de la Estrella de la Muerte estaba sombreada por el planeta Yavin; la otra mitad, iluminada por el suave resplandor del sol más próximo. Las manos de Luke apretaron los controles, mientras se le hacía un nudo en la garganta.

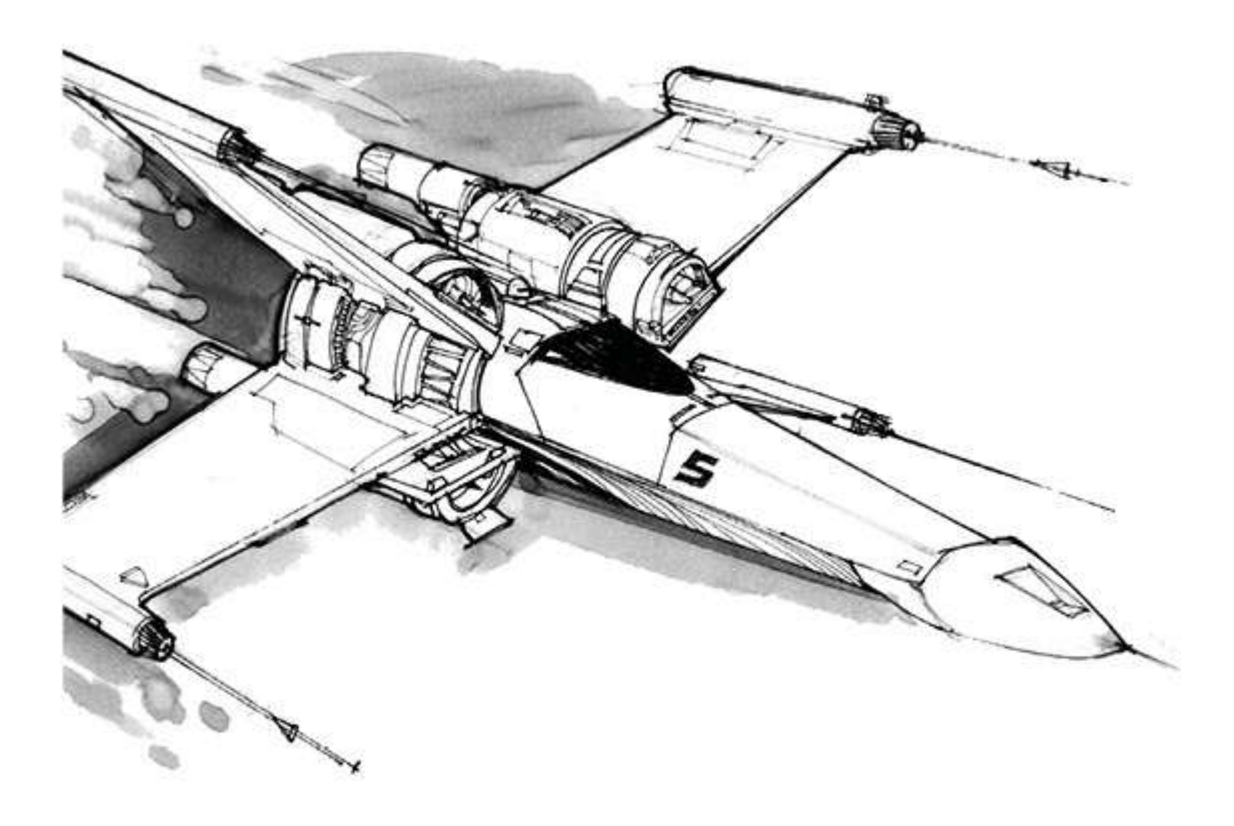
Ahora que estaban más cerca, Luke podía divisar las miles de estructuras diminutas que cubrían la superficie de la estación de combate, y las luces centelleantes en las diferentes estaciones de mando y torres. Las otras naves se extendían en torno a él, rellenando silenciosamente el eterno espacio a su alrededor.

—Líder Rojo, habla Líder Oro.

—Te copio, Líder Oro.

—Estamos partiendo hacia el objetivo ahora.

—Enterado. Estamos en posición. Voy a cortar a través del eje para tratar de atraer sus disparos.



Dos grupos de cazas se desprendieron de los demás. Luke dirigió su nave hacia abajo, en dirección a la Estrella de la Muerte; siguió a su escuadrón hacia una súbita ráfaga de disparos láser provenientes de uno de los cañones montados en la superficie de la estación espacial.

—¡Fuego intenso! —reportó Wedge.

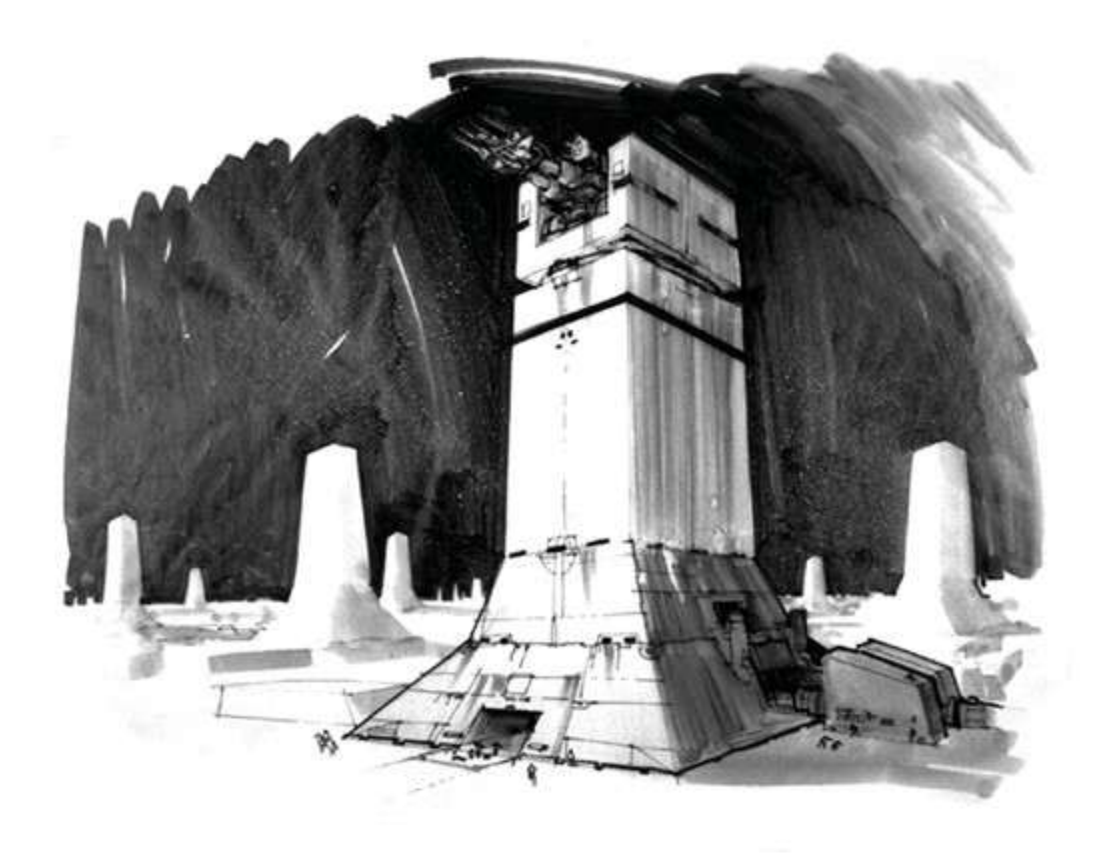
—Lo veo —dijo Líder Rojo—. Todos, vuelen bajo.

Había un plan para el ataque: uno haría el primer disparo al puerto de escape, y otro se alinearía detrás, por si el primer piloto no podía terminar su recorrido. El Escuadrón Oro haría el primer intento, con el otro escuadrón cubriéndolos y tratando de atraer los disparos lejos de las otras naves. Pero Luke sabía que, en el momento preciso, cualquiera podría y debería hacer el disparo si lo tenía, incluyéndose a sí mismo.

Lanzó su X-Wing en un agudo descenso en picada, disparando hacia una de las torretas con turboláser. De pronto, la estructura estalló provocando una bola de fuego mucho más grande de lo que esperaba. Pero, por más que jaló hacia atrás los controles, la nave no estaba elevándose lo suficientemente rápido como para eludirla. El terror invadió su pecho.

—¡Luke, elévate! —escuchó gritar a Biggs.

El X-Wing se estremeció mientras pasaba al lado de la explosión, emergiendo con las alas chamuscadas.



—¿Estás bien? —dijo Biggs por el comunicador.

Luke se tragó la bola que tenía en la garganta y se sacudió el miedo.

—Me cociné un poco, pero estoy bien. Habla Rojo Cinco. Vuelvo a entrar.

—¡Con cuidado! —vociferó Líder Rojo—. Hay mucho fuego proveniente del lado derecho de esa torre deflectora.

—Estoy en ello —respondió Luke. Y giró su nave, nuevamente en veloz picada. Su concentración se enfocó en el blanco. Disparó a lo largo de un tramo, en la superficie de la Estrella de la Muerte, aniquilando radares y torres pequeñas a su paso.

La Estrella de la Muerte se tornaba borrosa a través de su ventana conforme ganaba velocidad. A su derecha, vio a Biggs ir, con un movimiento similar al suyo, hacia un campo de domos y antenas, apenas evadiendo el fuego de respuesta que lanzaba la estación de combate.

Entonces apareció ese sonido, ese chirrido delatador. Luke estiró el cuello para confirmar lo que su pantalla de objetivo y sus oídos le decían. Cazas TIE. Docenas de ellos.

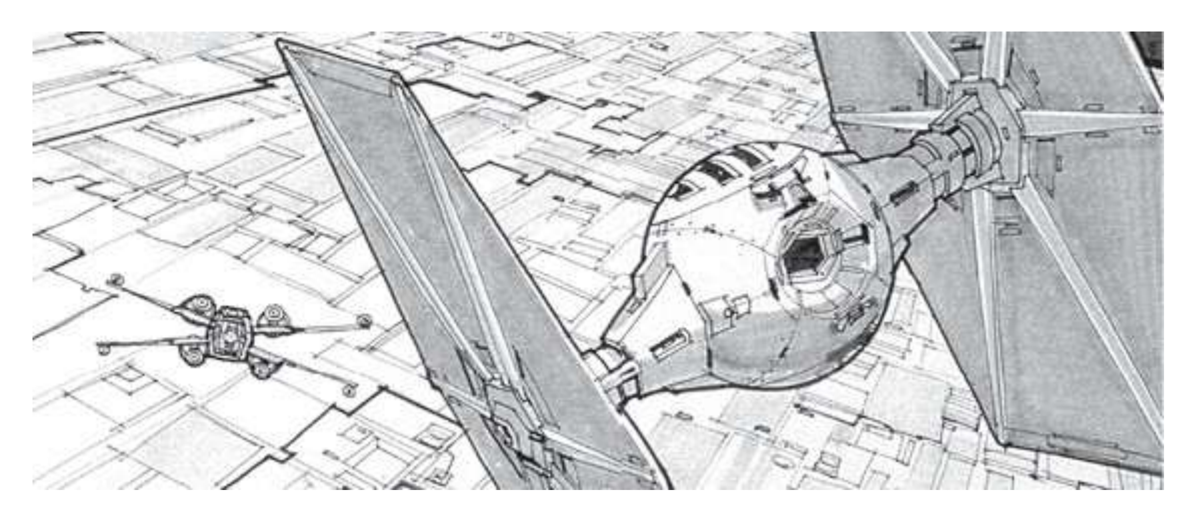
—Cazas enemigos en el punto cuatro —dijo Líder Rojo. Luke estaba apenas consciente del oficial de control en Yavin 4, quien repetía la información y pedía una actualización. Trataba de imaginar cómo se veía la batalla para ellos allá abajo, si sus corazones estaban golpeando tan fuerte como el suyo.

—¡Rojo Tres! —La voz de Líder Rojo interrumpió los pensamientos de Luke. Rojo Tres era Biggs. Luke buscó en la superficie de la Estrella de la Muerte, tratando de localizar a su amigo—. ¡Traes a un caza enemigo…! ¡Cuidado!

—¡No lo puedo ver! —respondió Biggs—. ¿Dónde está?

Luke vio al caza TIE en la cola de la nave que conducía su amigo, justo cuando Biggs descendió más cerca de la superficie.

—Está pegado a mí. No me lo puedo sacudir… ¡No me lo puedo sacudir!



Biggs cambió de dirección tan rápido que Luke se encontró volando de cabeza a la mitad de su descenso para alcanzar a su amigo.

—¡Resiste, Biggs, me estoy aproximando! —Luke miró por arriba del hombro a su astromecánico—. ¡Necesito más velocidad, R2!

Lo que sea que haya hecho el droide le dio otra descarga de energía. Cuando Luke tuvo al caza TIE en la mira, no vaciló. Lo voló en mil pedazos, esparciendo la nave del enemigo a las estrellas.

—¡Le di!

En lugar de sentir alivio, Biggs sólo se escuchaba con más pánico.

—¡Elévate! ¡Luke… elévate!

—¡Cuida tu espalda, Rojo Cinco! —Wedge se metió en la conversación—. ¡Tienes a un caza encima de ti, aproximándose!

En un movimiento, que hubiera quebrado por la mitad a su skyhopper, Luke forzó a su X-Wing en un ascenso empinado. La cola de su nave recibió el golpetazo de un disparo que mandó el caza TIE, pero no perdió el control.

—¿Estatus? —preguntó Líder Rojo.

—Me dieron, pero no fue grave —dijo Luke. Hubo otra explosión repentina detrás de él cuando el caza TIE, que no había visto sino hasta ese momento, se estampó contra la Estrella de la Muerte. Luke alcanzó a ver el rostro de Wedge por la cubierta.

—Gracias, Wedge —dijo, agitado.

—¡No hay problema!

—¡Más cazas enemigos aproximándose! —reportó Líder Oro—. ¡Estamos haciendo nuestro recorrido!

—Enterado —confirmó Líder Rojo.

Como si eso no fuera ya suficiente mala noticia, la base en Yavin 4 envió otra aterradora actualización por los comunicadores:

—En cinco minutos estaremos al alcance de la Estrella de la Muerte.

«Está bien», pensó Luke, aguantando la respiración. Cinco minutos todavía era bastante tiempo. De todas formas, necesitarían sólo unos segundos para efectuar el disparo en sí. Ahora sólo era cuestión de acercarse lo suficiente para hacerlo.

—¡Cambiando a la computadora de objetivo! —dijo Líder Oro.

—¡Están aproximándose muy rápido! —gritó Oro Dos—. Líder Oro, no puedo…

Luke supo, sin tener que confirmarlo en la pantalla, que la nave de Oro Dos había sido destruida, así que ajustó su curso y dio la vuelta para apoyar el recorrido.

—Mantente en el objetivo, Líder Oro —dijo Líder Rojo—. ¡Relájate!

Era demasiado tarde… Aún con el visor del casco abajo, el resplandor que provocó la nave de Líder Oro cuando de pronto fue volada en pedazos, lastimó los ojos de Luke. Un dolor lo recorrió al mismo tiempo que luchaba para pensar qué hacer a continuación. Oro Cinco se colocó en posición para hacer el disparo.

—Líder Rojo, habla Base Uno. —La voz del General Dodonna llegaba por el comunicador—. Mantén a la mitad de tu grupo fuera del alcance para el siguiente recorrido.

—Enterado, Base Uno —dijo Líder Rojo—. Rojo Cinco, llévate a Rojo Dos y Tres. Aguarden aquí y esperen mi señal para iniciar su recorrido.

—Entendido —dijo Luke, echando una mirada a la escaramuza que estallaba debajo de él. El sudor se abría camino por su rostro y hacía que su traje de vuelo se pegara a su espalda.

—¡Mantén los ojos abiertos sobre esos cazas! —ordenó Líder Rojo.

—¡Hay demasiada interferencia! ¡No tengo ninguna lectura en mi pantalla! —Era Rojo Diez, quien venía detrás del líder del escuadrón.

—Rojo Cinco, ¿puedes ver a los cazas enemigos desde donde estás?

Luke se estiró hacia delante de la cabina y miró hacia abajo, por la cubierta.

—No hay señal de ningún…, ¡espera! ¡Aproximándose en el punto tres-cinco! —A toda velocidad, tres cazas TIE perseguían a los demás por una vena de la Estrella de la Muerte. El que estaba al centro era ligeramente diferente a los otros: sus alas tenían bordes curvos, en vez de derechos.

—¡Ahora los veo! —dijo Rojo Diez.

—Están a mi alcance —señaló Líder Rojo—. ¡Objetivo, aproximándose!

El aire se le volvió a ir a Luke. Tan cerca… Estaban tan cerca…

—¡Sólo detenlos unos cuantos segundos más!

—¡No los puedo detener! —El pánico de Rojo Diez quebró la poca tranquilidad que Luke había logrado mantener. El X-Wing de Rojo Diez explotó en una lluvia de chispas, justo cuando Líder Rojo disparó sus torpedos de protones hacia el puerto de escape.

—¡Le dio! —gritó Rojo Nueve.

—Negativo… —Líder Rojo se escuchaba como si estuviera al borde de las lágrimas—. No entró. Sólo impactó en la superficie. Rojo Cinco, prepárate para hacer tu recorrido.

—¿Escuchaste eso, R2? —dijo Luke.

«AFIRMATIVO. LISTO».

—Yo también. —Luke cambió el comunicador hacia los demás—. Wedge, Biggs, acérquense. ¡Vamos a entrar a máxima velocidad!

Se escuchó un horrible grito mientras Líder Rojo se estrellaba contra una torre cercana; su nave había sido derribada por los disparos del extraño caza TIE. Luke vio suceder todo a través de su ventana y sintió que un poco de su esperanza se marchitaba.

—Perdimos a Líder Rojo… —reportó a la base, aunque tenía el presentimiento de que ahí ya lo sabían.

—Continúe su recorrido, Rojo Cinco —dijo el General Dodonna—. Usted está a cargo.

—Estoy justo detrás de ti —dijo Wedge.

—Luke, ¿a esa velocidad serás capaz de salirte a tiempo?

A pesar de todo, Luke logró dibujar una pequeña sonrisa.

—Será exacto como el Cañón del Mendigo, en casa. ¡No me digas que ahora tienes miedo!

Los tres X-Wings avanzaron, destruyendo toda estructura cercana que podían. Las defensas de la Estrella de la Muerte contestaron con fuego, pero Luke volaba más adelante, percibiendo sólo pedazos de la explosión. El viaje se puso más rudo: rebotó de un lado a otro, sacudiendo su cerebro dentro de su cráneo. «Mantén la calma, mantén la calma». El disparo de una de las torres le dio y sacudió su nave. El sonido de alarma saturó la cabina.

—R2…, ¡ese, ese estabilizador se zafó otra vez! ¡Ve si lo puedes asegurar!

De reojo, vio una lluvia de chispas.

—¡Maldita sea, me dieron! —gritó Wedge.

Luke apretó los dientes.

—Sal de aquí, Wedge. ¡Ya no puedes hacer nada allá atrás!

Ya habían perdido a muchos de sus combatientes. No podían permitirse perder también a Wedge.

—¡Lo siento! —Wedge se escuchaba en agonía. Luke sabía que era un combatiente de corazón y habría peleado hasta el final si Luke mismo se lo hubiera permitido.

El muchacho ahora estaba en la trinchera; iba a gran velocidad por el mismo camino que habían tomado Líder Oro y Líder Rojo. Su pantalla de objetivo destelló cuando la jaló hacia abajo para estimar la distancia al puerto de escape.

—¡R2, trata de incrementar la potencia una vez más!

El traqueteo se ponía peor. Había estallidos y destellos de explosiones en ambos lados.

—Apresúrate, Luke; esta vez se aproximan mucho más rápido —advirtió Biggs, desde atrás de él—. ¡No puedo retenerlos!

Luke intentó mirar otra vez por arriba de su hombro cuando de pronto sintió que los motores estallaban con nueva vida. «Buen trabajo, R2», pensó. «Ahora…».

—¡Date prisa, Luke! —gritó Biggs—. ¡Espera…!

La fuerza de la explosión casi envía a Luke de pico a toda velocidad contra la superficie de la Estrella de la Muerte. La sujeción de sus controles se deslizó por un instante, mientras la conmoción, el dolor, la ira y otras mil emociones más se dispararon por todo su cuerpo.

Biggs ya no estaba.

CAPÍTULO DIECINUEVE



Luke estaba solo.

Percatarse de ello fue un hachazo que lo cortó por dentro. Hasta respirar le dolía.

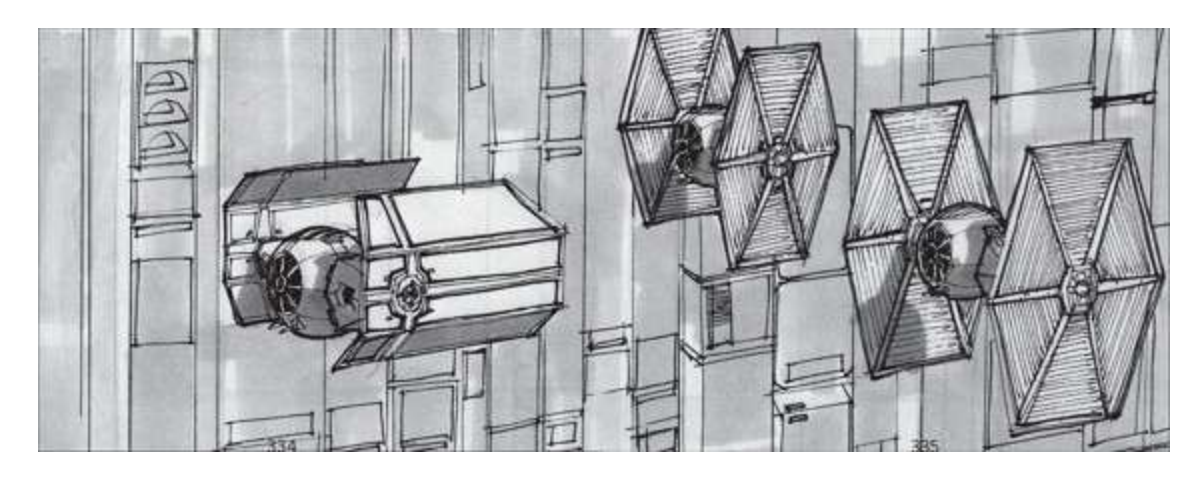
¡Biggs…! Simplemente…, no podía ser verdad. ¿Cómo pudo haberse ido Biggs si Luke apenas había vuelto a encontrarlo?

Igual que su tía y su tío. Igual que Ben. Incluso Han y Chewbacca se fueron.

—¡Estatus, Rojo Cinco!

Luke se sacudió, tratando de salir de su estupor. Su X-Wing se niveló cuando recuperó el control completo. Las lágrimas recorrían sus mejillas, pero se las limpió con el hombro. Esto era una batalla. Esta era su única oportunidad. No podía decepcionar a los demás simplemente…, simplemente yéndose y dejándolo todo, sin importar qué tanto sintiera su pecho a punto de derrumbarse sobre sí mismo.

—Todavía en camino para hacer mi recorrido —dijo él. La pantalla de objetivo se convirtió en su mundo entero. A medida que los cazas TIE aceleraban tras él, Luke se ladeaba hacia la derecha y hacia la izquierda para evitar sus disparos. Un escalofrío repentino lo sobrecogió mientras su pulsante ansiedad se arriesgó a echar un vistazo hacia atrás, al caza TIE con las alas angulares. Sintió como si la muerte misma lo estuviera persiguiendo.



«No pienses en eso», se ordenó a sí mismo. La mira amarilla en su pantalla de objetivo se estabilizaba a medida que el puerto de escape se enfocaba.

«Usa la Fuerza, Luke».

¡Ahí estaba otra vez! La voz de Ben rellenando su cabeza como una nube de humo cálido. La superficie de la Estrella de la Muerte pasaba velozmente debajo de él. Estaba escuchando lo que necesitaba escuchar: una voz conocida, reconfortante. Luke se volvió hacia el dispositivo de objetivo y lo ajustó.

«Déjala fluir, Luke».

¡Otra vez! Sacudió la cabeza, pero era como si Ben estuviera sentado detrás de él, colocando una mano tranquilizadora en su hombro. «Déjala fluir, Luke».

Si la Fuerza era ilimitada como Ben decía, si estaba con él en todo momento…, ¿por qué no podría Ben estar extendiéndose a través de ella de alguna manera para animarlo? Sabía qué le estaba pidiendo Ben que hiciera. Confiar en sus instintos. Apagar la pantalla de objetivo. Pero entonces su único disparo de protones sería todo. Yavin 4 estaba a minutos de ser destruido, y la Rebelión junto con este.

¿Sin embargo, Rojo Líder no había intentado utilizar el sistema de objetivo? No había funcionado, aún cuando el sistema estaba perfectamente calibrado. Luke le dio vueltas a la idea en su cabeza; su pulso estaba tan acelerado como su nave. Y de pronto…, hubo un momento en que el *Halcón* apareció en su mente; Luke había estado cegado detrás del cañón, y aún así había logrado acertar con aquel disparo. Eso debió haber sido imposible. Pero tal vez eso era realmente lo que Ben le estaba tratando de decir: lo imposible podría llegar a ser posible si tan sólo él estaba dispuesto a confiar en sí mismo y en la Fuerza.

«Luke, confía en mí».

Una determinación inflexible se concentró en el pecho de Luke. Respiró profundamente, cerró los ojos y buscó, buscó, buscó…, ese sitio cálido que había encontrado en el *Halcón* y en el simulador. Era como deslizarse en un arroyo refrescante después de haber estado atrapado bajo el fuerte sol por demasiado tiempo.

Luke se estiró hacia arriba y oprimió un interruptor. Entonces la pantalla de objetivo se contrajo con un clic, liberando su campo de visión.

—Luke, habla Base Uno. —Crujió la voz del General Dodonna a través del comunicador—. Apagaste tu computadora de objetivo. ¿Qué sucede?

—Nada —dijo Luke, que sentía cómo se desvanecía la última pizca de presión en su pecho—. Estoy bien…

Una ráfaga de disparos láser proveniente del caza TIE con alas angulares envolvió a R2, y lo hizo arrojar chispas. Luke estaba seguro de que podía escuchar al pequeño droide gimiendo cuando miró por encima de su hombro, para evaluar el daño.

—¡Perdí a R2!

—La Estrella de la Muerte tiene a Yavin 4 a su alcance —advirtió el General Dodonna.

La trinchera se estrechaba ligeramente, a medida que Luke avanzaba hacia el puerto de escape, con su mano estable en los controles y con su pulgar levantando la cubierta que protegía el botón de disparo para los torpedos de protones. Sentía como si estuviera siendo conducido por un flujo poderoso. Pero en lugar de estar asustado, estaba seguro de sí mismo, seguro de que tendría éxito.

Otra explosión por detrás lo sacó de su concentración por un instante.

—¡Yuju! —Una nueva voz se unió a la batalla, sofocando los sonidos de sorpresa emitidos por la Base Uno y por los demás pilotos. Y una sonrisa se extendió sobre el rostro de Luke.

—¡Han! —gritó Luke.

El *Halcón Milenario* volaba detrás de él; había destruido dos de los cazas TIE y envió al tercero, el de las alas raras, girando hacia el espacio. Luke podía escuchar los rugidos de victoria de Chewbacca en el fondo.

—¡Estás totalmente libre, muchacho! —dijo Han—. ¡Ahora volemos esta cosa y vayamos a casa!

Luke regresó a su tarea, siempre con el dedo sobre el gatillo de los torpedos. De pronto, le llegó una rara sensación, un fuerte empujón de alguna energía invisible. Luke estampó el pulgar hacia abajo, sobre el gatillo, y disparó.

CAPÍTULO VEINTE



Luke vio los dos destellos gemelos de luz desaparecer dentro del puerto de escape y llevó su X-Wing arriba, más arriba, hasta arriba…, fuera de la trinchera. El suspiro que liberó le sacudió el cuerpo entero. Luke pestañeó, incrédulo, mirando hacia abajo otra vez. Parecía que estaba saliendo de un sueño mientras se elevaba hacia las estrellas.

—¡Gran disparo, muchacho! —celebró Han—. ¡Ese fue uno en un millón!

Otro de los pilotos confirmó el acierto a la base, en Yavin 4, en ese único segundo de silencio antes de que todo cambiara.

Luke sabía que ese momento quedaría marcado en su memoria por siempre: la forma en que el anillo de pura energía y fuego se extendió desde el centro de la estación de combate para convertirla en nada más que trozos de metal y polvo. La presión de la detonación meció el X-Wing haciendo que se balanceara. Igual de rápido, su vuelo se suavizó de nuevo, y regresó la calma a la galaxia. El aterrador gigante se había ido y, con este, el peso del miedo que había estado oprimiendo a Luke.

«Recuerda…», escuchó decir a Ben, «la Fuerza estará contigo… siempre».

Y lo estaría. Luke podía verlo ahora, pues sentía, por primera vez, que todas esas partes de él mismo: el muchacho granjero desesperado por escapar, el aprendiz jedi y el nuevo piloto recluta de la Alianza Rebelde se habían fusionado. Vio el futuro expandirse frente a él, abriéndose con amplitud.

El descenso de Luke hacia la atmósfera de Yavin 4 se llenó con el júbilo y los gritos de los oficiales y el personal en el cuarto de control. Voló su X-Wing a baja altura sobre la selva y atravesó la espesa niebla hasta que finalmente aparecieron los templos frente a él. Esperó su turno para estacionarse en el hangar, después del resto de los Escuadrones Rojo y Oro. Para cuando logró entrar e iniciar los procesos de aterrizaje, toda la Rebelión había inundado el lugar para recibir a los pilotos. Luke nunca había estado tan aliviado de ver sus rostros.

Luke batalló para desabrocharse los cinturones y abrir la cubierta. Arrojó su casco en el asiento, y antes de dar su siguiente respiración ya estaba a la mitad de la escalera.

—¡Luke! —Leia corrió hacia él; un manchón de color blanco se abrió camino entre la multitud—. ¡Luke!

De alguna manera consiguió atraparla mientras se estampaba contra él, riendo. La columpió alrededor en un gran abrazo y la bajó justo cuando Han llegó por detrás, sonriendo de oreja a oreja. El capitán no se resistió cuando Luke palmeó su espalda.

—¡Lo sabía! —dijo Luke, mientras lo golpeaba en el hombro—. ¡Sabía que regresarías!

Han se encogió de hombros.

—¡Bueno, no iba a dejar que te llevaras todo el crédito!

Chewbacca gruñó detrás de Han y le dio al capitán una pequeña sacudida.

—¡Está bien, está bien; también queríamos asegurarnos de que salieras entero de este lío! —dijo Han—. ¿Cómo se siente ser un héroe?

—¡Oh! ¡R2! —Ante la voz angustiada de 3PO, Luke pivotó en sus talones. Con toda la emoción, de alguna forma se había olvidado del droide que lo había apoyado. Un técnico estaba bajando al suelo a R2-D2 con cuidado para evitar dañarlo más. Su cuerpo blanco y azul estaba tan chamuscado que casi parecía negro. Se le salían los cables por las coyunturas como hierba trepadora y le faltaba uno de sus bracitos.

—¡Oh, no! —dijo Luke, acercándose rápidamente.

—¡R2! —lamentó C-3PO—. ¡R2! ¿Me escuchas? ¡Di algo! —El droide de protocolo se dirigió al mecánico—: ¿Lo puede reparar, verdad?

El técnico asintió con la cabeza.

—Empezaremos a trabajar en él de inmediato.

—¡Usted debe repararlo! ¡Señor, si cualquiera de mis circuitos o engranes pueden ayudar, con mucho gusto se los dono!

—Él va a estar bien —dijo Luke, reposando una mano en el hombro del droide de protocolo. Al voltear hacia los otros, se sorprendió de ver a Leia sonriéndole a Han.

—Sabía que había más en ti que el dinero —dijo ella.

—No le digas a nadie —dijo él, con un guiño—. No querría arruinar la sorpresa, su excelentísima.

—Leia —insistió ella, mirando para arriba—. Sólo soy Leia.

Luke dibujó una sonrisa cuando Wedge llegó detrás de él y le golpeó el hombro.

—¡Buena puntería!

—¡No podría haberlo hecho sin ti! —Luke tuvo que gritar para hacerse oír por encima de las canciones y gritos de júbilo que se repetían. Wedge se dejó llevar por el grupo, golpeando sus puños en el aire.

Por un momento, Luke se quedó atrás de los demás, recargado en su nave. El ambiente zumbaba, lleno de la emoción por todo lo que habían logrado. Sin embargo, el chico no podía evitar ver los huecos, los lugares vacíos donde otras personas deberían haber estado: los miembros del escuadrón que no lograron sobrevivir para ver al Imperio puesto de rodillas.

Biggs.

Ben.

El tío Owen y la tía Beru.

Su padre.

«Tenías razón», pensó Luke, sonriendo de nuevo cuando Chewbacca abrazó a Leia y luego la levantó por lo aires. «Ben, tenías razón».

Él había sentido la Fuerza. Todavía no la comprendía por completo y sabía que había mucho más por aprender; sobre sí mismo y sus capacidades. Pero ahora entendía que,

después de todo, los seres queridos que lo habían dejado no estaban tan lejos. Los podía sentir cerca, como rayos de luz solar que atraviesan las nubes.

Cuando Luke cerró los ojos, vio los soles gemelos de Tatooine hundiéndose en un resplandor violeta, ardiendo en el horizonte y proyectando un dorado brillante en la arena. Había estado tan resuelto a irse que se había rehusado a ver la belleza de su hogar y todo lo que este había aportado para convertirlo en quien era.

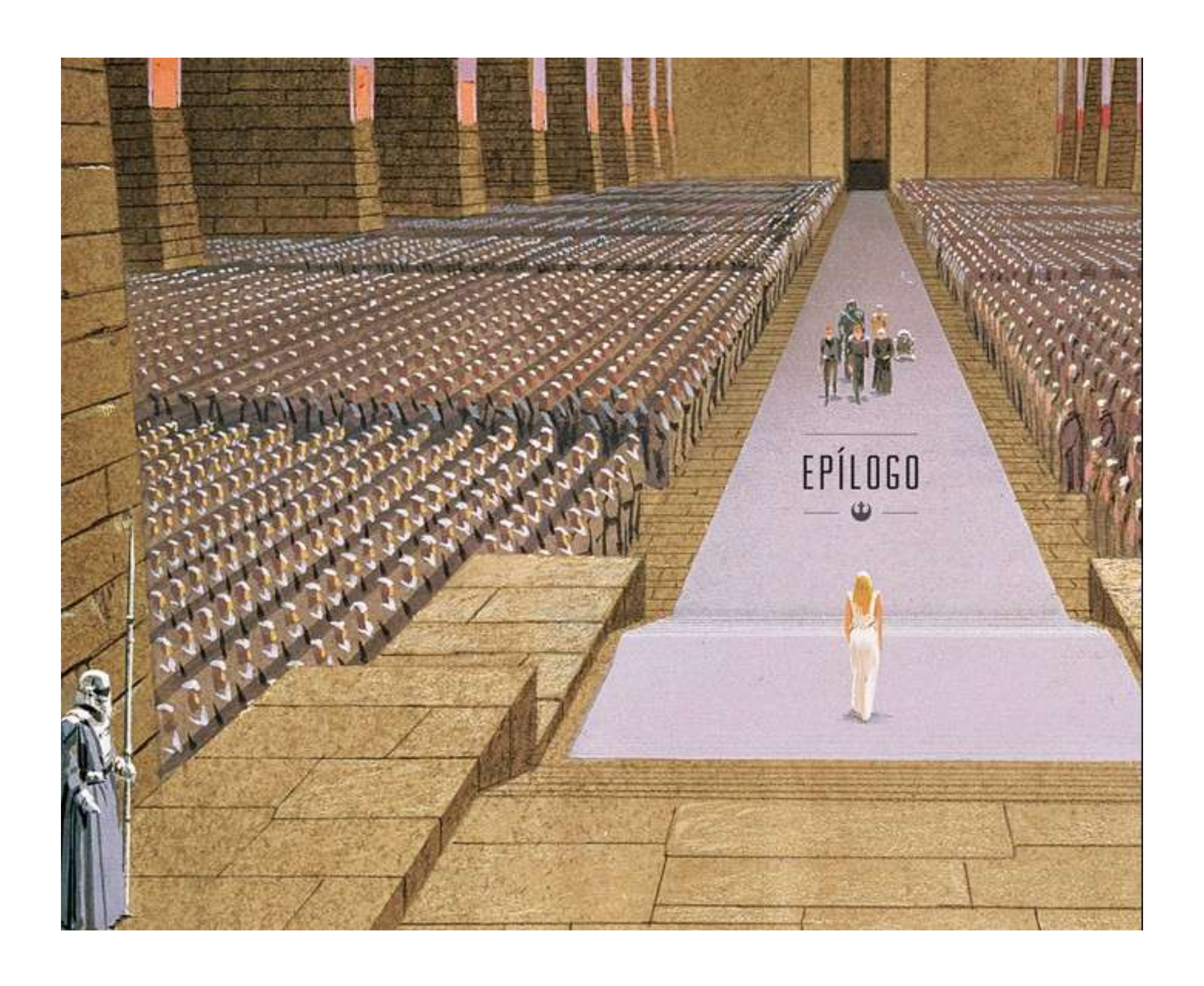
—¡Oye, muchacho! —lo llamó Han, haciendo señas con la mano para que se acercara—. ¿Estás listo para una celebración de verdad?

La multitud se salía del hangar y se adentraba en el Gran Templo. Luke pensó que seguramente era para festejar con cualquier reserva de comida y bebida que les quedara.

«Muchacho». Luke resopló. Tal vez Han siempre lo llamaría así. Tal vez los pilotos más viejos pensarían que era un novato estelar que tuvo suerte. Tal vez Leia siempre pensaría que él sólo era un tipo simple de un planeta en el borde más lejano de la galaxia, ni refinado ni brillante ni particularmente encantador.

Pero Luke sabía ahora que era mucho más, y que tenía mucho más camino por recorrer.

Esta vez, nadie lo iba a detener.


EPÍLOGO



Cuando el sol salió, dorado y brillante, a la mañana siguiente, no era sólo en los viejos templos de Yavin 4 sino en una nueva galaxia, una que resplandecía de perspectivas. Cuando las tres figuras se acercaron a la entrada del salón, hacia el trono del Gran Templo, cada una se sintió abrumada por los imponentes muros y techos de roca tallados con patrones intrincados. La selva estaba en su esplendor; cubría el aire húmedo con un intenso aroma floral.

Los soldados de la Rebelión se habían puesto sus mejores galas. Sus cascos y botas relucían con los rayos de luz del amanecer, que se filtraban a través del techo. Estaban parados, en posición de firmes, en ambos lados del largo pasillo. Las tres figuras se aproximaban a la entrada de la gran cámara. Luke se movía nervioso en sus ropas nuevas; llevaba las manos juntas detrás de él para esconder los temblores, sólo unos pocos. Pero se relajó con el suave silbido de Han, que estaba a su lado. Chewbacca los instó hacia delante, hacia donde una figura de blanco los esperaba. Inició la música de celebración. Y a la primera señal de las trompetas comenzaron a bajar las escalera hacia la parte delantera de la sala del trono.

Leia luchó por esconder su sonrisa mientras caminaban a paso largo hacia ella y deseaba que este momento significara para ellos tanto como para ella. La Rebelión había recibido a la princesa de brazos abiertos, dándole un nuevo hogar y un nuevo propósito; ahora ella los iba a ayudar a guiar su rumbo.

Cerca de ella, colocados en el lugar de honor que presidía la ceremonia, estaban dos droides (tal vez los verdaderos héroes en todo esto), pulidos y abrillantados. Un R2 reparado comenzó a brincar en sus tres patas y a silbar de alegría cuando Han, Chewbacca y Luke llegaron a Leia.

Las medallas estaban cuidadosamente puestas en una charola. Leia giró, levantó las medallas y, una por una, las colocó en los tres héroes.

Estos se volvieron hacia los soldados y oficiales, e hicieron una reverencia juntos. El salón estalló en júbilo.

La princesa, el contrabandista, el muchacho granjero.

La senadora, el sinvergüenza, el soñador.

La líder rebelde, el capitán, el piloto.

Más de lo que creían de ellos mismos.

Más de lo que otros veían en ellos.

Eran, los tres juntos, una nueva esperanza para el futuro.

AGRADECIMIENTOS



Antes que nada, quiero agradecer a Michael Siglain, Emily Meehan y al equipo entero de Disney por darme esta increíble oportunidad. Fue un sueño para mí, durante…, bueno, prácticamente toda mi vida, no sólo convertirme en escritora sino escribir el tipo de libros de *Star Wars* que crecí leyendo. Estoy realmente honrada y sobrecogida por la responsabilidad: ¡gracias!

Enviaré leche azul y galletas wookiee a todos mis nuevos amigos en Lucasfilm, especialmente a Rayne Roberts, Pablo Hidalgo, Leland Chee, Frank Parisi y Jen Heddle. Su pasión y dedicación por mantener nuestra (seamos honestos) galaxia favorita son muy inspiradoras, y ¡fue un placer absoluto y un honor trabajar con ustedes!

Adam, Tom y Tony: ¡me encantó conocerlos a todos y *geekear* juntos! Gracias por mostrarme cómo funciona el mundo MG. Estoy muy orgullosa de formar parte de nuestro increíble (si me permiten decirlo) pequeño equipo…, y todavía me estoy riendo acerca de Downtown Disney.

A Susan Dennard y Sarah J. Maas, mis contrabandistas favoritas: nunca habría logrado esto sin ustedes dos. Es así de sencillo. Gracias por todo: sus comentarios, su entusiasmo y su confianza.

Y, finalmente, le debo todo, incluso mi amor por *Star Wars*, a mi familia. Fue un viaje increíble a lo largo de los años, y estoy agradecida por ello todos los días. Mamá, gracias por alentarme a probar mi suerte en esto y ayudarme a luchar contra todas las emociones que vinieron al trabajar en algo tan cerca a mi corazón. (Y, tú sabes, ¡por traer a casa esa figura de guardia gamorreano de tu viaje!). Papá, estoy escribiendo el día de hoy porque tú trajiste esta maravillosa historia a mi vida y porque nos guiaste en muchas aventuras. Te extrañamos y amamos, sabemos que la Fuerza siempre será intensa en ti.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Alexandra Bracken nació y creció en el desierto de Arizona, donde pasó su infancia esperando a que alguien le diera su sable de luz y la enviara a salvar la galaxia. Cuando eso no sucedió, se fue a propulsión a chorro hacia el este, para asistir al College of William & Mary, donde estudio Literatura Inglesa e Historia. Ahora reside en la ciudad de Nueva York, lo más cercano a vivir en Coruscant que ella pudo encontrar. Su personaje favorito de *Star Wars* es Salacious B. Crumb. (¡Es broma!; es la Princesa Leia).